

VICKI GRANT

36



PREGUNTAS

PARA



ENAMORARTE

DE MÍ

CROSS
BOOKS

NOVELA

ÍNDICE

PORTADA
SINOPSIS
PORTADILLA
DEDICATORIA
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Paul y Hildi se conocen participando en un experimento sociológico que asegura que, respondiendo a 36 preguntas de un test, acabarán enamorándose. Sin embargo los motivos y condicionamientos de ambos son tan distintos que parece poco probable que se obre el milagro. Él participa por dinero y ella, por convicción, para demostrar que esto es una solemne tontería. Pronto las tensiones, imprevistos y malentendidos tejen una red de consecuencias impredecibles...

VICKI GRANT

36

PREGUNTAS

PARA

ENAMORARTE

DE MÍ



Para @cheese_gypsy, @call_me_edwina, @thevirlbox con <3

1

Sonaron tres golpes rápidos, la puerta se abrió y entró una chica a trompicones y sin aliento.

—Siento llegar tarde. Tenía que hablar con mi profesor de inglés sobre mi trabajo final y no estaba en su despacho y... —Jeff hizo un gesto con la cabeza para indicar «ningún problema»—. Cuando por fin llegó, ya había perdido el autobús y tuve que bajar al centro para...

—Está bien. No te preocupes. ¿Has rellenado el formulario?

—Sí. Lo siento. —Buscó por todo el despacho un sitio donde dejar el pez tropical vivo que llevaba en una bolsa de plástico llena de agua.

—Ponlo aquí —le dijo Jeff, dando una palmadita en una esquina del escritorio.

—Gracias. —Dejó la bolsa—. Ostras. Está mojada. Perdón. —Levantó la bolsa, la secó con la manga de su enorme y viejo abrigo y volvió a posarla en la mesa—. Maldito pez. Solo había un sitio donde encontrarlo y mi hermano Gabe, que tiene doce años, tiene un... Perdón. No creo que te interese saber los detalles, lo que quieres es el formulario. —Se puso a revolver dentro del enorme bolso de cuero donde llevaba los libros. Una copia manoseada de *Retorno a Brideshead* se cayó al suelo.

—¿Por qué no te sientas? —le dijo, señalando una silla de plástico que había delante del escritorio—. Así será más fácil.

Se sentó, recogió el libro y se puso a revolver dentro del bolso.

—Normalmente no soy así de desordenada. En serio. Es que... vaya día.

Bueno, más bien semana.

—Es azul —le recordó—. De tamaño folio... Ahí está. Al lado del monedero.

—Ah. Sí. —Puso los ojos en blanco riéndose de sí misma y le entregó el formulario—. También he traído mi currículum.

—No hace falta. —Alisó la página que le acababa de entregar y le echó un vistazo rápido.

—¿Estás seguro? Porque existe la posibilidad de que elija estudiar la carrera de Psicología, en especial cómo se relaciona con...

—De verdad. No se necesitan cualificaciones.

Mientras él leía el formulario, ella se dedicó a mirar a su alrededor.

—Te gustan los juguetes —observó.

Él no levantó la vista.

—Muñecos de acción —la corrigió.

Estaban dispuestos en las estanterías, según género, rareza, antigüedad y un factor X que era difícil de definir o cuantificar: el cosquilleo que sentía con los que molaban de verdad. No eran juguetes, estaba claro.

Jeff tomó algunos apuntes y luego dijo:

—Vale... Hilda Sangster... Instituto Citadel...

Ella soltó un gemido

Él levantó la vista.

—¿Algún problema?

—Perdón. Es lo de Hilda. Debería haberlo explicado.

Él revisó el formulario.

—Ya sé que puse Hilda, pero porque decía que tenía que poner nombre y apellido, no había un apartado de apodo, y supuse que lo necesitaban para cuestiones oficiales, así que seguí las instrucciones a pesar de que no soporto ese nombre. Es demasiado alemán. Nadie me llama Hilda.

—Entonces ¿cómo debería llamarte?

—Hildy.

—Hildy, no Hilda.

—Ya sé que no parece gran cosa, pero para mí supone una diferencia enorme. Algún día me lo cambiaré oficialmente, pero mi abuela todavía está viva y hay que tener en cuenta sus sentimientos, el legado familiar, etcétera.

Por fuerza tenía que haberse dado cuenta de que estaba hablando demasiado.

Sonrió de manera incómoda y se enderezó en la silla.

—Entonces tu nombre será Hildy. Veo que eres estudiante de último año. ¿Estás soltera?

Ella se rio de una manera que solo podía significar que así era.

—¿Y tienes dieciocho años? Estupendo, porque tendrás que firmar un formulario de consentimiento.

—Claro. Ningún problema, pero... primero me gustaría saber de qué va esto. A ver, no estoy dispuesta a hacer cualquier cosa en nombre de la ciencia. — Volvió a reírse, pero era una risa demasiado falsa para ser creíble.

—Por supuesto. Me llamo Jeff. Soy estudiante de doctorado. Hace poco obtuve una beca de investigación sobre, bueno, la manera más fácil de describirlo es llamarlo «construcción de lazos para entablar una relación». Fundamentalmente, me interesa descubrir si podemos influir sobre sujetos como tú para que desarrollen un vínculo íntimo e interpersonal con otro participante, que pueda convertirse en...

—Perdón. Eeeh, ¿lo estoy entendiendo bien? —Rodeó el bolso con los brazos como si fuera un bebé que necesitara consuelo—. ¿Estáis intentando descubrir si podéis obligar a dos personas a gustarse?

A Jeff se le escapó una ligera sonrisa.

—No se trata de obligar. Sería multimillonario si fuera capaz de hacer eso. No estamos interesados en lavarle el cerebro a nadie. Solo estamos investigando si es posible, digamos, facilitar una intimidad personal que pueda conducir a una relación.

—¿De tipo amistoso?

—Sí. O incluso una relación romántica. Estoy investigando cómo se comienzan a establecer lazos íntimos y si es posible dirigir esos procesos.

Hildy replicó como si fuera una acusación.

—¿Me estás hablando de amor?

Él apuntó algo.

—Sí, potencialmente del amor, aunque...

—¿Fue Max quién te habló de mí? —Parecía enfadada.

—¿Max? No. ¿Qué Max?

—¿Xiu?

—Ni siquiera sé qué es eso.

—¿Xiu Fraser?

—No. Nadie me habló de ti. Tú te pusiste en contacto conmigo. ¿Lo recuerdas? No es más que un estudio psicológico para ver si el amor...

—¡El amor! —repitió, y se levantó de un salto.

No supo cómo Hildy consiguió tirar la estantería de la pared —no era tan alta —, pero de repente los muñecos de Disney salieron disparados como torpedos a su alrededor, como en una explosión de película.

—Ay, Dios. No. Lo siento —exclamó, y se volvió para ver lo que había hecho.

El bolso se volteó a su espalda y golpeó una lámpara, que cayó encima de otra estantería, lo que provocó que los supervillanos también salieran disparados.

Se llevó la mano a la boca y soltó un gemido quejumbroso como el que emiten los perros cuando necesitan salir a la calle. Se agachó y empezó a recoger los muñecos de acción y a ponerlos a puñados sobre el escritorio.

—Lo siento —insistió—. No debería haber venido. No debería haber salido de mi habitación. De verdad. Esto es lo que sucede cuando...

—Solo ha sido un accidente.

—No. No, no, no, no. —Agitó la mano en el aire señalando a su alrededor—. ¿Qué me dices de todos estos cuerpecitos? ¿De todo este desorden? Es una metáfora perfecta para describir mi vida. Esto es exactamente lo que hago.

Llevaba en la mano la figurita del Príncipe Encantador de 1930, lo tenía agarrado por los pies mientras lo agitaba en el aire para dar énfasis a sus palabras. Era uno de los favoritos de Jeff, que temía que le arrancara la cabeza.

—No pasa nada —la tranquilizó intentando mantener un tono relajado—. No importa. Yo los coloco. En serio. Tengo un sistema. Por favor. Para.

Tuvo que repetirlo varias veces antes de que ella asintiera con la cabeza. Volvió a disculparse y se puso de pie, o por lo menos lo intentó. Se pisó la parte de abajo del abrigo y se dio un tremendo golpe en la frente con el borde del escritorio. Debió de dolerle, pero a estas alturas había logrado alcanzar una calma extraña. Respiró hondo por la nariz, levantó el bajo del abrigo como si se tratara del traje de fiesta de Cenicienta y se incorporó.

—Esto..., perdón por esa pequeña explosión. Y por el desastre. Y por hacerte perder el tiempo y por todo. No entendí de qué iba el estudio. No debería haberme apuntado. —Forzó una sonrisa y salió del despacho.

Jeff se quedó mirando los muñecos desperdigados por el suelo. Estaba demasiado ocupado para volver a ordenarlos en la estantería. Los recogió con ambas manos y los metió todos en una caja debajo del escritorio desde donde no podría oír sus pequeños quejidos.

Pensó en Hildy.

¿De qué narices iba? ¿Era un reflejo de huida? ¿Evasión de conflictos? ¿Una extraña cuestión religiosa?

Se sentó ante el escritorio y repasó sus notas. ¿Había previsto todo esto? ¿Acaso había despertado algo sin querer?

Como parte de su estudio, había hecho una apuesta consigo mismo. No estaba cien por cien seguro de lo ético que era, pero lo hacía más interesante. Solía tomar notas sobre los participantes, a cada uno le daba una puntuación numérica y luego intentaba predecir si saltarían chispas cuando los pusiera en la misma habitación.

Durante su conversación, Jeff había apuntado algunas cosas junto al nombre de Hildy. Lo había hecho con rapidez —como siempre— porque creía que si los participantes tenían que confiar en sus primeras impresiones, él también.

CB/PP

CIARAC

CT

TF

Que significaba:

Chica blanca / Padres profesionales

Coeficiente intelectual alto / Requiere atención constante

Club de teatro

Tatuaje en francés

Se imaginó una oscura cita de algún filósofo del siglo XVIII o de un director de cine de posguerra escrita en cursiva en el puente del pie.

(En eso, por lo menos, se equivocaba. Puede que le hubiese atraído una cita rara, pero Hildy jamás se haría un tatuaje. Le tenía pánico a las agujas y, lo que

era más importante, a lo permanente. A ella le gustaba pensar que todavía estaba en la fase larvaria de la existencia.)

A Jeff lo que más reparo le daba era poner una puntuación numérica. La escala iba, por supuesto, del uno al diez, y estaba basada, cómo no, en el atractivo físico. Pero no era sexista. También ponía nota a los chicos y a los transgénero.

Además, insistía en que estaba siendo realista. Las apariencias tenían peso, aunque él no sabía qué tipo ni por qué. Habría pensado que una mirada ardiente o unos pechos u hombros impresionantes sacarían la mejor puntuación, pero no parecía ser el caso. Había muchos comodines en la baraja de la sexualidad humana.

Le costó poner la puntuación. Hildy no era ninguna belleza —tenía los ojos demasiado pequeños y la boca demasiado grande—, pero él sabía que a un subconjunto de los chicos eso no les importaría. Ganaría puntos por ser interesante. El enorme abrigo de invierno que llevaba le impidió ver su cuerpo. Dentro de la media, suponía. Tal vez tirando a pequeño.

Buena puntuación para el pelo, sin embargo. Era largo y lustroso, y debía de haber sido rubio de pequeña. A la mayoría de los tíos heterosexuales les chiflaba el pelo, sobre todo esos mechoncitos que se salían de las trenzas y que sugerían con una voz rasposa que acababan de salir de la cama.

Le puso un 7,5. Pensó que era una pena que finalmente no participaran en el estudio. Habría sido una adición muy interesante.

Alguien llamó a la puerta. Miró la hora. Era temprano para que se tratase del próximo participante.

—Sí —dijo.

Entró Hildy. Llevaba en la mano el Príncipe Encantador.

—Me llevé esto sin darme cuenta. —Esbozó una sonrisa de disculpa y lo depositó sobre el escritorio—. No reparé en que lo tenía hasta que llegué abajo.

—¿Te has llevado el Príncipe Encantador sin darte cuenta? —Jeff enarcó las cejas—. Me gustaría saber qué habría pensado el doctor Freud sobre eso.

Pretendió que fuese un chiste, pero Hildy respondió.

—Ya. Por eso he vuelto. Tenía que devolver el muñeco, y también se me olvidó el pez, así que no era la única razón, pero... —Dejó la frase inacabada—. Mira, no soy supersticiosa ni nada de eso, pero lo he pensado un poco y, eeh,

me parece que cuando el universo se toma tantas molestias en enviarte una señal, probablemente deberías hacerle caso. —Se sentó—. Así que, después de todo, voy a participar en el estudio. Si a ti te va bien, claro.

—¿Estás segura?

—Sí. Tan segura como puedo.

Hilda sonrió y él garabateó las letras «MC», de «monitora de campamento». Se la podía imaginar hablando con críos pequeños sobre la importancia de darlo todo y tomarse las cosas siempre con deportividad.

—¿Te importaría explicarme el experimento otra vez? Prometo que no se me irá la olla.

Jeff reprimió las ganas de echar un vistazo a las estanterías que permanecían intactas al otro lado de la habitación.

—Perfecto. Hemos basado nuestro trabajo en un estudio que se titula *La generación experimental de la cercanía interpersonal*, que fue desarrollado en los años noventa por un psicólogo, el doctor Arthur Aron. Entonces sus resultados no fueron concluyentes, pero ahora vivimos en un mundo diferente. Nos preguntamos cómo puede haber cambiado la era digital la forma en que las personas experimentan la intimidad. Básicamente, queremos ver cómo la gente joven que ha crecido con mil doscientos «amigos» virtuales responde a la hora de compartir con intensidad una relación cara a cara. ¿Te puede interesar?

—¿Qué tengo que hacer?

No fue exactamente un sí.

—Poca cosa. Te emparejamos con un desconocido de manera aleatoria, hombre o mujer, dependiendo de tu orientación sexual, y os damos treinta y seis preguntas para que os las hagáis mutuamente. No hay respuestas correctas o incorrectas, ni buenas ni malas. Lo único que pedimos es que respondáis con la mayor sinceridad posible.

—¿De manera aleatoria?

—¿Qué?

—¿Has dicho «emparejar con un desconocido de manera aleatoria»?

—Sí.

—Entonces ¿podría ser cualquiera?

Jeff temía que fuera a explotar otra vez.

—Bueno, supongo que sí, pero es muy probable que sea otro estudiante, y no

Drake ni uno de los hermanos Jonas...

—¿Ni un asesino en serie? —Parecía una broma, pero en realidad no lo era.

—Sumamente improbable. De todas formas, el estudio se lleva a cabo aquí, en la universidad. Tendremos toda la información pertinente de cada participante, pero vosotros no conoceréis el nombre real ni los datos de contacto.

—Bueno. Pues debería estar bien.

«Debería estar bien.» Dejó pasar ese comentario y volvió a echar un vistazo a su ficha.

—Te identificas como heterosexual, así que te emparejaremos con un chico más o menos de tu edad. Seréis Bob y Betty. Son los nombres que les pedimos a todos los participantes en el estudio que usen. Hemos tomado todo tipo de precauciones para proteger vuestra privacidad y seguridad física.

Hilda asintió con un movimiento de la cabeza, pero a Jeff no le pasó desapercibido el hecho de que pestañeaba mucho.

—No te convence —observó.

—No. Sí, estoy convencida. Bueno, por lo menos en cuanto a lo de la seguridad física.

—Y ¿qué es lo que no te convence?

Manos agitadas. Encogimiento de hombros. Suspiro.

—Seguramente esto te va a parecer una estupidez.

Jeff se quedó esperando.

—Pero... ¿y qué me dices de la seguridad emocional?

—¿De qué me hablas exactamente?

Dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. ¡Cualquier cosa! El rechazo. La desilusión. Un corazón roto. Ja, ja. Ya sabes. Lo normal.

—Te diría que la vida es así.

Era una de las razones por las que siempre había preferido los muñecos de acción.

—Bueno, ya, pero... Lo que quiero decir es que podría reunirme con un completo desconocido y hacerle las treinta y seis preguntas y, de repente, pillarme por un trol o algo parecido.

—Hasta donde yo sé, ningún trol ha presentado una solicitud para participar.

—Pregunta estúpida.

Jeff no había dicho eso. Hilda jugueteó con los botones del abrigo y luego se rio.

—¿A quién quiero engañar? El problema real sería que el trol no se enamorara de mí. Pero, de todos modos, como bien dices, así es la vida. O por lo menos la mía. —Sacudió la cabeza para espantar ese pensamiento—. Perdón, me estoy enrollando. Me pongo así cuando estoy estresada. Es que ahora mismo tengo varios frentes abiertos. Por supuesto que es culpa mía. Bocazas. Corta de miras. Un radar social defectuoso. Cosas por el estilo. Mis amigos siempre me dicen que debería... Jo. ¿Lo ves? Otra vez me estoy enrollando como una persiana. Lo siento. Ignórame.

—Tranquila —le dijo, y lo dejó estar.

Ella se bajó las mangas y se arrugó los puños con las manos. Se quedó mirando fijamente el Príncipe Encantador durante unos segundos y luego volvió a dirigir la vista hacia Jeff.

—Vale. Me apunto. Debería hacerlo.

—No es cuestión de deber. En serio. No quiero que participes solo porque el universo te haya dicho que es tu obligación.

Ese comentario hizo que se riera de verdad.

—No te preocupes. No permitiré que ningún viejo y malvado universo me incordie. Quiero hacerlo. De verdad. Creo que a un nivel realmente personal, sí que me apetece. «El que no arriesga, no gana.» ¿No es así?

—Genial. —Jeff le echó un último vistazo a su hoja de inscripción—. Todo está en orden, así que, a no ser que tengas más dudas, te pediré que firmes el formulario de consentimiento.

Le dio un rato para que lo leyera con calma.

Ella siguió con el dedo cada línea y luego garabateó su firma al final del documento.

—Vale. ¡Mi corazón está en tus manos!

Hildy sonrió y sus ojos desaparecieron entre una espesa maraña de pestañas. Tenía los dientes grandes y parejos y blancos. Su piel era perfecta.

Jeff corrigió su puntuación a un 7,75 y cogió el formulario.

—De acuerdo. Te llevaré a la sala 417, justo al final del pasillo a la izquierda. Sírrete un café. Encima de la mesa encontrarás un lote de fichas con las preguntas, pero, por favor, no les des la vuelta hasta que comience la sesión.

En breve te asignaremos una pareja. Me esmeraré en evitar los trols.

Hildy se subió el cuello del abrigo para taparse la boca y soltó una carcajada.

Hasta podría ser un 8.

—Y no te olvides del pez. Va a empezar a tomárselo como algo personal.

2

El chico entró sin llamar.

Jeff levantó la vista del ordenador.

—Y tú eres...

—Paul Bergin.

Ninguna sonrisa. Contacto visual escaso. Su voz era poco más que un balbuceo.

—¿Has venido por el estudio sobre la cercanía interpersonal?

—He venido por el estudio en el que te pagan cuarenta pavos. ¿Es este?

—Podría ser. Esa es nuestra tarifa.

—Entonces este es. —Sacó una hoja azul pálido que llevaba cuidadosamente doblada en el bolsillo de la chaqueta y se la entregó. Tenía las manos rojas por el frío—. ¿Cuánto tiempo dura?

Jeff le hizo una señal para que se sentara, pero ya lo había hecho.

—Depende. Probablemente una hora o dos, pero no imponemos ningún tipo de límite, así que podría alargarse un poco. Como tú quieras.

—¿Si tarda más, pagáis horas extra? —Esta vez Paul sonrió un poco, tal vez pensaba que una pizca de encanto podría traducirse en algo de dinero.

—Lo siento. Tarifa plana. ¿Todavía sigues interesado?

Paul echó un vistazo alrededor del despacho como si estuviera evaluando cuál sería el precio de reventa en la calle de la colección de muñecos de acción que llenaban las estanterías de metal del fondo de la habitación.

—¿Por qué no? ¿Cuándo empiezo?

—Déjame darte un poco de información sobre el estudio y luego podremos empezar.

—¿Para qué necesito información? —Al decir esto hizo rodar una pequeña gominola entre los dientes.

—Creí que te interesaría.

—No, la verdad, es que no. El anuncio solo decía que tendría que responder unas preguntas.

—Sí. Bueno, tú y tu pareja tenéis que haceros treinta y seis preguntas.

—Yo no tengo pareja.

—Nosotros te asignamos una.

—¿Tengo que inventarme las preguntas?

—No, ya están redactadas. Cada uno recibirá un lote de fichas con las preguntas. Solo tienes que contestar.

—¿Eso es todo?

—Ahora tienes que firmar un formulario de consentimiento y, cuando hayas acabado, rellenas un breve informe. —Jeff repasó la hoja de inscripción de Paul

—. ¿Eres estudiante?

—¿Es imprescindible?

—No.

—Estoy en paro.

—¿Tienes dieciocho años?

—Casi diecinueve.

—¿Hetero?

—¿Qué?

—¿Heterosexual?

—Sí. Lo puse.

—¿Soltero?

—Siempre que puedo.

—Vale. Pues firma esto y ve a... —miró sus notas— la sala 417. Tu pareja asignada debería estar allí.

Paul ni se molestó en leer el formulario. Escribió su nombre de manera clara al final de la hoja, se levantó y se marchó.

Jeff esperó hasta que se cerrara la puerta y entonces escribió las letras TÍO. Pero lo que quería decir era «mamón». Y luego escribió:

P («proletario»).

RESE («resentido», que también quería decir «mamón»).

ACL («animal de ciudad listo», aunque le incomodaba tener que admitir que tuviese cualquier forma de inteligencia. No había nada que lo irritara más que un tío fanfarrón).

Y luego anotó un 9, lo cual era un poco infantil. Cualquier chica heterosexual le daría un 9,5. La mayoría incluso un 10, a pesar de que le habían roto la nariz en algún momento de su vida. O tal vez por eso mismo. Nada mejor que un aviso de: «PELIGRO: MANTENED LA DISTANCIA» para conseguir que algunas tías se volvieran locas.

Paul también tenía un diminuto tatuaje de una lágrima debajo del ojo derecho. Jeff opinaba que ese detalle era pasarse de malote, aunque, evidentemente, su opinión no contaba para nada.

La que contaba era la de Hildy.

Esa idea hizo que Jeff casi soltara una carcajada.

Hildy y Paul.

Qué interesante.

PREGUNTA 1

PAUL: Eh.

PAUL: Hola.

PAUL: ¿Hoooola?

HILDY: Ah. Hola.

PAUL: ¿Estás bien?

HILDY: Eh, sí. Sí. Lo siento.

PAUL: Parece que hubieras visto un fantasma o algo.

HILDY: No, no. Solo estaba leyendo y perdí la noción del tiempo. No me esperaba que llegaras tan pronto. Así que... hola.

PAUL: Sí. Hola. Soy Paul.

HILDY: Querrás decir Bob.

PAUL: No. Quiero decir Paul.

HILDY: (Risas.) No he oído nada.

PAUL: He dicho Paul.

HILDY: Pero... no debemos saber nuestros nombres.

PAUL: Pues a mí nadie me lo advirtió.

HILDY: ¿En serio? A mí me dijeron que teníamos que llamarnos Bob y Betty. Por

temas de privacidad.

PAUL: Pues vale. ¿A quién le toca ser Betty?

HILDY: ¡Ja, ja, ja! Buena pregunta. Vaya, qué cisgéneros son...

PAUL: ¿Qué diablos le pasa a esta silla?

HILDY: ¿Quieres cambiarla por esta? No me importa.

PAUL: ¿Y dejar que aterrices de culo en el suelo? No. Me la voy a jugar.

HILDY: ¿Seguro? Seguro que podríamos pedir...

PAUL: ¿Tienes intención de quedarte aquí o qué?

HILDY: Sí. ¿Por qué?

PAUL: ¿No tienes calor con esa cosa?

HILDY: Ah. Es verdad. El abrigo. Una de mis pequeñas singularidades. Me gusta estar bien calentita. Mis amistades flipan. Siempre dicen que se ponen a sudar con solo verme. ¿No te molestará, verdad? Porque podría...

PAUL: Pero no se te ocurra desmayarte.

HILDY: No te preocupes. Haré lo posible por evitar desfallecer...

PAUL: Gracias. Genial. ¿Podemos empezar?

HILDY: Claro. ¿Cómo nos organizamos? ¿Uno lee la pregunta en voz alta y el otro contesta?

PAUL: Vale.

HILDY: ¿Y luego nos turnamos?

PAUL: Vale.

HILDY: ¿Quién empieza, tú o yo?

PAUL: Me da igual.

HILDY: ¿Por qué no lo echamos a cara y cruz?

PAUL: En serio, no me importa. Empieza tú.

HILDY: ¿Seguro?

PAUL: Sí. Oye, ¿podemos darnos prisa?

HILDY: Tienes razón. Lo siento. Estoy nerviosa. ¿Y tú?

PAUL: ¿Por qué iba a estar nervioso?

HILDY: (Risas.) Este tipo de cosas me producen ansiedad. Jeff dijo que...

PAUL: ¿Jeff?

HILDY: El psicólogo. Dijo que... ¿De qué te ríes?

PAUL: Psicólogo. El tío parece un cerebritito con sus papelotes y sus bromas, aunque yo creo que le falta un hervor.

HILDY: Está haciendo un doctorado.

PAUL: Sí. Eso es lo que acabo de decir.

HILDY: Bueno, no exactamente.

PAUL: Casi.

HILDY: En cualquier caso, él dice que no hay respuestas correctas o incorrectas, pero igual... Hay mucho en juego. Supongo que por eso estoy un poquito nerviosa.

PAUL: ¿En serio? No lo había notado. ¿Por qué no te tomas un par de chupitos de Jäger cuando llegues a casa? Mientras tanto, empiezo. Pregunta 1: «Si pudieras elegir a cualquier persona del mundo, ¿a quién invitarías a cenar?».

HILDY: ¿Solo uno? ¿Nada más puedo elegir a uno?

PAUL: Sí.

HILDY: ¿Dice eso?

PAUL: Dice «a quién», no «a quiénes». Eso significa una persona.

HILDY: Buf. Qué difícil. Me gustaría decir alguien como Jane Austen o D. H. Lawrence o Barack Obama, pero me deslumbraría tanta brillantez y probablemente no lo disfrutaría. Por otro lado, no me apetece desperdiciar mi única invitación con cualquiera...

PAUL: Entonces ¿a quién invitarías?

PAUL: Solo se trata de una cena.

PAUL: No tienes que acostarte con él.

HILDY: Lo siento. ¿Estoy tardando demasiado?

PAUL: Nooo, qué vaaa.

HILDY: Ah, ya lo sé. (Risas.) ¡A Taylor Swift!

PAUL: Vale. A Taylor Swift.

HILDY: ¡No! Es broma. Más o menos. Es mi placer inconfesable y creo que no se le reconoce el mérito que se merece, pero si solo puedo invitar a una persona, dudo que la eligiera a ella... Responde tú primero. Necesito tiempo para pensar.

PAUL: Vale. Yo invitaría a alguien que supiera cocinar.

HILDY: (Risas.)

PAUL: Pregunta 2.

HILDY: No. En serio. ¿A quién invitarías?

PAUL: A alguien que supiera cocinar. Si van a venir a cenar a mi casa, más les vale saber cocinar, porque yo, desde luego, no tengo ni idea.

HILDY: En realidad esa respuesta no está nada mal. Ni se me ocurrió elegir algo...

PAUL: Pregunta 2. ¿Te gustaría...?

HILDY: Espera. No he contestado la pregunta 1.

PAUL: Bueno, pues ¿te importaría hacerlo? Todavía quedan treinta y cinco. A este paso el dinero no valdrá la pena.

HILDY: ¿Qué dinero?

PAUL: Los cuarenta pavos.

HILDY: ¿Qué cuarenta pavos?

PAUL: Los que recibes por participar en este estudio.

HILDY: ¿Nos pagan?

PAUL: Claro. Si no, ¿por qué lo harías?

HILDY: No lo sé. Me gusta la psicología, y la idea de formar parte de un experimento me interesó, y...

PAUL: (Risas.) Qué aburrida debes de estar para recurrir a esto como entretenimiento.

HILDY: ¿Sabes? No me gusta nada tu tono.

PAUL: Perdóneme usted.

HILDY: ¿Ves? Sigues con el retintín.

PAUL: ¿Podemos continuar?

HILDY: Sí. Si cambias el tono.

PAUL: Me estás tomando el pelo.

PAUL: No lo dices en serio.

PAUL: Vale. ¿Qué tal este? ¿Mejor?

HILDY: Y tu expresión facial.

PAUL: ¿Quién te nombró jefa?

HILDY: Nadie. Pero soy tu igual y no me siento obligada a participar con alguien que se niega a mostrarme el respeto que me merezco.

PAUL: Flipo.

HILDY: Pues si lo piensas, es lo razonable. El respeto es el sello distintivo de una sociedad civilizada. También te agradecería que no dijeras palabrotas.

PAUL: No he soltado ningún taco.

HILDY: En voz alta.

PAUL: ¿Qué? ¿Ahora también sabes leer los labios?

HILDY: A ver, no hace falta saber leer los labios para adivinar lo que acabas de decir.

PAUL: ¿Qué pasa, que nunca has oído una palabrota?

HILDY: Las he oído muchísimas veces. Pero no tengo por qué aceptar que me hablen así.

PAUL: ¿Te importa si retomamos ya la estúpida pregunta?

HILDY: Sí. Por supuesto. Si contestas con respeto.

PAUL: Vale. Esta es mi voz... Esta es mi cara.

HILDY: Perfecto. Gracias. Y dado que te preocupa el tiempo, me daré prisa y sencillamente te diré que invitaría a mi abuelo. No lo llegué a conocer y creo que, de haberlo hecho, entendería mejor al hombre en el que se ha convertido mi padre. Con suerte, eso nos ayudaría a resolver algunos de nuestros... problemas.

PREGUNTA 2

PAUL: Voy a seguir haciendo las preguntas.

HILDY: Probablemente no sea mala idea. Yo tiendo a irme por las ramas. La administración del tiempo, como probablemente ya habrás adivinado, no es uno de mis fuertes.

PAUL: Y tampoco responder las preguntas.

HILDY: Otra vez ese tono.

PAUL: No le pasa nada a mi tono.

HILDY: Perdón. Tienes razón. Esta vez el problema fue lo que dijiste.

PAUL: Ah, ¿ahora tienes problemas con la verdad?

HILDY: Es un error común. La tan manida sinceridad no es siempre la mejor política, especialmente si solo la empleas como excusa para ser desagradable. No hace falta que expreses tu...

PAUL: ¡Y eso tampoco es una respuesta! Pregunta 2: «¿Te gustaría ser famosa? Y si es el caso, ¿en qué sentido?».

HILDY: Solo responderé porque me inscribí para llevar a cabo el estudio y me siento moralmente obligada.

PAUL: Yo solo responderé por el dinero. Contesta la pregunta y punto.

HILDY: Quiero hacer algo importante con mi vida y, dado que la fama puede ser una plataforma útil, sí, me gustaría ser famosa. De hecho, y esto puede parecerte una locura y demasiado ambicioso, algún día me encantaría ser recordada como la próxima..., no sé..., Nelson Mandela o... ¿Qué te hace tanta gracia?

PAUL: Eres una tía blanca que mide un metro cincuenta y ocho y que lleva los libros en un bolso de seiscientos dólares. No te van a recordar como la siguiente Nelson Mandela.

HILDY: Mido un metro sesenta y cuatro y el bolso fue un regalo de cumpleaños.

PAUL: ¿De tu compañera de celda?

HILDY: No, de mis padres.

PAUL: Pues a eso me refiero. No vas a ser la próxima Nelson Mandela. Y sigues siendo blanca. Muuuuy blanca. ¿O también me equivoco? ¿Acaso tienes esa enfermedad que padecía Michael Jackson? Y, por cierto, no mides un metro sesenta y cuatro.

HILDY: Sí, lo mido. Y, por favor, deja de hacer ruido con el chicle.

PAUL: Tal vez con esas botas. Descalza no me llegarías ni al sobaco.

HILDY: Ya, ¿y tú cuánto mides? ¿Uno ochenta y ocho?

PAUL: ¡Hala! ¿De qué vas?

HILDY: ¿Qué quieres decir?

PAUL: Mido un metro ochenta, si intento impresionar a alguien. Uno setenta y seis, si soy sincero.

HILDY: Me da que ya sé lo que mides hoy. Y para retomar el tema que nos ocupa, la pregunta no es «¿Vas a ser famoso?», es «¿Te gustaría ser famoso? Y si es el caso, ¿en qué sentido?». Y esa es la respuesta que quiero dar. Te toca.

PAUL: Vale. A) Sí. B) Sumamente.

HILDY: No te estás tomando la pregunta en serio.

PAUL: No me pidieron que me las tomara en serio. Me pidieron que las contestara. Así que, sí, me gustaría ser famoso. ¿Y en qué sentido? Sumamente famoso, porque ahí es donde está la pasta. Esas son mis respuestas. Tú no me controlas.

HILDY: Qué infantil.

PAUL: Vaya. ¿Quién es la del tonito ahora? Y, además, para que lo sepas, la gente que va por ahí con un pez en una bolsa y que intenta parecer una chica mona en una comedia romántica no tiene derecho a llamar a nadie infantil.

HILDY: No sabes nada sobre este pez ni por qué es importante para mí.

PAUL: Y, curiosamente, tampoco me importa una mierda.

HILDY: Me encantaría que fueras la mitad de sincero en tus respuestas que en los comentarios que me lanzas.

PAUL: ¿Quién fue la persona que dijo: «esa es la respuesta que quiero dar»?

HILDY: Está bien. Tú hazlo a tu manera y yo lo haré a la mía. Es lo mejor para

entablar vínculos.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: Nada.

PAUL: Siguiente pregunta.

PREGUNTA 3

PAUL: «Antes de hacer una llamada, ¿ensayas lo que vas a decir? Si es así, ¿por qué?»

HILDY: Por supuesto.

PAUL: «¿Por supuesto?» ¿En serio? «Hola... Sí... Vale... Adiós.» ¿Qué es lo que hay que ensayar?

HILDY: Aunque te cueste creerlo, hay gente que usa el teléfono para hacer otras cosas aparte de pedir pizzas u organizar trapicheos de drogas. Algunas personas mantienen conversaciones de verdad.

PAUL: Conversaciones ensayadas. ¿No te parece patético, o soy solo yo?

PAUL: Ah. Así que ahora no me diriges la palabra.

PAUL: La que se sentía «moralmente obligada» a contestar.

PAUL: Muy bien. Pues haré las restantes treinta y tres preguntas solito, cogeré mis cuarenta pavos y pillaré el autobús para largarme de aquí.

HILDY: Entonces quieres decir que jamás has planeado lo que vas a decirle a una chica para pedirle una cita.

PAUL: Sí, eso es lo que estoy diciendo.

HILDY: ¿Nunca?

PAUL: Vale. Quizá alguna vez.

HILDY: Lo sabía.

PAUL: A lo mejor cuando tenía doce años.

HILDY: ¿Empezaste a salir con chicas a los doce?

PAUL: Sí.

HILDY: ¿Doce?

PAUL: Vale. A los once... ¿Qué? ¿A qué edad empezaste tú a salir con chicos?

HILDY: ¿Es una de las preguntas?

PAUL: Ah. *Touché*.

HILDY: ¿Podemos terminar con este rollo de una vez por todas?

PAUL: ¡Gracias a Dios! Creí que nunca lo pedirías.

PREGUNTA 4

PAUL: «¿Cómo sería un día perfecto para ti?»

HILDY: A ver. Eeeh... Estaría en el campo, eso seguro. En una posada o una cabaña..., algo con historia. Al lado del mar, a ser posible... Sería la repera si hubiese un alféizar donde sentarme. Me envolvería con una manta, con un buen libro y con una taza grande de café con leche en las manos. Ah, y ya que estamos, me bebería el café en un tazón, como en Francia, no en una taza, vaya, que técnicamente sería un café *au lait*. incluso tendría galletitas de chocolate de importación en un plato al alcance de la mano por si me apeteciera algo dulce. Y entonces leería durante casi todo el día, daría un paseo por la playa, tal vez me compraría un batido de té verde o, si me sintiera supersibarita, un... No me estás prestando atención. No te tiene que gustar lo que estoy diciendo, pero por lo menos podrías dejar de garabatear y fingir que me estás escuchando.

PAUL: «Daría un paseo por la playa, tal vez me compraría un batido de té verde, o, si me sintiera supersibarita...» No tengo que mirarte para escucharte. Así que sigue. ¿Te gustaría añadir algo más? ¿Una clase de yoga? ¿Escribir en tu diario? ¿Tal vez una mani y pedicura con algunas de tus amiguitas.

HILDY: Sabía que te ibas a reír de mí, pero le prometí a Jeff que contestaría las preguntas con sinceridad, así que no me importa. Y sí, probablemente haría algo de yoga, que es lo que voy a hacer en cuanto salga de aquí. Es una manera estupenda de aliviar la tensión. Y no, no llevo un diario. Tampoco uso la palabra «amiguitas», pero imaginaba que sería bastante evidente a estas alturas. Y ahora, dime lo que sería un día perfecto para ti, ¿vale? ¿O es este tu plan ideal?

PAUL: (Risas.) Muy buena. Vale. Me levantaría tarde. Me comería tres McMuffins y me bebería un café enorme de Dunkin' Donuts, con doble ración de nata. Tocaría la batería un rato. Comería otra vez. Dormiría otra vez. Y repetiría según fuera necesario.

HILDY: ¿Eso es todo?

PAUL: Probablemente en algún momento también habría una chica.

HILDY: ¿Cualquiera?

PAUL: Ah, muy bonito. Como si fuera un animal. Tengo mi criterio.

HILDY: Pero ¿ninguna en particular?

PAUL: Depende del día, pero por ahora, no.

HILDY: Entonces no sería la chica cuya mano has dibujado.

PAUL: No estoy dibujando.

HILDY: Entonces ¿qué estás haciendo?

PAUL: No lo sé. Garabateando.

HILDY: Es bastante bueno para ser un garabato.

PAUL: Sí, bueno, depende del cristal con que se mire.

HILDY: Venga ya. ¿No puedes ser sincero ni con esto?

PAUL: No tengo ni idea de qué me estás hablando.

HILDY: Vale, vale. Y yo soy tan estúpida como para no darme cuenta de lo que pasa.

PAUL: Sigo sin entenderte.

HILDY: Bueno, déjame que te lo explique. Eso no es un garabato. Es un dibujo. Y es superbueno. Y lo sabes.

PAUL: ¿Lo sé?

HILDY: Sí, lo sabes.

PAUL: Gracias por decírmelo.

HILDY: ¿No te lo ha dicho nadie nunca?

PAUL: Eso no es lo que he dicho.

HILDY: ¿Mencionaron también lo rápido que eres?

PAUL: La velocidad no importa. No estamos jugando al Pictionary.

HILDY: ¿Dibujas mucho?

PAUL: Garabateo, sí. Es mejor que morderme las uñas.

HILDY: Así que es un tic nervioso.

PAUL: Es una costumbre, tengo otras peores.

HILDY: ¡Cuenta, cuenta!

PAUL: (Risas.)

HILDY: O no.

PAUL: Mejor no. Créeme.

HILDY: Vale. Bueno. Cambiemos de tema. Pero lo digo en serio. Es un «garabato» genial. La curvatura de los dedos es superrealista. Es casi como si la mano estuviera viva.

HILDY: Te he echado un piropo.

PAUL: Ya.

HILDY: Entonces ¿por qué pones esa cara?

PAUL: Por nada.

HILDY: Vaya. No quiero ni imaginarme tu expresión si algo te molestara.

PAUL: Ya, bueno, y a mí no me gustaría nada verte la cara si algo te emocionase.
Es un garabato.

HILDY: Según tú. Pero las manos son superdifíciles de dibujar.

PAUL: ¿Acaso dibujas?

HILDY: No. Ni hablar. Lo intenté. Fui a clase, pero...

PAUL: ¿A clase? No hace falta. Solo necesitas coger un lápiz y dibujar y dibujar hasta lograrlo. Este es el problema de las chicas de la zona sur, vosotras...

HILDY: Tú no sabes si vivo en la zona sur.

PAUL: ¿Vives allí?

PAUL: Lo sabía. (Risas.) Se os nota a la legua que habéis tenido niñeras y amiguitos.

HILDY: El tono.

PAUL: ¿Qué? Si ya lo he cambiado.

HILDY: Sí, de uno beligerante a uno engreído. Una gran mejora.

PAUL: Pero el sarcasmo está bien, ¿no?

HILDY: ¿Sabes? Durante una fracción de segundo creí que íbamos a lograr mantener una conversación, pero ya no estoy segura de que vaya a suceder. Ni siquiera puedo hacerte un cumplido sin que nos embarquemos en otra discusión. Esto es una pérdida de tiempo. Me marchó a casa. Tengo cosas que hacer y no necesito este maltrato.

PAUL: Ten. Te ofrezco mi mano en señal de paz.

HILDY: (Risas.) Qué gracioso.

PAUL: No. Ten. Es tuya.

HILDY: Vaya. Gracias... No deberías haberla roto. Me habría gustado tener el dibujo entero.

PAUL: Chicas... Les das la mano y quieren todo tu cuerpo.

PAUL: Te estás sonrojando.

HILDY: No es verdad.

PAUL: Ya. Vale. Tu color natural es el fucsia.

PAUL: ¿Y ahora qué? ¿Adónde vas?

HILDY: Ya te lo he dicho. A casa.

PAUL: Relájate. Siéntate. Hombre, te quejas de cómo reacciono cuando me haces un cumplido, pero por lo menos yo no salgo corriendo como...

HILDY: ¿Decirme que soy fucsia es un cumplido?

PAUL: Pues claro. El rosa es tu color.

HILDY: Ya. Muy agudo. Esto es ridículo. Ya tengo suficientes problemas que resolver. No necesito que estés pinchándome constantemente y...

PAUL: Venga, siéntate.

HILDY: No cumplo órdenes.

PAUL: Venga. «Moralmente obligada. Hacer lo correcto.» Bla. Bla. Bla. Nelson Mandela no tiraría la toalla tras una pequeña discusión.

HILDY: Eres increíble.

PAUL: Vaya. ¡Gracias! Siéntate.

HILDY: No. ¿Por qué debería hacerlo? Has hecho todo lo posible para sacarme de quicio, y ahora de repente quieres que me quede. ¿Por qué?

PAUL: ¡Porque casi hemos acabado! Solo nos quedan treinta y dos preguntas...

PAUL: ... que tú solemnemente le prometiste a Jeff que contestarías...

PAUL: ... en aras de la ciencia.

PAUL: Esta es mi chica.

HILDY: Cállate y lee la siguiente pregunta.

PREGUNTA 5

PAUL: «¿Cuándo fue la última vez que cantaste para ti misma? ¿Y para otra persona?»

PAUL: Guau. Cambio de registro. ¿Por qué de repente sonríes?

HILDY: Es una pregunta graciosa.

PAUL: ¿Graciosa?

HILDY: Bueno. Es que lo hago mucho. Ni siquiera soy consciente. De pequeña, mi abuela paterna, que está muerta, cantaba una canción que trataba sobre el final de la Segunda Guerra Mundial y que entonces todo iba a ser perfecto. Amor. Risas. Paz eterna. Ese rollo. Siempre que estoy agobiada, me aparece esa canción en la cabeza y luego sale por mi boca. Casi ni me entero de que la estoy cantando. Imagino que es una técnica para calmarme. Probablemente la haya cantado esta mañana, o por lo menos tatareado.

PAUL: ¿Qué te puede preocupar precisamente a ti?

HILDY: ¿Qué quieres decir?

PAUL: Llevas un bolso de piel, has ido a clases de dibujo, has bebido café en tazones y...

HILDY: Perdona si este comentario te parece grosero, pero tienes una comprensión increíblemente superficial de la psique humana.

PAUL: ¿Al contrario que Jeff el psicólogo?

HILDY: Al contrario que cualquier persona. Entiendo lo que dices. Sí, soy afortunada. Tengo mucha más suerte que la mayoría de la gente. Pero ¿en serio crees que tener suficiente dinero para comprar un bolso de gama alta basta para resolver todos los problemas de la vida?

PAUL: Pues me encantaría tener la oportunidad de descubrirlo. Pero, para contestar la pregunta directamente, no. No me canto a mí mismo.

HILDY: ¿Nunca?

PAUL: Nunca. Pregunta 6: «Si fueras...»

HILDY: Espera. Te estás saltando la pregunta. Tiene una segunda parte que dice: «¿Y para otra persona?».

PAUL: Esto está empezando a tocarme los huevos. El tío dijo específicamente que había treinta y seis preguntas. A eso me apunté. Pero luego resulta que no, en realidad hay mogollón de subpreguntas para las que tengo que encontrar subrespuestas. Eso es publicidad engañosa.

HILDY: Eso es buscarle tres pies al gato. Y si te limitaras a contestar las preguntas

con sinceridad en vez de querer salir con alguna ocurrencia, no te parecería tan pesado. Pero eso es otra historia. Mira, voy a contestar la pregunta yo misma. ¿Cuándo le canté a otra persona? A ver, ¿los perros cuentan? ¿Para qué te pregunto a ti? Si no te importa... Bueno, decidiré por mí misma y diré que no; en tal caso, la respuesta sería el viernes pasado por la noche. A Hazel, la niña a la que cuido. Es adorable. Siempre le canto hasta que se duerme. A veces incluso nanas de verdad. Otras, me limito a elegir una canción que me gusta, la canto más despacio y la repito una y otra vez hasta que se duerme. Hala, te toca.

PAUL: Hace tiempo.

HILDY: ¿Puedes ser un poco más específico?

PAUL: Poder, puedo, pero ¿quiero?

HILDY: Es evidente que no puedo obligarte, así que ¿lo harás?

PAUL: No.

HILDY: Vale, y ¿a quién?

PAUL: Eso no sale en la pregunta.

HILDY: ¿Acaso fue a una chica?

PAUL: Sí, para tu información, así fue.

HILDY: ¿Por qué lo dices de esa manera?

PAUL: ¿Cómo?

HILDY: Con énfasis en el «fue».

HILDY: Ah, ya lo entiendo. Era una chica y ahora es un chico. ¿Acaso tu novia se cambió de género o algo parecido?

PAUL: Joder.

HILDY: ¿Qué? No es tan absurdo. No eres transfóbico, ¿verdad?

PAUL: No.

HILDY: Entonces ¿por qué se te ha puesto cara de «esta tía es idiota»? ¿O es tu expresión habitual?

PAUL: No es mi cara de «esta tía es idiota». Es mi cara de «te equivocas», con mis cejas de «me estás empezando a cabrear». ¿Podemos avanzar a la

siguiente pregunta? Por favor.

HILDY: Vaya. Has sonreído.

PAUL: Ya. Bueno. Estaba desesperado.

HILDY: Deberías estar desesperado más a menudo.

PAUL: Te juro que si lo que vas a decir a continuación es algo así como «alegra esa cara», salgo pitando.

HILDY: ¿Y ahora qué estás dibujando? Es difícil verlo desde este ángulo... ¡Madre mía! No será un garabato erótico, ¿verdad?

PAUL: Estás muy equivocada.

HILDY: Esas son, sin duda alguna, piernas de mujer.

PAUL: No.

HILDY: Sí que lo son.

PAUL: No. Son...

PAUL: ... cuernos. ¿Lo ves?

HILDY: Ah, claro, ahora sí. Muy listo.

HILDY: ¡Ay, Dios! ¡Es el Gran Príncipe del Bosque, de *Bambi*! ¡Me encanta ese libro!

PAUL: *Bambi* no es un libro. Es una peli de dibujos.

HILDY: Pero basada en un libro.

PAUL: Y la única que sabe eso eres tú.

HILDY: Claro que no. Millones, tal vez incluso billones, de niños han leído el...

PAUL: Bueno, yo no leo. Ah. Se me olvidó mencionar esa parte de mi día perfecto. Nada de lectura. Ni pastitas, que no sé ni lo que son.

HILDY: Así llaman a las galletas los británicos. Mi abuela se crio en el Reino Unido y las compra para Navidad; a mí me encantan...

PAUL: Ah, lo siento. No me has entendido. No te lo estaba preguntando.

HILDY: ¿Sabes? Creo que no eres ni la mitad de lo antipático de lo que quieres hacerme creer. He vislumbrado un pequeño destello de verdadera emoción en tu mirada cuando tuviste que admitir que sí le habías cantado a alguien, y tu sonrisa, cuando dejas de ser ofensivo y no estás enfadado con el mundo sin razón aparente, es bonita... encantadora.

HILDY: ¡Eh, lo has vuelto a hacer!

PAUL: Ya. Bueno, no te acostumbres. Y no estoy cabreado sin razón. Créeme.

HILDY: ¿Y eso?

PAUL: No es asunto tuyo. Pregunta 6.

PREGUNTA 6

PAUL: «Si fueras capaz de vivir hasta los noventa años y retener la mente o el cuerpo de una persona de treinta, ¿qué preferirías?»

HILDY: Por supuesto que la mente. Obvio. ¿Y tú?

PAUL: Depende del cuerpo. ¿Puedo retener el cuerpo de una mujer de treinta años? Es la fantasía de cualquier hombre de noventa.

HILDY: (Risas.) No estoy segura de que quiera decir eso.

PAUL: Ya, bueno, así lo entiendo yo. Y ¿a quién me gustaría retener? A la pelirroja de esa película de ciencia ficción. *Imposible* no sé qué...

HILDY: ¿*Imposible para siempre*? Eso no es ciencia ficción, es ficción especulativa. Son dos géneros totalmente distintos. La ciencia ficción es...

PAUL: Ya, vale, yo especulo que tiene unos treinta años. No me importaría nada retenerla. Por supuesto que no contra su voluntad. Hablo de una relación de consentimiento mutuo.

HILDY: Una estrella de cine de treinta años y tú con noventa. ¿Consentimiento

mutuo? Buena suerte.

PAUL: Gracias. Buena suerte con retener tu mente.

HILDY: (Risas.) Ahí me has pillado.

PREGUNTA 7

HILDY: ¿Por qué no hago yo las preguntas? No quiero interferir en tus intereses artísticos, sobre todo porque te pones muuucho más dócil cuando dibujas. Por cierto, ¿quién es esa?

PAUL: Tú a los noventa.

HILDY: No. Más bien al contrario, ese dibujo se parece mucho más a mí ahora.

PAUL: Ya, bueno, la cirugía plástica mejora constantemente.

HILDY: No me gusta eso de operarme.

PAUL: Tal vez ahora no.

HILDY: Nunca. La belleza no tiene nada que ver con la juventud. Se trata de...

PAUL: Ya. Dímelo cuando tu bonita cara comience a parecerse al cuero de ese bolso que llevas.

HILDY: Me da la impresión de que en tu mundo la apariencia y el dinero son las únicas cosas que importan.

PAUL: En mi mundo. Mientras que en el tuyo, lo que realmente cuenta son los valores espirituales.

HILDY: Entre otros.

PAUL: Bueno, me alegro por ti. Sinceramente, yo no tengo tiempo para esas gilipolleces. Y hablando de gilipolleces, si vas a hacer las preguntas, date prisa o vuelvo a tomar el control.

HILDY: No me parece justo que tú tengas la última palabra sobre este tema en particular. Das la sensación de que soy una niña consentida que nunca tuvo que...

PAUL: Vale. Yo hago las preguntas.

HILDY: No. Las haré yo.

PAUL: Pues venga.

HILDY: (Suspiro.)

PAUL: ¿Tienes alguna...?

HILDY: No. Me toca a mí: «¿Tienes alguna corazonada secreta de cómo crees que morirás?».

PAUL: Sí. Antes de que tenga la oportunidad de retener ese cuerpo de treinta años.

HILDY: Ya cansas.

PAUL: En serio. Lo de ser viejo no va conmigo. Voy a morir joven.

HILDY: Pues mira, igual que piensas que yo cederé y me haré una cirugía plástica, creo que solo dices eso porque eres joven. Tal vez si supieras cómo es ser viejo cambiarías de parecer. Tal vez acabes disfrutando de la sabiduría que conlleva...

PAUL: Ya he contestado. Déjalo.

HILDY: Mira que eres gruñón.

HILDY: A ver... ¿Cómo voy a morir...? Vale. Cuando te paras a pensarlo, es una pregunta terrible. Podría ser muy triste para algunas personas. ¿Qué pasaría si alguno de los participantes tuviera cáncer o alguna predisposición a una enfermedad mortal? Eso podría ser...

PAUL: Yo no. ¿Y tú?

HILDY: Tampoco.

PAUL: Vale. Ahórrate la introducción de diez minutos. Contesta la pregunta.

HILDY: Sola.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: Creo que moriré sola.

PAUL: Ya. ¿Y? Todo el mundo muere solo. Eso es lo que dicen.

HILDY: No, imagino que moriré en el sótano de un apartamento sin calefacción con un montón de gatos sarnosos caminando por encima de mi cuerpo hinchado. Eso quiero decir.

PAUL: Claro. Es más probable que seas la próxima Nelson Mandela. Y de todas formas, si tienes un montón de gatos sarnosos caminando por encima de ti, no estarás sola.

HILDY: Qué gracioso.

PAUL: ¿Ves? Mira cuánto te quieren. No están caminando por encima de ti. Te están consolando.

HILDY: (Riéndose.) Bonito dibujo. Me gusta el gato con la pata de palo.

PAUL: Sí, el pobre y viejo *Trípode*. Qué tortura ser como él. También está muy enganchado a la heroína, por eso tiene esos cordones amarrados a las patas buenas.

HILDY: Eso es espantoso.

PAUL: Ya, bueno, también morirá pronto. A pesar del cariño de una buena mujer a la que todavía encuentra hermosa bajo esa capa de piel flácida, le resulta imposible controlar todos sus demonios... Supongo que tú eres el tipo de persona que acoge casos perdidos.

HILDY: Y, sin embargo, irónicamente, sigue sola.

PAUL: Sí... tú... sola. Apuesto a que si llegaras diez minutos tarde a cenar, tus padres se pondrían frenéticos a llamar a la policía.

HILDY: ¿Y? ¿Qué pasa? No estoy hablando de ahora. Hablo de más adelante. Cuando sea mayor. Probablemente ya estén muertos.

PAUL: Qué bonito.

HILDY: No quiero decir que deseo que suceda. Solo digo que es verdad. Probablemente lo estén.

PAUL: ¿Y? Otra persona ocupará su lugar.

HILDY: ¿Cómo lo sabes?

PAUL: Porque es obvio. No hay que ser un genio para darse cuenta. Estarás casada con un abogado o un médico.

HILDY: Como si necesitara que un tío rico me cuide.

PAUL: Vale. Pues un artista muerto de hambre que es tu alma gemela y el padre amoroso de tus tres hijos perfectos al que le encanta pasar tiempo en casa. ¿Mejor?

HILDY: Casarme no entra en mis planes.

PAUL: Sí, seguro.

HILDY: Tienes una imagen totalmente distorsionada de mí. De todas formas, el matrimonio no es tan bonito como...

PAUL: Vale. Nada de maridos. De todas formas, tendrás a tus amistades del trabajo, del club de lectura, de las clases de yoga, de tu grupito de amigas, de tu círculo de artesanía, de tu asociación «Salvad a las ardillas»...

HILDY: ¿«Salvad a las ardillas»? ¿Qué dices?

PAUL: De lo que sea. No importa. No vas a estar sola. Tal vez loca, pero no sola.

HILDY: Si no supiera que estás intentando insultarme, diría que solo dices eso para que me calle.

PAUL: Querrás decir «en un inútil intento de hacerte callar».

PAUL: Hala, no puedo creer que haya funcionado.

HILDY: Siempre me ha aterrado acabar sola.

PAUL: No puedo seguir tus cambios de humor.

HILDY: Y no solo eso, sino haberlo provocado. Supongo que ese es mi verdadero temor.

PAUL: ¿Haberlo provocado? ¿Vas a volverte loca y espantar a todas las personas que conoces o algo así?

HILDY: Lo digo en serio.

PAUL: Vale. ¿Cómo?

PAUL: Mira. Yo no saqué el tema, fuiste tú.

HILDY: Acabar sola porque aleje a todas las personas a las que les importaba. Incluso a mis tres hijos perfectos, si llego a tenerlos, lo cual es muy dudoso

tal y como van las cosas.

PAUL: Tienes miedo en serio. Le voy a dar una caja de clínex a uno de los gatitos. ¿Ves? No te preocupes. Te cuidarán.

PAUL: Por favor, para.

HILDY: He parado.

PAUL: Que va.

HILDY: Mira. ¿Ves? No más lágrimas.

PAUL: ¿Sabes? No das la impresión de ser una de esas personas que se suenan con la manga.

HILDY: No me hagas reír o tendré que volver a hacerlo.

PAUL: Puaj. Dios santo. Es asqueroso. ¿Quieres parar ya?

HILDY: (Risas.)

PAUL: Dime cuándo puedo volver a abrir los ojos.

HILDY: Ya. Ya he parado.

PAUL: Gracias a Dios.

HILDY: Qué vergüenza. Hoy se me ha olvidado comer. A veces me pongo un poquito frágil cuando tengo hambre, y entonces no puedo comer porque me

siento frágil. Es un círculo vicioso. Pero vaya, lo siento, lo de las lágrimas y todo lo demás. Otro bajón. Este me ha pillado por sorpresa.

PAUL: Ya, bueno, yo también me echaría a llorar si creyese que voy a terminar en un sótano sin calefacción con un montón de gatos pulgosos. Pero, aun así, no creo que me limpiara la nariz con la manga.

HILDY: Pero ¿ves? De eso se trata. No sabes lo que harás hasta que te encuentras en esa situación. Y, además, tú me hiciste llorar. No deberías haber dicho que el gatito se moría.

PAUL: Ningún gatito se va a morir. Aquí tienes mi número. Llámame en cuanto veas la primera señal de que uno de tus gatos se encuentra mal e iré enseguida.

HILDY: ¿Lo prometes?

PAUL: Lo prometo.

HILDY: ¿No te preocupa que abuse? Puede que acabe llamándote treinta veces al día. Las personas que se echan a llorar delante de completos desconocidos hacemos cosas así.

PAUL: No me preocupa.

HILDY: Este no es tu número real, ¿no?

PAUL: Te he subestimado.

PREGUNTA 8

HILDY: «Di tres cosas que tienes en común con tu pareja.» Bueno, esta es fácil. Un carácter alegre.

HILDY: ¡Esa es una! Te has reído.

PAUL: De ti, no contigo.

HILDY: ¿Y qué? Cuenta. Número dos: los dos tenemos bonitas sonrisas, aunque yo uso la mía más a menudo. Y ojos de color marrón verdoso. Vale, ya van tres.

PAUL: Un segundo, ¿cómo es que tú puedes elegir primero?

HILDY: Porque tú no lo hiciste.

PAUL: No tuve la oportunidad.

HILDY: Claro que sí.

HILDY: Poner los ojos en blanco es de mala educación.

HILDY: Y resoplar también. Y de todos modos, ¿qué más te da?

PAUL: Es que no me gusta que me den órdenes.

PAUL: Creí que habías dicho que resoplar era de mala educación.

HILDY: Elige tres y punto.

PAUL: Vale. Uno: los dos somos testarudos.

HILDY: Pero no en la misma medida.

PAUL: De acuerdo. Tú más.

HILDY: No. Tú más. De ninguna manera voy a...

PAUL: ¿Lo ves? ¿Quién está siendo más cabezota?

HILDY: Qué listo.

PAUL: Esa es mi segunda respuesta. Los dos somos listos.

HILDY: Eso lo acepto. No eres el cabeza hueca que finges ser.

PAUL: Y tres: el vello facial.

HILDY: ¡¿Qué?!

PAUL: (Risas.)

HILDY: Ay, Dios. Eso es lo que diría un crío pequeño. Retiro lo dicho. Eres un cabeza hueca.

PAUL: Me ha encantado cómo la mano voló hasta el mentón. ¿Tienes problemas hormonales o algo parecido? ¿Quieres confesarme algo?

HILDY: Pues, mira, sí. Espero que eso que estás dibujando sea otro gato sarnoso y no yo.

PAUL: Lo voy a llamar *Bigotes*. Tú decides.

PREGUNTA 9

HILDY: «¿Por qué aspecto de tu vida te sientes más agradecido?»

PAUL: Sé lo que vas a decir.

HILDY: ¿Qué?

PAUL: Por las pinzas de depilar.

HILDY: Ja, ja. No.

PAUL: Entonces ¿por qué?

HILDY: Por mi familia.

PAUL: Cómo no.

HILDY: Pero la familia con la que crecí.

PAUL: Sí. Ya lo pillo. Eso es lo que suele significar.

HILDY: Me siento agradecida de haberme criado con mi familia en una época en la que mis padres, bah, da igual. No importa.

PAUL: Vaya, por fin te has dado cuenta. No importa.

HILDY: Vale. Tu respuesta.

PAUL: Por la salsa picante.

HILDY: Venga. Por lo menos inténtalo.

PAUL: Cuando no sabes cocinar valoras mucho la salsa picante. Es una droga moderna que hace milagros. Convierte casi todo en comestible.

HILDY: ¿Sabes? Resulta mucho más interesante cuando contestas con sinceridad.

Todos estos chistecitos me hacen sospechar que quieres ocultar algo.

PAUL: No serás el próximo Nelson Mandela. Serás el próximo doctor Phil.

HILDY: En serio, ¿por qué no dejas ya de hacerte el gracioso? Es síntoma de pereza y estupidez, y falta de sinceridad emocional.

PAUL: ¡Madre mía! Ya sé, por lo que voy a estar muy agradecido. Por acabar con estas malditas preguntas.

HILDY: Me recuerdas a mi hermano mayor. Los dos intentáis dar una imagen de tipo duro. Los hombros caídos. La risa sarcástica. Esa actitud de todo me importa una mierda, pero en realidad no sois así.

PAUL: Ay, Dios. Estoy alucinando. Creí que habías puesto la norma de nada de tacos.

HILDY: No me pasó desapercibida la expresión de tu cara cuando perdí los nervios hace un rato. No eres así. En realidad sientes bastante empatía.

PAUL: Sí, bueno, aprendí bastante pronto que si finges estar preocupado, a menudo puedes evitar estallidos emocionales más intensos más adelante.

HILDY: Detestas admitir tu lado más blando.

PAUL: Rápido. Pásame la papelera. Voy a potar.

HILDY: Genial. Sácalo todo. Te sentirás mejor. Este consejo también sirve para lo que te da tanto miedo. Admítelo y punto.

PAUL: Madre, ya me puedo imaginar cómo son tus posts en Facebook. Soy un libro abierto. ¿Qué quieres saber?

HILDY: Genial. Pues contesta la pregunta.

HILDY: Vaya con el libro abierto.

PAUL: Estoy pensando.

HILDY: Ya. Pensando en cómo escabullirte.

PAUL: Pensando en los cuarenta dólares que me darán cuando termine.

HILDY: Pues vale.

PAUL: Venga. Tiempo.

HILDY: ¿Qué? Todavía no hemos terminado.

PAUL: No. Por el tiempo. Por eso es por lo que estoy más agradecido.

HILDY: Vaya, me has pillado por sorpresa.

PAUL: ¿Por qué?

HILDY: No hay ninguna necesidad de que te pongas tan hostil. Hay un mundo entre la salsa picante y el tiempo en el significado más amplio de la palabra, que, dada tu expresión, es lo que creí que sugerías. Es muy... etéreo o algo

así.

PAUL: ¿Etéreo?

HILDY: Sí.

PAUL: ¿Qué puñetas significa eso?

HILDY: ¿No conoces la palabra «etéreo»?

PAUL: No. No es de uso cotidiano.

HILDY: Para mí sí.

PAUL: Pues vale.

HILDY: Para tu información, significa irreal. Delicado. Sutil.

PAUL: Entonces no. Incorrecto. No hay nada etéreo en sentirse agradecido por el tiempo. No tiene ninguna sutileza. Me siento agradecido por un momento histórico específico.

HILDY: Espero que no sea el del descubrimiento de la salsa picante.

HILDY: Era broma.

HILDY: ¿Por qué me miras así?

PAUL: Doce minutos, el tres de julio de hace dos años. Por eso me siento agradecido. Tengo que ir a mear. Si no te importa, por supuesto.

MENSAJE DE TEXTO A PAPÁ: Esto está tardando más de lo que esperaba. Puede que llegue un poco tarde a cenar. ¿Seguro que no puedes venir al cine con nosotros esta noche? A Gabe le apetece mucho pasar un rato en familia. Un beso, H.

MENSAJE DE TEXTO A XIU
FRASER: Grandes novedades. Llámame cuando salgas del coro. No te lo vas a creer.

MENSAJE DE TEXTO A MAX

BUDOVIC: ¡¡¡Creo que por fin estoy lista para ir más allá de los achuchones!!!

MENSAJE DE TEXTO DE MAX BUDOVIC:

¡¿Qué?! ¡¿Con quién?!

HILDY: ¿Recuerdas ese experimento de psicología en el que me inscribí?

MAX: Me estás asustando... ¿Te están escarbando la parte sucia del cerebro con un palo de metal o algo parecido?

HILDY: No.

MAX: ¿Estás hablando de un ser humano real?

HILDY: De carne y hueso.

MAX: ¡¡¡Ay, chica, enhorabuena!!!
Cuéntame más.

HILDY: La última persona en el mundo con la que me imaginarías. Un poco rudo. Nada en común y me cabrea muchísimo.

MAX: No estoy seguro de que me guste esta historia.

HILDY: A mí tampoco, o tal vez sí. No lo sé.

MAX: Repito: me estás dando miedo.

HILDY: También me lo da a mí, pero solo se vive una vez.

MAX: ME ESTÁS ACOJONANDO.

HILDY: Tengo que dejarte.

MAX: ¡¡¡Noooooooooooo!!!

HILDY: Hola.

PAUL: Hola.

HILDY: Oye, lo siento. No pretendía molestarte.

PAUL: No me has molestado. Necesitaba hacer pis, ¿vale? Siguiendo pregunta. Y a partir de ahora yo pregunto.

PAUL: Y, postdata. Puedo decir todos los putos tacos que me salgan de los cojones.

HILDY: Puto vale.

HILDY: Te he hecho sonreír.

PAUL: Qué va.

HILDY: Sí.

PAUL: Siguiente pregunta.

PREGUNTA 10

PAUL: «Si pudieras cambiar alguna cosa de la forma en la que te criaron, ¿cuál sería?»

HILDY: Me habría gustado que no me hubieran ocultado tantas cosas. Que no me hubiesen mantenido en la sombra.

PAUL: Eso explica por qué eres tan pálida.

HILDY: Creí que habíamos quedado en que era fucsia.

PAUL: Va y viene. Ahora mismo vuelves a estar algo blanca.

HILDY: Voy a ignorar ese comentario. Quiero que respondas con sinceridad, así que yo voy a hacer lo mismo. Me habría gustado que me hubieran dicho lo que estaba sucediendo. Sé que mis padres intentaban protegerme —o tal vez a sí mismos—, pero, por supuesto, les salió el tiro por la culata. Los secretos siempre acaban por salir a la luz, ¿no crees? Así que ahora siempre me preocupa que estén pasando otras cosas negativas que yo no sepa. Me da miedo volver a abrir la caja de Pandora. La verdad duele mucho más cuando lleva tiempo pudriéndose bajo tierra.

PAUL: No lo sé.

HILDY: Ni te importa, por tu tono. Vale. Me limitaré a dejar mi desgarradora

confesión en el aire y te preguntaré a ti: ¿Qué cambiarías? Y no me salgas con que tus calcetines o tu ropa interior o cualquier tontería por el estilo.

PAUL: Tú querrías más verdad, pues yo supongo que querría menos. Menos pero mejor. Eso es lo que me habría gustado cambiar.

HILDY: Vaya.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: Nada, solo vaya. Es una idea interesante.

PAUL: No te sorprendas tanto. Las tengo de vez en cuando.

HILDY: ¿La verdad tiene calidad? Si haces que sea mejor, ¿sigue siendo la verdad...? ¿O quieres decir mejor para ti?

PAUL: (Risas.) ¿Qué crees tú qué quiero decir?

HILDY: En realidad, no lo sé. Te gusta dártelas de insensible y de egocéntrico, pero creo que es pura fachada. Me da la sensación de que te importa el significado real de la palabra «verdad».

PAUL: Porque siento mucha empatía y todo eso.

HILDY: Sí. Entre otras cosas. Así que venga, dímelo. ¿Qué significa la verdad?

PAUL: Para descubrirlo, cállate y llama al 902 PREGÚNTALE A BUDA. Repito: 902 PREGÚNTALE A BUDA.

HILDY: (Risas.) Maleducado, pero gracioso.

PAUL: Déjame terminar este garabatito y lo estamparé en una camiseta para ti.

HILDY: Otra vez la mano. ¿Por qué no cambias...? ¡Vaya, no! ¿Por qué lo has tachado?

PAUL: Ya me has sacado suficiente verdad con una pregunta.

PREGUNTA 11

PAUL. Vaya. Mierda. Por favor. No.

HILDY: ¿Qué?

PAUL: (Suspiro.) «Cuéntale la historia de tu vida a tu pareja en cuatro minutos con la mayor cantidad de detalles posible.»

HILDY: ¿Y?

PAUL: Cuatro minutos tuyos me van a parecer diez años. Voy a tener mucho tiempo para dibujar. Dame algo de papel, anda.

HILDY: Esto es lo que se hace con los niños pequeños para que no den la lata, lo sabes, ¿no? Hay que darles papel y pinturas para que no se aburran y rompan los muebles o dibujen en las paredes o cualquier otra trastada.

PAUL: Venga, dámelo. ¿Para qué llevas todas esas mierdas? ¿Para eso llevas un bolso carísimo? ¿Para transportar material reciclable? Los martes son los días de recogida de basura. A lo mejor te apetece aligerar carga.

HILDY: ¿De qué te quejas? Tú eres el que necesita el papel. Ten.

PAUL: ¿No tienes ninguno sin usar?

HILDY: Tiquismiquis. Dibuja en el dorso. Es un primer borrador. Tengo el...

PAUL: Vale. Ahora ¿serías tan amable de contestar la pregunta?

PAUL: ¿Por qué tardas tanto?

HILDY: Lo siento. Necesitaba un momento para chincharte mentalmente antes de proseguir.

HILDY: Vale... Cuatro minutos... Nací en Montreal, pero me mudé aquí a los tres años. Tengo dos hermanos, uno mayor y otro menor. Alec con c, que está estudiando en Dublín este semestre, y Gabe.

PAUL: Sabía que habría un Gabe.

HILDY: Una familia bastante común y corriente. Mi padre es el director del instituto de bellas artes al que fui. Mi madre es médica de urgencias. De hecho, es la jefa del departamento.

PAUL: Vaya. Enhorabuena.

HILDY: No lo digo por eso. Es la primera mujer que dirige el departamento, así que me gusta mencionarlo. La gente tiene que saber que hay mujeres que ostentan puestos de autoridad.

PAUL: Entendido. ¿Podríamos ir un poco más rápido? Está claro que cuatro minutos no te van a dar ni para empezar.

HILDY: Qué pesado eres... Mi padre se ocupó de criarnos. Eso es algo diferente. Siempre libraba en verano y los días festivos, mientras que mi madre siempre ha hecho guardias. ¿Qué más? Ceceé hasta los diez años, lo cual es horrible cuando tu apellido comienza con S. Tuve que ir al logopeda un montón de tiempo para corregirlo, e incluso ahora, cuando me canso, a veces hablo como si tuviera la boca llena de saliva. Como el Gato Zilverstre... Vale. ¿Qué más? Tienes razón, fui a clases de todo lo normal: piano, ballet, arte los sábados por las mañanas. Esto es un tostón.

PAUL: No. No. Me tienes en ascuas.

HILDY: ¿Tuve un accidente de coche a los doce años?

PAUL: ¿Por qué me lo preguntas?

HILDY: No sé si eso es interesante. Mi madre derrapó sobre el hielo. Salimos volando. Todavía tengo pesadillas al respecto.

PAUL: ¿Murió alguien?

HILDY: No. ¿Cómo se te ocurre decir algo así? Mi hermano sufrió una contusión y mi madre se torció el tobillo o algo así. Pero ella estaba aterrada, eso es lo que me afectó. Mi madre siempre sabía lo que había que hacer. Porque es médico y tal. Hasta ese momento, para mí era como una diosa guerrera o algo por el estilo. Valiente. Imperturbable. Pero ese día entró en pánico. Todavía tengo sueños en los que la necesito para algo y a ella se le va la olla. Y puede tratarse de cualquier cosa, como «¿Has visto mis calcetines?» o «¿Puedes venir a buscarme después del trabajo?», pero ella explota. Se desmorona y entonces soy yo la que se preocupa por ella e intento que se recomponga. Es como si hubiera tenido la oportunidad de entrever lo que hay debajo de su armadura y ahora no puedo olvidar que también es vulnerable.

PAUL: Sí. Ese es el problema con los padres, que siempre resultan ser humanos.

HILDY: (Risas.) Me gusta esa frase. Puede que la use.

PAUL: ¿En tu novela?

PAUL: Sabía que estabas escribiendo una novela.

PAUL: Pero ni se te ocurra convertirme en un personaje.

HILDY: A) ¿Qué más da? Tú no lees. Y B) ¿En serio crees que me has impresionado tanto durante esta hora escasa como para aparecer en mi novela?

PAUL: Tal vez. Me parece que eres algo impresionable, si es que existe esa palabra.

HILDY: Existe. Y lo sabes. Te gusta comportarte como si...

PAUL: Perdón, tengo entendido que todavía estamos con la historia de tu vida. A continuación hablaremos de la mía.

HILDY: ¿Siempre consigues lo que te propones?

PAUL: Estoy sentado en una silla rota, en una habitación sin ventanas y todavía quedan como noventa preguntas por contestar. ¿A ti que te parece?

HILDY: (Risas.) Vale... mi vida... Ahora no recuerdo lo que iba a decir. Me has puesto nerviosa. No me mires así. En serio. Normalmente rompo a llorar en público. Soy razonablemente...

PAUL: ¡Joder! La pregunta.

HILDY: Vale... En el instituto era la típica empollona.

PAUL: Sabía que eras capaz.

HILDY: Participaba en todas las actividades extraescolares, desde clases de improvisación hasta una ONU de mentira, y no solo porque nos llevasen de viaje a La Haya... He tenido el mismo grupo de amigas desde siempre, aunque percibo que Iris y yo nos estamos distanciando. Xiu lleva siendo mi mejor amiga desde la academia infantil de teatro. Max y yo somos tan íntimos como siempre, pero es diferente, cómo no, desde que salió del armario. Sigue siendo mi mejor amigo. A ver... ¿qué más...? Tengo un interés

muy extraño por todo lo que tenga que ver con los años cincuenta. No sé de dónde me viene, pero deseo con toda mi alma tener una nevera rosa chicle. Por otra parte, me siento muy atraída por la estética europea minimalista, así que también fantaseo con una cocina totalmente blanca: una encimera de hormigón esmaltado, armarios lisos, sin tiradores, ese tipo de cosas. Me da una sensación enorme de calma. Odio esquiar, sobre todo porque delante de los demás, incluso de mis padres, da la impresión de que te tiene que encantar, cuando en realidad hace frío, las botas aprietan y solo se sube y se baja, una y otra vez, por una colina. Me aburre. Como el fútbol. Como los bailes de instituto. Estos me aburren aún más. Frivolidad obligatoria. No se me ocurre nada peor... Tengo planeado estudiar Filología Inglesa, pero probablemente me presentaré a la prueba de admisión para entrar en la Facultad de Derecho como todo el mundo.

PAUL: Como todo el mundo.

HILDY: Ya sabes lo que quiero decir. No todo el mundo, pero...

PAUL: No tengo ni idea de lo que quieres decir. En realidad, por regla general no entiendo lo que quieres decir. Alucinante, lo sé, pero cuando tú hablas de «familias normales», yo no me imagino automáticamente a madres que gestionan el servicio de urgencias del hospital e hijos a los que obligan ir a esquiar.

HILDY: ¿Y? La idea de «normal» no es igual para todo el mundo. Somos individuos. Tenemos circunstancias diferentes. Distintas influencias.

PAUL: No me digas.

HILDY: Vale. Entonces ¿qué es normal para ti?

PAUL: Eso no.

HILDY: Pues aquí tienes tus cuatro minutos.

PAUL: Lo siento. No dispongo de tanto material.

HILDY: Ya, seguro. ¿Qué tienes, dieciocho o diecinueve años? No me cabe duda de que puedes hablar cuatro minutos de lo más destacado de tu vida.

PAUL: Vaya, ¿esos eran tus momentos destacados?

PAUL: ¿Qué pasa? ¿No aguantas ni una réplica ingeniosa?

HILDY: Pensaba que no leías.

PAUL: ¿Cómo?

HILDY: Que mientes. «Réplica» es una palabra de libro.

PAUL: Es una palabra de Bugs Bunny.

HILDY: No recuerdo que lo haya dicho jamás.

PAUL: Vale, me habré equivocado, porque es evidente que tú te sabes los diálogos de memoria.

HILDY: Parece que estoy discutiendo con un niño de seis años.

PAUL: No estamos discutiendo. Es una conversación ingeniosa. Esperaba que apreciaras su belleza, dado que serás filóloga y tal.

PAUL: Has sonreído.

HILDY: Sí.

PAUL: Vale. ¿Por dónde íbamos? La historia de mi vida. No tengo padres. No tengo hermanos que yo sepa. Toco la batería. Ya lo sabes. Dibujo. Eso también lo sabes. Casi me gradué en un instituto de un barrio pobre. Lo considero uno de mis grandes logros.

HILDY: ¿Casi graduarte?

PAUL: Sí. Era difícil no graduarse. Si te late el corazón, ya te dan matrícula de honor.

HILDY: Bueno, pues felicidades. ¿Qué más?

PAUL: De momento estoy en paro.

HILDY: ¿Y ya está?

PAUL: Sí. Eso es todo. La historia de mi vida.

HILDY: Mentira. ¿Sabes qué ha sido eso? Un resumen de diez segundos de un docudrama de treinta y seis capítulos. Lo que no has mencionado es mucho más interesante que lo que has dicho. Por ejemplo, ¿qué les pasó a...?

PAUL: No me preguntes sobre mis padres.

HILDY: ¿Amigos?

PAUL: Tengo algunos.

HILDY: Sí. ¿Y?

PAUL: Son buenos tíos. Mejoran con el alcohol.

HILDY: ¿Novia?

PAUL: Demasiados líos. Prefiero a las chicas en plural.

HILDY: Bond. James Bond.

PAUL: ¡Profesora!, Betty se está riendo de mí otra vez.

HILDY: Me río de la imagen que intentas proyectar.

HILDY: Aunque no debería. Yo odio que te rías de mí.

HILDY: Lo siento.

PAUL: A mi imagen no le importa.

HILDY: Ni debería. Me he pasado.

PAUL: Repito. No le importa.

HILDY: Entonces ¿qué quieres hacer?

PAUL: ¿Cuándo?

HILDY: Cuando «seas mayor».

PAUL: Ya lo soy.

HILDY: Vale. Muy bien. ¿Qué quieres hacer en el futuro?

PAUL: Sobrevivir. No lo he pensado mucho.

HILDY: ¿En serio?

PAUL: Creo que ya he contestado la pregunta.

HILDY: Dice que tienen que ser cuatro minutos. Te quedan más o menos tres minutos y treinta y siete segundos.

PAUL: Voy a rellenarlos con un solo de batería.

HILDY: Ay. ¿No te duelen los dedos?

PAUL: Para esto sirven las mesas.

HILDY: No, qué va, y eso tampoco es una respuesta. Así que para. ¿Quieres

dejarlo ya?

HILDY: Gracias. Te dejo recuperar el aliento y puedes comenzar.

PAUL: No necesito recuperar el aliento.

HILDY: Muy bien, pues adelante.

PAUL: Hago garabatos. Eso es lo que realmente me gusta. Tal vez en un mundo ideal viviría de mis dibujos, pero este no es un mundo ideal, ¿no? Me da que le estoy preguntando a quien no debo. Señorita del viaje de estudios a Europa y, por supuesto, orgullosa mejor amiga de un gay.

HILDY: ¿Por qué la orientación sexual de mi mejor amigo se merece esta reacción?

PAUL: No lo sé. Das la impresión de esmerarte muchísimo en ser única, pero haces cosas superpredecibles. Seguro que podría adivinar tu comida favorita, tu músico favorito, tu libro favorito, si leyera, claro, tu bebida favorita, tu marca preferida de...

HILDY: Mira, se te han acabado los cuatro minutos. Haz la siguiente pregunta.

PAUL: Te he dado donde duele, ¿no?

HILDY: Me gustaría pegarte.

HILDY: Y eso no tiene ni pizca de gracia, ¿quieres dejar de reírte?

PREGUNTA 12

PAUL: (Riéndose.) Lo siento. A lo mejor llevamos encerrados en esta habitación demasiadas horas...

HILDY: No llevamos más que unos minutos.

PAUL: No lo puedo remediar. Lo siento. No hay nada más divertido que ver a

alguien como tú perder los papeles.

PAUL: Si quieres que pare de reírme vas a tener que cambiar la cara.

PAUL: Lo digo en serio.

PAUL: Y dejar de echar humo por las orejas.

PAUL: Ay, Dios. No tienes nada que ver con lo que piensas que eres. Dices que eras una persona normal y, cuando ya estaba convencido, de repente se te va la pinza; lo que me lleva a pensar que en realidad no quisiste decir lo que...

HILDY: Cállate y haz la pregunta.

PAUL: ¿Ves? ¿Quién es la gruñona ahora?

PAUL: Vale. Vale. Aquí va: «Si pudieras despertar mañana habiendo obtenido cualquier cualidad o habilidad, ¿cuál sería?».

HILDY: Paciencia. Especialmente ahora.

PAUL: Muy buena. Yo también.

HILDY: Demasiado tarde. Yo lo dije primero. No vale copiar. Contesta otra cosa.

PAUL: La habilidad para desconectar de ti por completo, pero aun así cobrar los cuarenta dólares.

HILDY: Ja, ja, ja. Me río por no llorar, pero no creo que esa respuesta sea sincera. Quiero la verdad.

HILDY: ¿Sabes? Me he dado cuenta de que cuanto más delicada es la pregunta, dibujas más compulsivamente. Es evidente que se trata de un mecanismo de defensa.

HILDY: Hala, mira por dónde. *Les tables sont tournées*. Ya no es tan gracioso, ¿eh?

PAUL: Si esto es un mecanismo de defensa, no está funcionando muy bien. Has logrado cabrearme hasta en alemán.

HILDY: Es francés, y lo sabes.

PAUL: Sabía que me recordabas a alguien: a Jean-Claude Van Damme.

HILDY: No sé quién es.

PAUL: Es un actor, y lo sabes.

HILDY: ¿Has acabado?

PAUL: Oh, sí. Terminé hace un buen rato.

HILDY: ECLP.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: ECLP. Es decir, «entonces contesta la pregunta». Es agotador tener que decirlo todo el rato.

PAUL: ¿Tú estás agotada?

HILDY: Creo que la verdadera respuesta está en tus dibujos. Trazas una versión de lo mismo una y otra vez. La mano. Tiene que significar algo.

PAUL: ¿La respuesta a la pregunta está en mis dibujos? Anda, qué capacidad tengo para prever el futuro. Ni siquiera sabía cuál era la pregunta y, sin embargo, he sido capaz de dibujar la respuesta con anterioridad.

HILDY: No me refiero a la respuesta a esa pregunta en particular, sino a quién eres tú.

PAUL: Voy a potar.

HILDY: Si estoy tan equivocada, ¿por qué arrugas el dibujo?

PAUL: Para no hacer algo peor.

HILDY: ¿Cómo qué? ¿Abrirte?

PAUL: Ay, Dios. Eres increíble. ¿Quién te crees, Oprah?

HILDY: Pues...

PAUL: No me digas que no sabes quién es. Ves la tele como el resto del mundo. ¿No pensarás que me trago todas tus mentiras? Ocultas tanto como yo. Eso

es lo que me gustaría.

HILDY: ¿Qué?

PAUL: Me encantaría ser capaz de ver cómo eres bajo esa pose falsa y esas palabras grandilocuentes y ese abrigo de segunda mano, o de tienda de campaña militar o lo que narices lleves puesto. Puede que uses la palabra «etéreo» y que conozcas las ventajas de tener armarios de cocina sin tiradores, pero no engañas a nadie. Simplemente has decidido mostrar una parte del caos. Yo creo que tu familia está tan jodida como todas las demás.

PAUL: Vaya, te he dejado sin palabras.

PREGUNTA 13

PAUL: Y ahora estás enfadada.

HILDY: No. Es que no puedo comentar gran cosa sobre lo que acabas de decir. Por si no lo recuerdas, yo era la que insistía en que todos tenemos problemas. Tú eras el que invalidaba los míos porque, por casualidad, llevo un bolso caro.

PAUL: Mira. Por fin estamos de acuerdo. Entonces ¿por qué has puesto esa cara?

HILDY: Solo porque algo sea verdad no significa que tenga que ser agradable.

PAUL: Mira, dos cosas en las que estamos de acuerdo.

HILDY: ¿Y ahora qué estás dibujando?

HILDY: A mí otra vez, ¿no...? Por cierto, gracias por los labios enormes.

PAUL: ¿Qué les pasa a los labios carnosos? A mí me gustan. Y no, no eres tú. Es Pandora. Una versión actualizada. En vez de llevar todos los problemas del mundo en una caja, los lleva metidos en su bolso de marca.

HILDY: (Risas.) Pensaba que no leías.

PAUL: No leo.

HILDY: Entonces ¿cómo conoces la mitología griega?

HILDY: Ya, pero...

PAUL: Sin peros.

HILDY: No sabes lo que iba a decir.

PAUL: No puedes decir nada. No puedes volver atrás. Supéralo. Pasa página. En serio. Siguiente pregunta.

HILDY: No entiendo por qué de repente estás tan cabreado. No estaba hablando de ti...

PAUL: Siguiente pregunta.

HILDY: Todavía no toca. Es tu turno.

PAUL: Estoy harto de esta estupidez.

HILDY: Mala suerte. Aún no hemos terminado. ¿Qué querrías saber?

PAUL: Si existe un Dios y, en caso afirmativo, en qué estaba pensando.

HILDY: Una respuesta seria, qué raro.

PAUL: Y tú que creías haber llegado al fondo de la retorcida psique de Bob...

HILDY: ¿Qué quieres decir con «qué estaba pensando Dios»?

HILDY: Vale. Dibuja todo lo que quieras. Comportate como si no me oyeras.

HILDY: Eres tan infantil...

HILDY: Venga. Dímelo ya. ¿Qué estaba pensando Dios sobre qué?

HILDY: No puedes provocarme con una gran respuesta y luego simplemente dejar de hablar.

PAUL: ¿Así que ahora soy un provocador?

HILDY: Vuelves a intentar desviar la atención del tema que nos ocupa. Dime qué quieres decir.

PAUL: Jirafas. ¿Ves?

HILDY: Normalmente en este momento dejaría escapar un fuerte suspiro.

PAUL: En serio. ¿En qué estaría pensando el tan mentado Dios para crear algo con esa apariencia? No creo que lo hiciese aposta.

HILDY: No te creo, y también te odio cuando haces eso.

PAUL: ¿Qué? ¿Dibujar? Vaya, Betty, creí que te gustaban mis garabatos.

HILDY: Odio cuando vas a decir algo en serio y luego te echas atrás.

PAUL: No. En serio. Mira. El cuello. Las piernas flacuchas. Y ¿qué me dices de estos patéticos cuernos?

HILDY: No me resulta ni divertido ni encantador, ni siquiera revelador.

PAUL: Eres muy cruel. Voy a retirarme a la seguridad de mi mundo imaginario un rato. Haz tú las preguntas.

PREGUNTA 14

HILDY: «¿Hay algo que hayas soñado hacer durante mucho tiempo? ¿Por qué no lo has llevado a cabo?»

PAUL: ¿Llevamos aquí mucho tiempo?

HILDY: ¿Por?

PAUL: Por nada.

HILDY: ¿Por qué sonrías de esa manera?

PAUL: Por nada... Vale. «¿Hay algo que hayas querido hacer durante mucho tiempo?» Sí. Conducir.

HILDY: ¿No sabes?

PAUL: ¿Para qué? No tengo coche; mira por dónde, ahí tienes la respuesta a la maldita pregunta suplementaria.

HILDY: Ah. Oye. ¿Y si me enseñas a tocar la batería y yo te enseño a conducir?

PAUL: ¿A ti? ¿A tocar la batería?

HILDY: Sí.

PAUL: No.

HILDY: ¿Por qué no?

PAUL: Porque no, Betty. Piensa en tus intereses, en quién eres, en la fuerza que

tienes en los brazos y dime si crees en serio que podrías tocar la batería.

HILDY: Muy bien. Vale. Entonces enséñame a dibujar.

PAUL: Ya te he explicado cómo dibujar. Coge un lápiz y empieza. Básicamente también es así como se toca la batería. Coge un palo y ponte a darle golpes a algo.

HILDY: Ya veo por qué no quieres enseñarme. Cogería un palo y me pondría a aporrearte a ti.

PAUL: Exactamente. Ahora responde. Algo que siempre hayas querido hacer.

PAUL: ¿Alguna vez se te pone la cara de color fucsia?

HILDY: Te vas a reír de mí.

PAUL: Creí que habías dicho que podías soportarlo. Obligación moral. Hacer lo correcto. El Código de Sinceridad de los Caballeros de Betty. Algo así.

HILDY: Tienes razón. Eso dije. Vale. Algo que haya querido hacer durante mucho tiempo...

HILDY: Besar a Evan Keefe. ¿Qué?

PAUL: Nada.

HILDY: Deja de reírte. No es gracioso.

PAUL: Claro que sí.

HILDY: Ni siquiera lo conoces.

PAUL: No me hace falta. ¿Quieres besarlo? Pues adelante. ¿Por qué no lo has hecho?

HILDY: No tengo por qué decírtelo.

PAUL: Sí, es tu deber. La pregunta tiene dos partes.

HILDY: Mierda.

PAUL: ¡Mierda! Hala. Tienes que estar enfadadísima. Venga. Suéltalo.

HILDY: Vale. Bueno, por nada en particular. Es solo que Evan Keefe nunca se fijaría en mí.

PAUL: ¿Por qué no? ¿Es gay?

HILDY: ¡No! ¿Por qué dices eso? Está fuera de mi alcance. Míralo.

PAUL: ¿Tienes su foto en el móvil? Qué mal rollo. No serás una acosadora, ¿no?

HILDY: Por casualidad hemos coincidido en un montón de actividades.

PAUL: Por casualidad...

HILDY: Sí, por casualidad. A los dos nos interesa el teatro, la música, la escritura...

PAUL: Y no es gay.

HILDY: Menudo estereotipo te estás marcando.

PAUL: Y entonces ¿por qué no te ha besado?

HILDY: Querrás decir por qué no lo he besado yo. La pregunta es acerca de lo que yo he soñado.

PAUL: Ay, Dios. Qué tiquismiquis. Debes de volver loca a la gente. Por eso no te ha besado.

PAUL: ¿Qué?

PAUL: ¿Qué?

PAUL: Joder.

HILDY: ¡No me vengas con joder!

PAUL: ¿Qué eres, una abuela? Solo los viejos hablan así.

HILDY: ¡No me importa! Tus comentarios hacen daño. Me conoces desde hace cuarenta y cinco minutos ¿y te crees con el derecho a decirme que debo de volver loca a la gente? Según parece soy tan irritante que el mero contacto conmigo es...

PAUL: Joder. ¿No estarás llorando otra vez? Dios. Lo siento. Por favor, ¿puedes dejar de hacer eso?

HILDY: No estoy llorando. Los lagrimales femeninos son más pequeños que los de los hombres, por eso se escapan algunas lágrimas de vez en cuando. Solo

estoy muy enfadada.

PAUL: Vaya. Pero ¿te estás oyendo? Nada más quería saber por qué no te había besado. ¿Qué tiene de malo? Supuse que cualquier tío hetero y normal habría querido besarte.

HILDY: No seas paternalista.

PAUL: Que no. Lo juro por Dios. No tenía idea de que fueras tan sensible.

HILDY: No me llames «sensible».

PAUL: Madre mía. ¿Qué pasa con esa palabra?

HILDY: No engañas a nadie. Tiene una gran carga de significado. Hace años que dejé de creer en cuentos de hadas. Todo el mundo sabe que lo que quiere decir es «irracional».

PAUL: No.

HILDY: Vale. Pues «histórica».

PAUL: Yo no he dicho eso, pero si te soy sincero, estoy empezando a pensarlo.

HILDY: Ah, vale. Ahora lo estás empezando a pensar. Qué casualidad. Como si yo te hubiera metido esa idea en la cabeza. Como si yo te hubiera obligado a...

PAUL: ¿Qué te pasa? ¿Tienes la regla o algo así?

PAUL: ¡Ay, Dios! ¡¿Acabas de tirarme el pez?!

3

—Fue como si mi brazo estuviera... No lo sé. —Hildy echó un vistazo a la cafetería atestada de gente mientras buscaba la palabra correcta—. Poseído o algo por el estilo. ¿Cuándo me has visto tirar algo? Ni siquiera sé cómo se hace.

—Se lo merecía. —Xiu se miraba en el reflejo de la ventana disimuladamente—. Es un imbécil.

Estaban sentadas en su mesa de siempre. Para Hildy hacía demasiado frío, estaba justo al lado de la puerta por donde entraba y salía la gente todo el rato, pero Xiu no quería otra. Desde allí tenía el mejor ángulo para ver al chico alto peinado al estilo de los setenta que estaba cantando en la esquina. Se había hecho el propósito de colocarse allí todos los sábados hasta que Sweet Baby James levantara la vista de la guitarra y se fijara en ella. Hildy, si quería hablar, no tenía otra opción más que quedar allí. (Xiu era la abeja reina. Hasta tenía un tatuaje para demostrarlo.)

Max les llevó café con leche y tres cruasanes de almendras para compartir. Dos para él y el otro para las chicas. Hoy le tocaba invitar.

—No te has perdido nada —lo tranquilizó Xiu cogiendo el café y sin quitarle ojo a SBJ, que seguía tocando la guitarra al otro lado de la calle—. Todavía sigue hablando de Bob —dijo con un suspiro.

—Ay, Dios, Hildy, déjalo ya. Por favor. —Max acomodó su cuerpo larguirucho de metro noventa y cinco en la silla de al lado de Hildy—. Cada vez que mencionas su nombre imagino a ese pobre pez globo king kong volando por los aires hacia su final.

—Max. Quita esa voz de gay —ordenó Xiu mientras apartaba las almendras de su parte del cruasán—. Parece que vas agitando un cigarro con boquilla.

—Es mi vida y mi voz.

—Vale. Si lo que quieres es convertirte en una caricatura, a mí...

—¡Chicos! —Hildy dio un manotazo sobre la mesa—. ¿Podéis prestarme un poco de atención? Ya sé que me estoy obsesionando, pero normalmente vosotros sois peores que yo, y ahora necesito que me escuchéis.

Max hizo un gesto como si cerrara los labios con una cremallera invisible. Xiu acababa de dar un bocado al cruasán, así que permanecería un rato callada. Nunca hablaba con la boca llena.

—Solo necesito saber por qué me alteré tanto, luego no os daré más la tabarra. Lo prometo.

Xiu tragó y dijo:

—Bueno, eso es fácil. Estabas sobreexcitada.

Hildy miró hacia otro lado. No debería haber preguntado.

—Estabas superalterada por tus problemas en casa y nerviosa por esa cita a ciegas que te había surgido, y entonces aparece un tío bueno, aprieta unos cuantos botones y se te va la pinza. Ya está. Caso cerrado. Hablemos de mí.

—No es tan sencillo.

—Sí que lo es. Ya lo has hecho más veces.

—Qué va.

Hasta Max se echó a reír.

—La noche del estreno de *Oklahoma*, las semifinales del debate, el *tour* por tres ciudades para visitar tiendas de ropa antigua. Me falta una... ¡Ah, ah, ah, ah, ah! Tu octavo cumpleaños.

Hildy sonrió como diciendo: «Muy gracioso».

—Solo que esa vez, tal como lo recuerdo, fue la tarta de helado de Dora la Exploradora la gota que colmó el vaso. ¿Recuerdas que tu madre te mandó a tu habitación? —Xiu cerró los ojos, se llevó una mano de manicura perfecta a la boca y soltó un bufido—. Adoro a Amy, pero, buf, es la reina del destierro. Esas cejas enarcadas, ese dedo largo que agitaba en el aire... Dios. Dudo que me recupere de la vez que nos pilló usando su maquillaje.

—Eso no es nada —dijo Max ajustándose las gafas de carey—. A Hildy y a mí nos pilló en la cama.

—Hostia, es verdad. Se me había olvidado.

—Me alegro de que os parezca divertido. —Hildy se echó hacia delante para que un hombre que llevaba un bebé berreando y varias bolsas de lona llenas de verduras pudiera pasar—. Venga. Reíos de mí. No me importa.

—No nos estamos riendo de ti. Nos estamos riendo y punto. ¿Sabes por qué? —Xiu tiró la servilleta sobre su plato para alejar la tentación de seguir comiendo—. Uno: porque somos jóvenes y estamos vivos, y dos: porque no es nada del otro mundo. Es normal. No sé qué tienen los malotes, pero nos llevan a hacer locuras. Sobre todo a las tan mentadas chicas sensibles. Como Heathcliff en *Cumbres borrascosas*.

—Ya. Pero estallé.

—Combustión humana espontánea. También es normal. Un fenómeno muy conocido.

—Esto no es broma, Max.

—No digo que lo sea. Si alguien me diera un palo y colgara una piñata con la imagen de Steve McQueen de joven llena de caramelos delante de mí, yo también habría estallado. Lo que el cuerpo puede aguantar tiene sus límites.

Hildy se quedó mirando fijamente su café y visualizó la bolsa volando por encima de la mesa. Oyó el sonido que hizo cuando le dio en la cara. Sintió como el agua le salpicaba la mano y la manga. Se vio saliendo a gatas como una tarada de la sala.

—Debería haberle hecho caso a mi instinto y haberme marchado en cuanto supe de qué iba el estudio. Sabía que sería incapaz de hacer un experimento sobre el amor.

Max se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Hildy, ¡por favor!

—No seas estúpida —dijo Xiu, y se puso a quitarse los grumos de las pestañas con los dedos.

—No estoy siendo estúpida. Solo observo mi vida con sinceridad y saco las conclusiones obvias. Esto es lo que sucede cuando finges ser quien no eres. Me convencí de que me encontraría a la pareja asignada de manera aleatoria y que sería como el teatro de improvisación. Estaría aterrada, pero la adrenalina me ayudaría a superarlo. Y durante un rato así fue. Tuve algún problemilla lacrimógeno a medio camino, pero mantuve el control hasta que hizo un

comentario estúpido y, ¡pam!, mi personalidad real volvió a estallar. Como siempre. Fin del juego. Pero me da igual. Mucha gente se pasa toda la vida soltera y lo lleva superbien.

—Por supuesto. —Max le cogió el cruasán porque era evidente que Hildy no se lo comería—. El Papa, la mayoría de los consejeros académicos... Y ¿quién más?

No se les ocurrió nadie. Max enarcó una ceja gruesa y bien perfilada. Hildy se calló.

—Tía, te estás emparanoiando. —Xiu se quitó algunas migas del lazo de su blusa de poliéster estilo disco—. Empezaste a salir un poco tarde y has tenido algunos contratiempos, pero tienes que dejar de obsesionarte. Sobre todo con ese imbécil. Que le den. ¿Cómo cree que puede irse de rositas después de acusarte de tener la regla?

Max enseñó los dientes y asintió con la cabeza.

—Sí, Hil. Metedura de pata total. Hasta mi padre lo sabe, y es un ingeniero mecánico del antiguo bloque soviético.

Hildy reprimió las ganas de chuparse la punta de la trenza.

—Ya lo sé. Paul se pasó y...

Xiu levantó la mano.

—Espera. Para empezar, no lo llames Paul.

—¿Por qué no? Es su nombre.

—Confunde demasiado. Los que se llaman Paul son demasiado «citables». Los Bobs son profesores de gimnasia jubilados y tíos abuelos borrachos, y, por tanto, nada citables. Mejor Bob. O imbécil. Tú eliges.

—Vale. Bob se pasó de la raya y no pretendo defenderlo...

—Aunque no cabe duda de que estás a punto de hacerlo. —Xiu se miró las uñas para ver si las tenía bien.

—Pero... ¿a quién intento engañar? El problema soy yo. —Hildy giró su taza de café—. Precisamente porque me gustó y porque sé que a él también le gusté, la historia estaba predestinada a ser un desastre. En fin, así soy yo.

Max se volvió para mirar a Xiu.

—¿No crees que al prestar atención a toda esta mierda interminable estamos alentándola?

—Vale. Mira. —Xiu apartó los platos sucios como si fuera un general

desplegando un mapa de guerra sobre la mesa—. Tienes razón. Es un tío complicado. Los garabatos. La percusión. Los atisbos de humor. Incluso, dentro de sus limitaciones, la idiotez. Todo muy atractivo. Pero seamos realistas: no quieres a un hombre de las cavernas.

—No me estáis escuchando. No quiero a nadie.

—Mentira. Pero desde luego que no necesitas a un tío que no lee.

—No es tonto. —Para Hildy era importante que lo supieran.

—Tuvo que preguntarte qué significaba «etéreo» y ¿cuál fue la otra palabra?

—«Hilar» —Max pronunció la palabra con un marcado acento francés.

—Eso, «hilar». —Xiu negó con la cabeza con incredulidad—. Cualquier niño de siete años las usa como si fueran piezas de LEGO.

Xiu estiró la mano y cogió la de Hildy.

—Olvídate de Caverbob. ¿Qué hay de Trevor el de la clase de historia mundial moderna? Él parece factible. Bueno, cuando le cambies el peinado.

Hildy retiró la mano.

—No me gustan ni Bob ni Trevor. No me interesan los tíos, punto. Ya te lo he dicho. Fin.

—Ay, ¡qué dramática! Y también equivocada. ¿Cómo puedes acabar con algo que ni siquiera has empezado?

—Gracias, Max. Tú, en particular, deberías saber que no soy inexperta del todo.

Xiu alzó un dedo y le dio un punto a Hildy.

—Ha habido más tíos.

A Hildy le irritó ver cómo ambos asentían con la cabeza. Solo porque ellos de repente se habían convertido en expertos en el sexo, no tenían derecho a tratarla como a una niña.

—William Foster —dijo— en la fiesta de fin de curso. Fui al servicio y, cuando regresé, lo encontré liándose con Elianna Bulmer.

—Tenías catorce años. Era un capullo. Pasa página. —Xiu se sintió un poco incómoda porque ella también se había liado con él.

—Ya he pasado página. Con Anton Friesen. ¿Y cómo me salió?

—¿Qué esperabas? Nunca hay que decirles que los quieres en la tercera cita.

—Vale. Nate Schultz.

Ambos gimieron.

—¡Ni siquiera te gustaba! Me sorprendió que duraseis tanto tiempo —dijo Max—. Además, no era lo suficientemente mono para ti.

Hildy tenía muchos más ejemplos degradantes que añadir, pero miró hacia su derecha, donde estaba Max, y dijo:

—Tú.

Él abandonó el tono divertido.

—Hildy, no creo que quieras seguir por ese camino.

No quería.

—Vale. Pues Evan Keefe.

Max dejó caer la cabeza hacia atrás y se quedó mirando fijamente el techo un rato antes de contestar.

—No te metió mano cuando tuvo la oportunidad. Y ¿sabes por qué? Es de plástico, un noventa y ocho por ciento. No funciona como es debido.

—Y eso por no mencionar que es un engreído. —Xiu se estaba aburriendo—. Igual que Bob, por lo que parece. ¿Podemos cambiar de tema?

«Sí», pensó Hildy, pero Max añadió:

—Su comentario de doce minutos sobre cierta fecha es especialmente intrigante. ¿Qué crees que significa?

Xiu le sonrió a Hildy de manera triste, y luego se puso a buscar su maquillaje en el bolso.

—Evidentemente algo sexual. Repito: no es el tío adecuado para ti.

Hildy recordó la expresión que tenía Bob en la cara. Sabía que no estaba hablando de un asunto erótico. Se trataba de algo serio, pero no iba a decirles nada a sus amigos.

—Normalmente me tomaría a mal que penséis que algo sexual es inapropiado para mí, pero, por suerte, en este caso solo confirma lo que pienso. Tema cerrado.

Xiu se encogió de hombros y se aplicó el pintalabios color borgoña oscuro que había empezado a usar hacía poco.

—Tema cerrado con él. Genial. Ahora no tendrás que explicar el tatuaje de la lágrima a tus padres. A Amy no le habría hecho ninguna gracia.

Max puso el brazo alrededor de la silla de Hildy y se inclinó hacia ella.

—Lo superarás. Yo también me quedé hecho polvo por culpa del primer tío que me hizo sentirme así.

—Max, tú fuiste el primer tío que me hizo sentir así.

Xiu soltó un gemido.

—¡Venga ya! —dijo, limpiándose un poco de pintalabios con una servilleta—. Si no hubieras querido experimentar con la heterosexualidad, Hildy nunca habría... Ay, Dios mío. Sweet Baby James. Viene hacia aquí.

El cantante callejero había recogido la funda de su guitarra y se dirigía hacia la cafetería. Xiu se volvió a poner los pendientes, les lanzó un beso al aire a sus amigos y salió corriendo a posicionarse en un sitio estratégico del mostrador.

Max le gritó:

—No te olvides de la fiesta de esta noche. *Rendez-vous* a las diez.

Ella agitó la mano como diciéndole, «Ya lo sé» o «No me interesa». Sweet Baby James se puso en la cola detrás de ella y se sopló los dedos para calentárselos. Ella se volvió y le sonrió.

Hildy observó cómo Xiu rondaba a su presa y se estremeció.

—Sólo pensar en volver a hacer eso me da náuseas.

Max tenía la boca llena con el resto del cruasán de Xiu.

—Es como despertar con resaca y jurar que nunca volverás a beber. Todo el mundo lo dice, pero nadie habla en serio.

—Yo sí. Me pregunto si seré asexual.

Max fingió soltar una enorme carcajada irónica.

—No lo eres. Yo tengo pruebas.

—Lo nuestro no cuenta. Apenas nos quitamos la camiseta.

—No estoy hablando de eso, aunque, si no recuerdo mal, estabas bastante entusiasmada.

—Más que tú.

—Bueno, ahora ya sabemos por qué, ¿verdad?

—Entonces ¿cuáles son tus pruebas?

Sacó el teléfono del bolsillo y leyó un mensaje de texto.

—Cito: «Creo que por fin estoy lista para ir más allá de los achuchones», con lo cual claramente quisiste decir que estabas preparada para dar el paso y experimentar el sexo de mayores, a lo cual yo respondí: «Buena suerte». Y lo dije en serio.

—No pensaba con claridad.

—¿Quién ha dicho nada de pensar? Tienes que intentar bajar el listón.

—¿Podemos irnos ya? —pidió Hildy, y se puso de pie.

Odiaba que le hicieran tragar sus propias palabras. Por un momento se había sentido segura de sí misma.

Tenía que ir a la tienda de peces, así que Max la acompañó. Sabía que él tenía algo en mente.

—Vale, Hildy —dijo, cuando ya se habían acomodado en unos asientos en la parte trasera del autobús—. Pégame. —Volvió la cara hacia ella y se dio una palmada en la mejilla—. Aquí mismo. Venga, dame fuerte.

—No.

Esto no era precisamente lo que ella esperaba. No tenía ganas de bromear.

—Quiero que me pegues.

—No. ¿Por qué?

—Porque soy un capullo.

—Eso es verdad. ¿Y qué?

Desvió la mirada hacia la ventana y pensó en Bob. Estaba claro que le iban los capullos.

—No me había dado cuenta hasta ahora de lo mal que te lo hice pasar.

—Porque eres un capullo.

—¿Qué quieres que te diga? Los chicos de dieciséis años son unos mamones, y yo estaba confundido. Tú eras tan mona, tan divertida y lista, que creí que serías capaz de hacer desaparecer las fantasías que me rondaban por la cabeza con jugadores de *lacrosse* medio desnudos. Te quería. Y lo sabes. Te sigo queriendo. —Intentó acercarle el rostro al cuello, pero ella lo apartó—. Pero también te estaba utilizando. Ahora lo veo claro. Siento haber sido tan imbécil.

Ella se volvió de nuevo para mirarlo de frente.

—¿Y ahora quieres que te pegue en la cara para que quedemos en tablas?

—Sí. ¿Trato hecho?

—No. —Hildy recordó que Bob se había reído de la poca fuerza que tenía en el brazo—. ¿Una bofetada de una enana flacucha como yo? ¿A eso lo llamas quedar en tablas? Te mereces algo mucho peor.

—Sí. Me lo merezco.

—Toda una vida de castigo. Y no te quepa duda de que voy a hacer todo lo posible para que así sea.

—¿Lo juras?

—Sip.

—Esta es mi chica.

Le dio un beso en la frente y ella se apoyó en su brazo. Mantuvieron esa postura durante parte del trayecto, y luego Hildy preguntó:

—¿Alguna vez te sientes un desastre total?

—Sí. Todos los días, pero también cago todos los días. En ambos casos, tiro de la cadena, me lavo las manos y culpo de la peste a otro.

Hildy no se rio. Max le cogió la goma del pelo y se puso a rehacerle la trenza.

—¿Qué has estropeado ahora, o todavía seguimos hablando de Bob?

Hildy suspiró. Ella sabía que a Max no le iba a gustar la respuesta, pero si no se lo decía a él, ¿a quién?

—No, pero tengo la sensación de que hago lo mismo con todo el mundo.

—¿El qué?

—Tal vez no les eche en cara algunas cosas, pero los espanto. Los alejo. Les pongo la vida patas arriba.

—¿Esto forma parte de mi castigo? Dame un puñetazo en la cara y punto. Ten piedad.

—En serio. Tengo la sensación de que voy arruinando todo a mi paso.

Max enrolló la trenza alrededor del cuello de Hildy como si estuviera ahorcándola.

—Lo digo en serio.

Se colocó la trenza detrás de la nuca con un movimiento de la cabeza.

—Vale. ¿A quién has espantado? Solo te lo pregunto para seguirte la corriente.

Le ató el pelo con la goma y se lo arregló con la mano.

—A Iris.

—No fastidies. ¿Hoy no vino por tu culpa? Pero si ya nunca la vemos. Sale con la gente de diseño de vestuario. Tiene un nuevo grupo de amigos, y a mí me parece bien. Ya estaba hasta las narices de los corsés hechos de huesos de ballenas y de la alta costura francesa. Y viniendo de mí, es fuerte.

—Pasa de nosotros porque yo mencioné que habíamos ido al restaurante tailandés cuando ella estaba...

—Aaargh. ¡Pero si estaba fuera! ¿Acaso tenemos que hibernar hasta que

regrese? En serio, si no sale con nosotros por tu culpa, te debo una. ¡Conductor! ¡Yo invito al próximo viaje! Vale. ¿Quién más?

—Evan.

—Ya hemos hablado de él. Es un idiota cuyo único atractivo puede residir en haberte rechazado. ¿Para qué gastar energía en él? Está en la universidad. Olvídalo.

—Papá y Gabe...

—Ya está bien. —Max se dio la vuelta para mirarla de frente. Su anorak produjo un chirrido al rozar con el asiento—. Lo digo en serio. Basta. Tú no tuviste nada que ver con eso.

—Sí.

—No. Ni de broma. Aunque no sea muy evidente, eres algo megalómana. ¿Crees que controlas el mundo o algo por el estilo? Puede que te sorprenda, pero no tienes ningún control sobre cómo reacciona tu padre con tu hermano. Y, ya que estamos, sobre las reacciones de nadie. Supéralo.

—Pero si yo no les hubiera mostrado esa foto...

—Esa foto fue tomada hace unos dos meses. Y Gabe tiene doce años y medio como mucho. El problema empezó hace por lo menos trece. No es tu culpa. Más bien de tu madre. Y tal vez de tu padre, pero, definitivamente, tuya no.

—Eso ya lo sé. Bueno, más o menos, pero ¿por qué hablo sin pensar? Es como si yo fuera la intermediaria de los desastres o algo así.

—Intermediaria de Desastres. ¿No es una marca de ropa para *skaters*? Creo que sí.

—Yo soy el denominador común. Es como si las cosas malas sucedieran por mi mera presencia.

—Eres gafe. Una gafe megalómana.

—Crees que soy supersticiosa y...

—La Gafe Sangster. Por cierto, un nombre de estríper genial, si surgiera la ocasión, pero muy poco apropiado para ti.

Max solicitó la próxima parada e hizo levantarse a Hildy.

—Nada te obliga a soltar las cosas sin pensarlas. No se trata de un retorcido y despiadado tipo de síndrome de Tourette. Cuando estabas delante del ordenador, apareció una burbuja. Leíste el mensaje. Eso no significa que estés

pasando secretos gubernamentales al Estado Islámico. Eso es leer en voz alta, que siempre he considerado que es una de las tradiciones más pintorescas de la familia Sangster.

Se apearon del autobús.

—Pero ¿por qué hice eso?

Max la cogió por el hombro y le gruñó.

—Porque es lo lógico. La única diferencia es que la demás gente se sentiría mal durante un tiempo, pensando en lo tonta que ha sido. Tú, por el contrario, acaparas toda la culpabilidad. Estaría genial que dejaras de hacerlo. El sonido que haces es ensordecedor, y, además, detesto tener que decirte esto, engorda. Una chica tan bonita hinchada por la culpabilidad...

A Hildy le gustaba que Max le rodeara los hombros con el brazo, incluso cuando le echaba la bronca. Era alto y fuerte y olía un poco a canela. También mantenía la temperatura correcta cuando ella siempre estaba helada.

—¿Sabes qué? No eres la Gafe Sangster, eres la Esponja Sangster, lo cual, por cierto, es un nombre de estríper horrible. A nadie se le ocurriría pagar para ver a una tal Esponja quitarse la ropa... Mejor que lo sepas antes de que se te llene la cabeza de ideas.

Hildy se rio porque era gracioso y también porque se sentía agotada. Max se compró un perrito caliente en un puesto callejero y juntos caminaron hacia la tienda de peces.

H2Eau estaba entre un restaurante etíope nuevo y una vieja tienda de pintura. Era pequeñita, estaba llena de acuarios con peces y desprendía una especie de inquietante resplandor color turquesa. Entraron. Max se hizo varios selfis con un ojo pegado a uno de los acuarios y con varios pececitos que parecían de cartón y que daban la impresión de nadar hacia su ojo.

Hildy habló con Barry, el dueño, quien la hacía sentirse un poco incómoda. Siempre parecía demasiado contento de verla. Cuando Gabe todavía necesitaba que lo cuidaran, ella lo acompañaba a la tienda, aunque no tenía el menor interés en los peces. Gabe siempre se moría de ganas de que su padre volviera del trabajo para que lo llevara allí.

Barry le preguntó si a Gabe le había gustado el pez globo king kong. Hildy evitó contestar y le dijo que quería comprar otro.

—Me temo que no podrás, cielo. Ese era el último. Me cuesta mucho

conseguirlos. —Bajó su pesado cuerpo del taburete y salió a duras penas de detrás del mostrador—. Lo más parecido que tengo es este pequeño canalla.

La condujo hacia un acuario en la parte delantera de la tienda. Hildy pudo constatar que no era lo mismo. Aunque no hubiera notado la diferencia, no habría importado. Gabe quería un pez globo king kong y nada más. Su padre y él llevaban años hablando de conseguir uno.

«Su padre y Gabe habían hablado.» Qué normal parecía. Hildy sacudió la cabeza y consiguió esbozar una sonrisa.

—Te pondré en la lista de espera. Es lo único que puedo hacer.

Max le hizo señas para que se acercara al otro lado de la tienda y viera lo que, según él, eran guppies enamorados. Comprendió la expresión en el rostro de Hildy de inmediato.

—Estás decepcionada. Pero este no es tu problema y no tienes por qué solucionarlo tú, aunque ni siquiera se puede solventar con un pez de ciento veinte dólares. Habría alegrado a Gabe durante un tiempo, pero ¿luego qué? Él y tu padre volverían al punto de partida y aunque tú cantarás o bailarás o tirarás el dinero no podrías cambiar nada.

Hildy ni siquiera podía discutir porque era consciente de que ninguno de sus argumentos tendría sentido para los demás. Decidió que era mejor mantener la boca cerrada e ir cuidándolos hasta fortalecer su relación. Pensaba conseguir otro king kong para Gabe. Lo haría feliz de una manera muy pura, y su padre lo vería y cedería. Pondría fin a toda esa tontería. Sería el hombre que debería ser.

Hildy tenía ganas de marcharse de H2Eau, pero Max la convenció para que se sentara en el suelo y presenciase el drama que se estaba desarrollando en el acuario de los guppies.

Los peces en realidad eran bastante aburridos en su vida de pez, pero Max puso una voz de *Planeta Tierra* e hizo las veces de narrador. Empezó como un documental de naturaleza algo retorcido y luego se transformó en un cruce entre *La Sirenita* y *Orphan Black*. Hildy se dejó distraer hasta que un giro inesperado con un misterioso pez ángel la hizo pensar en Bob.

—Creo que me atrajo porque ambos tenemos un secreto.

—Yo más bien diría que es porque está bueno. Todo el mundo tiene un secreto. No todo el mundo está bueno.

Max esperó hasta que Barry se hubo ido al despacho en la trastienda para dar

golpecitos en el acuario y agitar los peces.

—Y sé que ignorar eso es difícil, pero la vida es así, Hildy. Nadie es suficientemente bueno para ti, y mucho menos ese Bob de las cavernas. Te mereces a alguien amable, creativo y superatractivo.

—Y hetero.

—Sí, eso también. Ahora cállate un rato y observa. Podríamos aprender algo de los peces tropicales. Son inútiles y, sin embargo, felices.

—Relájate y descubre tu *pececillo* interior.

—Sí. Básicamente.

Hildy se quedó callada. Después de un rato, le empezó a doler el culo, y Max tenía que recoger los patines del afilador, así que se marcharon. Cogió el camino más largo hacia la pista de patinaje para poder pasar más tiempo en el autobús y darle la lata a Hildy para que lo acompañara a una estúpida fiesta esa noche, pero luego llegaron a su parada y ella tuvo que bajarse y caminar a casa sola.

4

Los padres de Hildy charlaban en la cocina cuando llegó a casa. Eran delgados, rubios y casi medían lo mismo. La gente siempre decía que estaban hechos el uno para el otro.

Su padre estaba al lado del horno, de espaldas a Hildy. Su madre se encontraba de pie, con las manos extendidas hacia delante como si estuviera haciendo mímica y la frase fuera: «¿Qué cojones...?».

Dejaron de hablar en cuanto Hildy entró por la puerta de atrás. Últimamente lo hacían a menudo.

—Has llegado temprano —dijo su padre fingiendo que se alegraba.

Se llamaba Greg, pero los amigos de Hildy siempre se referían a él como Gregoire y, a veces, Gregorenko. (Era el director del instituto y algunos también lo tenían como profesor de teatro. Lo conocían bien. Simplemente no era un Greg.)

—No. ¿No dije que llegaría a las seis? ¿Qué estáis cocinando?

—*Vindaloo*.

Hildy miró a su madre, que se volvió y enderezó un libro de cocina en la estantería. Gabe detestaba la comida picante.

—Huele bien —dijo, porque no quería destapar la caja de pandora—. ¿Cuándo va a estar listo?

—En unos cuarenta y cinco minutos. —Greg echó algo en la olla—. Empecé más tarde de lo que debería.

—¿Cómo te ha ido el día, cielo? —Amy la miró. Tenía los mismos ojos

pequeños que Hildy. Cuando sonreía, aunque fuera un poco, desaparecían.

—Bien. —Hildy se quitó las botas y colgó el abrigo en el perchero—. Hice algunos recados, fui al mercado, pasé un rato con mis amigos. Nada del otro mundo.

Amy fingió estar mucho más interesada de lo que la respuesta merecía. Greg apoyó la espalda en la encimera. Un largo moco amarillo de curry se deslizó por su delantal negro. Tomó un sorbo de vino. Normalmente dejaba de beber entre Navidad y Semana Santa solo para demostrar que era capaz.

—¿Está Gabe?

Greg se dio la vuelta para revolver el *vindaloo*.

—No lo he visto —dijo Amy—. A Owen le regalaron un dron para su cumpleaños, estarán jugando con eso. Espiando por las ventanas. Asustando a ancianitas. Ese tipo de cosas. —Se rio un poco.

Greg se puso a cortar el cilantro.

Gabe no era de los que andaban asustando a ancianitas, pero Hildy no dijo nada. Tampoco les preguntó a sus padres cómo les había ido el día. Se sirvió un vaso de agua, echó un vistazo a la olla y a continuación movió algunas de las letras del tablero magnético de Scrabble que estaba pegado a la nevera.

Luego charlaron un poco sobre nada en particular, pero el lenguaje corporal era un pelín rígido e incómodo, y hubo muy poco contacto visual. Hildy aprovechó la primera oportunidad que tuvo para escaparse a su habitación.

Decidió que leería un poco más de *Retorno a Brideshead* o tal vez practicaría un poco de caligrafía del libro de art déco que Xiu le había dejado, pero se dio cuenta de que estas eran las cosas típicas de las que Bob la había acusado, así que cambió de opinión. Abrió el portátil, se puso los cascos y entró en las redes sociales a mirar las publicaciones, pero sin prestar mucha atención.

Cuando Hildy volvió a bajar una hora después, el *vindaloo* estaba hirviendo a fuego lento en la cocina, pero sus padres se habían ido.

Con suerte juntos.

Con suerte estarían hablando.

Con suerte discutiendo a gritos, si era necesario.

Sobre la mesa había una nota con la letra de su madre en la que le decía que Gabe se había quedado a dormir en casa de Owen. Su padre había añadido «sírrete el curry tú misma, pero ten cuidado». Había dibujado tres llamas al lado.

Ninguno de los dos decía a qué hora volverían.

Hildy retiró la olla del fuego y la metió en la nevera. No podía comer. Tal vez compraría algo de camino a la fiesta a la que Max las obligaba a ir.

5

A Max se le había olvidado mencionar que la fiesta a la que había insistido que fueran era para recaudar fondos para el Departamento de Arte Dramático de la universidad. A Hildy no le entusiasmaba ir con el fiasco de Bob tan reciente, pero tampoco tenía ganas de quedarse en casa.

La fiesta se celebraba en una de las casonas que había cerca del campus, que en su momento habían sido grandes mansiones, pero ahora se habían convertido en casas destartaladas y frías donde se reunían las fraternidades. Las paredes ya retumbaban cuando llegaron sobre las once.

Accedieron al inmenso recibidor y enseguida la multitud de fans se tragó a Max.

—Se pasa la vida con nosotras —dijo Xiu, negando con la cabeza—. ¿Cómo es posible que conozca a toda esta gente?

Hildy se encogió de hombros. Siempre le había impresionado la capacidad de Max para aprovechar su rareza y convertirla en popularidad instantánea incluso entre los jugadores de hockey, los estudiantes de enfermería y el grupo de los que serían millonarios antes de los treinta.

—¿Cuánto tardará en quitarse la camisa y/o ponerse a hacer malabares? —preguntó Xiu mientras se ajustaba las enormes hombreras de su mono plateado—. No entiendo por qué se empeña en que vengamos con él. Está claro que no necesita nuestro apoyo emocional.

Se abrieron paso hasta llegar a lo que debía de haber sido el salón y se sentaron en el alféizar de una ventana. Xiu tenía la manía de estar siempre cerca

de una salida. Según ella, era una costumbre que había adoptado de manera inconsciente en el orfanato abarrotado de China al que la llevaron cuando era un bebé. Pero Hildy creía que era más una cuestión de tener la posibilidad de huir si se aburría.

Echaron un vistazo a la multitud, en busca de algún conocido: antiguos amigos, excompañeros de instituto un par de años mayores, y luego Xiu dijo:

—Genial. Venden ponche en la barra. ¿Te apetece uno?

Hildy no era muy aficionada a los cócteles preparados con alcohol de farmacia, pero así tendría algo con que ocupar las manos.

—Claro.

Le pasó el bolso a Xiu. Siempre llevaban solo uno, por si acaso les apetecía bailar. Así tendrían menos cosas de las que preocuparse.

Xiu le gesticuló con los labios «No te muevas» y se alejó entre la muchedumbre caminando con dificultad con sus plataformas de quince centímetros.

Hildy no tenía intención de moverse. No le disgustaba mucho estar allí. La fiesta era bastante ruidosa, así que no tendría que conversar con nadie, y en ese momento no tenía ganas de hablar. Tampoco quería pensar, y el ruido también era bueno para eso.

Se apoyó en el alféizar y se puso a observar a la gente. La mayoría llevaba vaqueros rotos y coleta, pero había algunos que se salían de la norma y demostraban tener un poco de sentido de la moda, incluso según los estándares de Xiu. Una chica en particular destacaba entre la multitud. Llevaba un corsé negro, una falda que apenas le cubría el culo y unas medias de rejilla. Hasta que irrumpió en la fiesta un grupo numeroso de romanos borrachos, Hildy no se dio cuenta de que la chica llevaba un disfraz.

«Una fiesta para recaudar fondos —recordó—. Para el Departamento de Arte Dramático.» De repente Hildy se empezó a encontrar mal.

Miró a su alrededor.

Ahora estaba llegando gente en manada. Había un tío que llevaba pantalones bombachos verdes y una camisa con volantes en el cuello al estilo de Shakespeare. Caperucita Roja, Rapunzel, y casi todos los personajes de *Into the Woods* bailaban de una manera que no encajaría en ningún cuento de hadas. Xiu estaba en la barra jugueteando con la melena de un chico que iba sin camisa y

que llevaba una cabeza de caballo. Hildy sabía que su bebida tardaría en llegar.

Levantó la vista para mirar las molduras ornamentales de yeso y observó cómo por el techo se desplazaban los pequeños cuadraditos de luz de la bola de discoteca. Se preguntó si a Bob le gustaría bailar.

Estaba intentando, sin conseguirlo, imaginárselo moviendo el esqueleto, cuando se percató de que un chico con un traje de hombros amplios y un sombrero de fieltro se dirigía hacia ella. Era un personaje del musical *Guys & Dolls*, pensó.

—¡Hildy! —exclamó él.

«Ay, Dios mío —pensó—. No.» ¿Cómo había podido ser tan estúpida?

—Evan —saludó.

Logró sonreír un poco, pero demasiado tarde para que fuera convincente. No llevaba nada de maquillaje. Su ropa estaba sucia. Ni siquiera se había cepillado los dientes. ¿Por qué se lo encontraba ahora?

Una chica con una sudadera universitaria que estaba bailando chocó con Evan por la espalda. Él cayó hacia delante sobre Hildy, con las manos extendidas. Sus caras chocaron, los dientes de él impactaron en la mejilla de ella. Ambos exclamaron «¡Ay!», y luego Evan dijo:

—En mis labios queda la huella de su pecado.

Tardó un segundo en entenderlo. Se rio.

—¿Del pecado de mis labios? Entonces... Maldita sea. ¿Cómo era?

—Eeeh. ¿No sé qué de retractarse? —Evan se rascó la cabeza con la exageración de una estrella de cine mudo—. No lo recuerdo. Joder. ¿Hace cuánto que interpretamos *Romeo y Julieta*? —Negó con la cabeza—. No importa. ¡Me alegro de verte! ¡Ven aquí! —Esta vez le dio un abrazo de verdad, y luego la apartó un poco—. ¡Estás estupenda!

Se quitó el sombrero de fieltro con el dedo índice y la miró sonriente. «¡¡Evan Keefe y su sonrisa de megavatios!!!» Así es como se refería Max a él cuando lo mencionaba, pero eso era, sobre todo, para proteger a Hildy. (Había comenzado a llamarlo así después de que él no le metiera mano.) No funcionó. A Hildy le gustaba la sonrisa de Evan.

—Tú también. Me encanta tu traje ancho.

—Soy un pandillero de la hostia. —Se cruzó de brazos y levantó los dedos como un rapero.

A Xiu le habría asqueado, pero Hildy se rio. Esto era exactamente lo que le encantaba de Evan: su torpeza sin límites.

—¡No puedo creer que haya pasado tanto tiempo! La miró a los ojos como si estuviera buscando su alma. Era uno de sus trucos. Siempre se rendía a ellos—. Con la cantidad de horas que pasábamos juntos en el instituto y ahora nunca te veo. ¿Qué obra haréis este semestre?

—Todavía no lo sé. Nos lo dirán esta semana.

Evan se sentó en el alféizar donde antes había estado Xiu. Parecía más alto al estar sentado (y, por extraño que suene, también en el escenario. A Hildy nunca le pareció bajo). Su cara era una mezcla de una vertiginosa madurez (bigote y cejas espesas) y un poco infantil (pestañas y mirada viva). Apartó la vista.

—¡Dios, cómo te echo de menos! Eres la mejor prota de la historia. —Dejó de gritar y se apartó el sombrero para poder hablarle al oído—. ¿Tienes idea de lo brillante que creo que eres? Cuando hicimos *Grease*, tu interpretación de Sandy fue... eeh... ¿Puedo repetir brillante? No, sería aburrido, y Hildy Sangster no hace cosas aburridas... Fue, cómo decirlo, inocente y real y... ¡y ya sé la palabra que estoy buscando! Sexi. Inocente y sexi. No me sorprende que Danny se enamorara de ella.

Se alisó el pelo hacia atrás con las manos como lo hacía cuando interpretaba el papel de Danny. Fingió que mascaba chicle y le guiñó un ojo.

No parecía tener una pizca de vergüenza. ¿Acaso se había olvidado totalmente de lo que había sucedido? ¿O era ella la que lo había malinterpretado?

Hildy barajó la posibilidad de que durante todo este tiempo se hubiera torturado en vano. Sintió que se le quitaba un enorme peso de encima.

—Y no me sorprende que Sandy se enamorara de Danny —le dijo guiñándole un ojo.

Evan apoyó su hombro sobre el de Hildy, dándole un empujoncito hacia el alféizar.

—Ah, qué buenos tiempos. Nada como las palabras «se mira pero no se toca» para levantar pasiones... Por cierto. —Se sacó un rollo de boletos de rifa del bolsillo—. ¿Te puedo ofrecer papeletas para el sorteo? Un boleto por tres dólares o dos por cinco.

Ella se rio otra vez. Evan, siempre interesado.

—Lo siento, Xiu tiene el bolso. Te compraré un par cuando regrese.

—¿También ha venido Xiu? Guau. Y he visto a Max. Imposible no verlo. Joder, esto parece una reunión del grupo de teatro del instituto o algo así. El señor Sangster debe de estar muy orgulloso... Por cierto, ¿cómo está? Hace tiempo que quiero pasarme por tu casa.

Un grupo de gente chilló de alegría, el volumen de la música subió todavía más y el baile se intensificó.

Hildy miró a Evan y barajó si contarle algo o no. A lo largo de los años le había confiado muchas cosas, aunque siempre usaba las palabras escritas por otros. Pero no por eso eran menos reales.

—Ah —dijo Evan—. Ay, no. ¿Algo va mal? ¿Le ha pasado algo? —Parecía preocupado.

Más tarde, Hildy sería capaz de desentrañar los distintos pensamientos y emociones que de repente emergieron en su cabeza, pero en ese momento no los tenía claros. Estaban los celos de Xiu y de Max y de sus recién descubiertas vidas sexuales. El orgullo herido después de lo de Bob. La revelación de que tal vez había malinterpretado lo ocurrido con Evan. Esa sensación ambigua que siempre percibía cuando miraba sus ojos de color castaño claro. Probablemente jamás descubriría cuál había sido el factor determinante.

Daba igual.

Hildy respiró, cogió la cara de Evan con ambas manos y le plantó un beso en toda la boca.

Sus labios eran suaves y raspaban un poco alrededor de los bordes, pero no estaban por la labor.

Él la cogió por los brazos y la apartó con suavidad.

—Ay, no, Hildy. —Hizo una enorme pausa, como disculpándose, entre cada palabra.

Ella se puso de pie. Él también se levantó. Hildy habría salido corriendo sin pensarlo, pero la gente estaba bailando prácticamente encima de ellos.

—Lo siento —se disculpó.

—No, no —dijo ella, como si él le hubiera pisado el pie por accidente.

Alguien exclamó:

—¡Pero si es Sky Masterson!

Y acto seguido, apareció una mano sobre el hombro de Evan y una chica alta

y bonita se abrió paso entre la multitud hacia ellos. Llevaba un uniforme ajustado del Ejército de Salvación. Él la rodeó con el brazo y la besó en la mejilla, y luego, como si fuera necesario dejar las cosas cristalinas, explicó:

—Hildy, esta es mi novia, Julia Ogurundi. —Evan se giró para mirar a su chica—. Ya te hablé de Hildy, ¿verdad? Hizo el papel de la Hermana Sarah en la obra que hicimos en el instituto.

Julia sonrió, parpadeó, le tocó el brazo a Hildy y luego se puso a rememorar todas las cosas fabulosas que Evan le había contado de ella y de su padre y de sus representaciones «de primera categoría». Hildy tuvo que soportar que hablaran de sus triunfos durante unos dos o tres minutos antes de que se abriera un hueco entre la gente para poder escapar.

Xiu vio que se marchaba y le hizo señales para que se acercara. Hildy fingió no verla. Max estaba sobre la mesa del comedor, medio desnudo, haciendo malabares con cascos de centuriones, así que no la vio marcharse.

Hildy caminó sola hasta casa en medio de la noche.

6

Esa noche fue interminable. Hildy por fin se durmió cuando el cielo ya clareaba. Unas horas después se despertó de manera brusca al oír un estruendo.

Se le aceleró el corazón. Sus ojos miraron alrededor con rapidez. No sabía dónde estaba ni qué sucedía.

Oyó un portazo y luego otro.

Cogió el móvil y pestañeó para aclararse la vista. 11.19. Domingo. Pasó de los mensajes de texto de Xiu y de Max, y se dirigió rápidamente al piso de abajo.

En el suelo de la cocina vio un plato roto y los restos de un desayuno esparcidos por el suelo.

Oyó el chirrido de unos neumáticos y corrió hacia la ventana del salón justo a tiempo para ver como el Prius de su madre desaparecía por la calle. Su padre estaba de pie en la entrada, con la chaqueta a medio poner y las botas sin atar. Arrojó el gorro sobre la nieve y empezó a dar patadas al guardabarros del coche como si fuera un pandillero castigando a un chivato.

Hildy aporreó la ventana con los nudillos. Él se volvió para mirarla. Ella levantó las manos en un gesto que significaba «¿Qué pasa?». Él se subió al coche como si no la hubiera visto y salió quemando rueda.

Hildy se quedó mirando el jardín hasta que su aliento empañó el cristal y se le erizó la piel de los brazos descubiertos.

Estaba sucediendo de verdad.

Cogió un montón de papel de cocina y limpió el suelo. No quería que lo viera Gabe. Se preguntó qué sabía su hermano o, más importante si cabe, si

alguna vez la perdonaría cuando se enterara. Escondió el plato en el fondo de la basura y se dio cuenta de que otra vez estaba tarareando la canción de su abuela que hablaba de cómo al terminar la guerra habría amor y risas.

Tras esta pequeña guerra no fue así.

Cogió un yogur de la nevera, pero solo porque sabía que se sentiría peor si no comía, y luego subió a su cuarto. Se desplomó sobre la cama. Tenía que contarle a Alec lo que estaba sucediendo. Había dudado si decírselo porque no estaba muy segura de qué había que contar —seguía sin estar seguro, pero menos— y, además, no podía prever cómo iría la conversación con su hermano mayor. Cuando se enterase, o bien se adjudicaría el deber de salvar a su familia o haría que todo explotara por los aires. Eso era lo último que necesitaban, pero no podía seguir dejándolo para más adelante. Encendió el portátil para llamarlo por Skype.

No estaba conectado —seguro que los pubs en Dublín ya estaban abiertos a esas horas—. Había alguien en línea.

Le llegó un mensaje a Facebook. Era de un tal «Bob Cualquiera». No tenía foto de perfil, solo un icono gris.

A Hildy se le cayó el yogur y se desparramó por la alfombra.

BOB CUALQUIERA: si quieres volver a ver a tu pez vivo, debes contestar las siguientes 22 preguntas

Hildy se olvidó de Alec, de sus padres, de Gabe, de Evan y de la tristeza de sus vidas. Se mordió el labio y sonrió.

HILDY: ¿Cómo me has localizado?

BOB CUALQUIERA: Ya te dije que era listo

HILDY: No, en serio.

BOB CUALQUIERA: Tu apellido empieza por S. Tu madre es la responsable de Urgencias. Tu padre es director de instituto. No fue difícil. Facebook es la bomba. Por cierto, bonitas fotos de graduación.

Los dedos de Hildy sobrevolaron el teclado. Podía burlarse de su vestido fucsia, de su peinado extravagante, de su aparato de ortodoncia.

Cerró el portátil de golpe. Cogió una toalla sucia del cesto y se puso a limpiar la alfombra. Había renunciado a los tíos. Habían pasado menos de doce horas desde su último desastre romántico. No tenía intención de contestar. Recordó la expresión de horror de Evan —¿o era de lástima?— cuando la apartó. Jamás volvería a ponerse en esa situación. Y entonces sonó otro ping. Lanzó la toalla al cesto y abrió el portátil.

BOB CUALQUIERA: Te dije que el rosa te sentaba bien

BOB CUALQUIERA: ¿Me lo permites?

Solo eran mensajes. No es que estuviera a su lado. ¿Qué peligro podía entrañar? No existía el riesgo de tirarle nada. Ni siquiera podía lazararse sobre él. Sería más raro si no le contestaba.

HILDY: Estoy intentando que esto no me dé mal rollo.

BOB CUALQUIERA: ¿Por qué? Si te he hecho un cumplido

HILDY: No, digo lo de que me rastrearas.

BOB CUALQUIERA: Ahora sabes cómo se siente Evan

El corazón le dio un vuelco como si lo hubieran arrojado desde un edificio alto. ¿Bob había estado en la fiesta? ¿La había visto? No. No podía ser. Ella lo habría percibido. (Estaba segura.)

BOB CUALQUIERA: Era broma

«Se lo está inventando» —pensó—. Relájate. Síguele la corriente.»

HILDY: ¿POR QUÉ me has buscado?

BOB CUALQUIERA: No quería perder los 40 dólares

HILDY: ¿Y cómo sé yo si el pez sigue vivo? Podrías ser un estafador. Quiero verlo antes de comprometerme a nada.

BOB CUALQUIERA: Sabía que me lo pedirías

BOB CUALQUIERA:



BOB CUALQUIERA: Ya ves que está muy cómodo

HILDY: Ay, Dios mío. Creo que voy a llorar.

BOB CUALQUIERA: ¿No será solo un escape?

HILDY: Lágrimas de felicidad.

BOB CUALQUIERA: Vas a llorar a moco tendido cuando veas lo que me pidió *Kong* que te enviara

HILDY: ¿Qué?

BOB CUALQUIERA:



HILDY: ¿Quién es el tío raro que aparece al fondo?

BOB CUALQUIERA: La víctima

HILDY: ¿Resultó herido?

BOB CUALQUIERA: Debería

HILDY: Parece una disculpa.

BOB CUALQUIERA: Poca cobertura, no te oigo, se corta

HILDY: ¿Cuándo podré recuperar mi pez?

BOB CUALQUIERA: Cuando contestes el resto de las preguntas

HILDY: Eso es chantaje.

BOB CUALQUIERA: Menos violento que una agresión. Ningún animal ha sufrido durante la redacción de este mensaje

HILDY: ¿Cómo sé que no eres peligroso?

BOB CUALQUIERA: Yo no tiré al pez

HILDY: No hablo de ese tipo de peligro. No estoy muy segura de si quiero volver a estar contigo a solas.

BOB CUALQUIERA: ¿No te fías de ti misma?

BOB CUALQUIERA: ¿Hola?

HILDY: Estoy pensando...

BOB CUALQUIERA: ¿En qué?

HILDY: En lo que debería hacer.

BOB CUALQUIERA: Rescatar a tu pez. Te echa de menos

HILDY: Tengo que irme.

BOB CUALQUIERA: ¡¿Ahora?!

HILDY: He quedado para almorzar.

BOB CUALQUIERA: ¿Hablamos más tarde?

HILDY: No lo sé.

BOB CUALQUIERA: No te puedo garantizar la seguridad de *Kong*



HILDY: No debería negociar con criminales, pero vale. A la 1.30.

BOB CUALQUIERA: 👍

7

Hildy se puso los cascos inalámbricos. Reprodujo un vídeo de Taylor Swift a todo volumen y se puso a bailar. En parte porque estaba feliz, pero sobre todo porque tenía miedo y necesitaba librarse de esa sensación.

Acababa de decidir que iba a pasar de los tíos para siempre, pero primero sucedió lo de Evan y ahora esto. Se sentía como un zombi en una de esas películas de terror cutres y en blanco y negro a las que Max siempre la arrastraba. Un cuerpo totalmente controlado por fuerzas sobrenaturales. La única diferencia era que su corazón seguía latiendo.

Alocadamente.

Se preguntó si su madre también se había sentido así: aterrada pero atraída.

«Puaj. Quítate eso de la cabeza enseguida.»

Apartó el puf de un puntapié y se dejó llevar. Caderas. Brazos. Piernas. Actitud. Todo iba a salir bien.

Claro que sí.

Bob estaba interesado. Él había sido quien se había puesto en contacto con ella, no al revés.

Por supuesto que sin querer le había dado un montón de pistas. La profesión de sus padres, su inicial, los nombres de sus dos hermanos. Madre mía. ¿Qué opinaría Freud? Era mucho peor que haberse llevado la figurita del Príncipe Encantador.

No le importaba. Dio una patada en el aire lo más alto que pudo, se resbaló y se cayó de culo en la alfombra. Se rio. ¿Y qué? Le pasa a todo el mundo.

Se puso de pie justo a tiempo para bailar el trocito del *Lago de los cisnes* con Taylor.

Paul. Ese era el único dato que tenía para poder identificarlo. Ah, y un instituto sin nombre de un barrio marginal del cual no se había graduado. Eso no le resultaba muy útil. Dudaba que Bob se hubiera hecho la foto para el anuario.

Se llevó las manos a la cara y soltó un grito silencioso. Él sabía su nombre real. Él podía verlo todo.

Se dio cuenta de la cantidad de fotos de él que había en internet. (Jamás se había perdido el día de las fotos en el instituto.) Hacía tiempo que tenía intención de aumentar su privacidad en Facebook, pero ya casi no lo usaba, así que no se había molestado en hacerlo. Paul solo tuvo que teclear su nombre para poder ver los cientos de fotos de perfil que había subido, donde salía cantando en musicales, con trofeos de competiciones de debate, probándose modelitos horrendos, la verdadera Hildy.

Antes de las lentillas.

Durante la época del aparato.

En la etapa dolorosamente inconsciente y empollona de su prolongada adolescencia.

Tenía que estar tronchándose.

En la pantalla del portátil, Taylor seguía bailando sin parar, con una sudadera con capucha roja ridícula y unos pantalones negros de polipiel.

¿Y qué? Esas fotos de perfil eran graciosas. Todo el mundo tenía fotos de ese estilo. Hildy se puso a bailar otra vez. Hasta se agachó e intentó perrear. No sabía cómo mover las caderas de esa forma, pero desde luego que lo intentó.

Se oyeron unas arcadas sonoras. Hildy dio un salto y se volvió poco a poco.

Gabe estaba en el umbral de la puerta haciendo como que iba a vomitar. Hildy se colgó los cascos del cuello.

—Qué mal. Pero que muy mal —dijo estremeciéndose—. Me has traumatizado para toda la vida.

—Te lo mereces por espiarme.

—¿Espiarle? Llevo horas gritando.

—Horas, ya. Más bien minutos.

—Desde que volví de casa de Owen. ¿Dónde están papá y mamá?

—Pues... —Se secó el sudor de la cara con el brazo—. Han salido.

Gabe cogió el yogur medio vacío del escritorio y empezó a comérselo con el dedo.

—Entonces ¿quién me va a llevar a béisbol? Papá siempre se pone como loco con el tema de la puntualidad, pero, claro, si es él el que se retrasa no pasa nada. Hoy ni siquiera le ha dado de comer a los peces. Tanto hablar de ser responsable...

—¿Has intentado llamarle?

—No soy idiota. He llamado a todos los teléfonos, hasta al tuyo. Nadie contestó.

Hildy echó un vistazo a la hora en su portátil. Gabe tenía que estar en el gimnasio dentro de media hora. ¿Quién sabía cuándo o si sus padres volverían a casa?

—Ostras, se me había olvidado. A mamá y papá les surgió un asunto. Tendrás que coger el autobús. Me visto y te acompaño a la parada.

—Voy a cumplir trece en junio. ¡No necesito que me acompañes a la parada! Se marchó furioso y cerró de un portazo. Ella lo achacó a la pubertad.

A los pocos minutos, oyó que se abría la puerta con un chirrido y vio que salía Gabe. Llevaba su bolsa de gimnasia, pero ni guantes ni gorro.

Abrió la ventana.

—Pregunta si los Fitzgibbon pueden traerte a casa en coche.

—¡Vale! —respondió él sin molestarse en mirarla.

Ella lo observó arrastrar los pies por la calle. No parecía que las cosas fueran a mejorar, pero no sabía qué hacer.

Hildy todavía podía oír la música de Taylor Swift que salía de sus cascos. Sus padres se habían marchado. Gabe se había ido. Bob la estaba esperando. Volvió a ponerse los cascos y se obligó a seguir bailando.

PREGUNTA 15

BOB CUALQUIERA: Hola. ¿Qué tal el almuerzo?

HILDY: Fantástico. ¿Y tú?

BOB CUALQUIERA: No almuerzo, ya deberías saberlo

HILDY: ¿Estás seguro de que quieres hacer esto?

BOB CUALQUIERA: ¿El qué?

HILDY: Contestar las preguntas.

BOB CUALQUIERA: Sí, necesito la pasta. Los Big Macs no son gratis

HILDY: 22 preguntas por 40 dólares. No es mucho.

BOB CUALQUIERA: Mejor que 14 por 0

HILDY: Yo dejé mi hoja en la sala.

BOB CUALQUIERA: Te fuiste con algo de prisa. Yo tengo la mía. ¿Te parece que empecemos?

HILDY: Puede que «apetecer» no sea la palabra adecuada, pero venga.

BOB CUALQUIERA: «¿Cuál es el logro más importante de tu vida?»

HILDY: Lo siento. Tengo que hacer un inciso. Acabo de tener un recuerdo inquietante. Puedo ver lo que va a suceder. Voy a hacer todo lo posible para contestar bien y tú me vas a dar respuestas estúpidas.

BOB CUALQUIERA: Sabía que era demasiado bueno para ser verdad. Y, por cierto, estúpidas no significa incorrectas

HILDY: Deshonestas, entonces. Solo me comprometo a contestar si me prometes que a partir de ahora y hasta el final responderás con sinceridad.

BOB CUALQUIERA: Tengo tu pez

HILDY: Puedo comprarme otro.

BOB CUALQUIERA: No será fácil. Lo he comprobado. Jeff no es solo un experto en Happy Meals, también sabe un monton sobre peces globo king kong. Él fue el que le hizo la reanimación cardiopulmonar

HILDY: Ya estamos otra vez. Respuestas sinceras, ¿sí o no? (P. D.: «montón» lleva acento en la o.)

BOB CUALQUIERA: ¿Solo puedo escoger una opción? P. D.: ¿Me estás examinando en ortografía y puntuación?

HILDY: Voy por la mitad de un buen libro. No tengo tiempo para tus chorradas. (P. D.: No, no te estoy examinando, menos mal. Suspenderías.) ¿Sí o no?

BOB CUALQUIERA:



HILDY: Gracias. Empiezo yo. Mi mayor logro es haber perdonado a mi madre, por lo menos todo lo que he sido capaz.

BOB CUALQUIERA: ¿Por qué? ¿Por el accidente de coche?

HILDY: No. Por otra cosa. Algo que hizo a propósito. Por lo menos yo creo que fue aposta.

BOB CUALQUIERA: ¿No se lo preguntaste?

HILDY: ¡No!

BOB CUALQUIERA: Qué impropio de ti. Y ¿por qué no?

HILDY: Hay cosas que es mejor no saber.

BOB CUALQUIERA: ¿Quién eres y qué has hecho con Betty?

HILDY: Ya, claro. Como si me conocieras tan bien.

BOB CUALQUIERA: He analizado el FB de Hildy Sangster. Alias Dorothy en El mago de Oz, chicaEko723 y capitana del invencible equipo de debate Los Senadores de *Citadel* 😊 ¡Vamos, campeones! 😊 y no puedes ser tú. Ella se moriría por saber

HILDY: Tal vez sabía sin preguntar.

BOB CUALQUIERA: Qué profundo

HILDY: Yo también tengo que ser sincera. Te toca.

HILDY: Qué pausa tan larga. Todo ese rollo sobre mi verdadera identidad era para evitar contestar la pregunta, ¿no?

HILDY: Debería haberlo sabido.

BOB CUALQUIERA: Mi logro más importante es sobrevivir

HILDY: ¿Qué quieres decir?

BOB CUALQUIERA: *Kong* y yo somos tal para cual

HILDY: ¿Esgurridizos y de sangre fría?

HILDY: Perdón. He sido impertinente.

BOB CUALQUIERA: Pero es cierto

HILDY: Lo dudo. Explícame eso de sobrevivir. (Y prometo que respetaré la respuesta que me des.)

BOB CUALQUIERA: ¿Detecto sarcasmo?

HILDY: No, lo digo en serio. Admito que fue un golpe bajo, y esta es una pregunta seria.

BOB CUALQUIERA: Cuánta presión

HILDY: CLP.

BOB CUALQUIERA: A *Kong* y a mí nos han lanzado contra varias paredes, pero siempre nos levantamos

HILDY: ¿Fue así como te rompiste la nariz?

BOB CUALQUIERA: Se podría decir eso

HILDY: ¿Sabes que te la podrías arreglar?

BOB CUALQUIERA: ¿Quién ha dicho que quiera?

HILDY: Huy, perdona. Qué grosera.

BOB CUALQUIERA: Me gusta más así

HILDY: ¿Cómo era antes?

BOB CUALQUIERA: Distinta

HILDY: Enséñamela.

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: ¿Por qué?

BOB CUALQUIERA: Su apariencia no tiene nada que ver con que ahora me guste más

HILDY: Vaya. No eres tan superficial como aparentas.

BOB CUALQUIERA: Querrás decir como TÚ piensas

HILDY: Entonces ¿por qué te gusta más ahora?

BOB CUALQUIERA: ¿No es obvio?

HILDY: No.

BOB CUALQUIERA: No quería ser solo una cara bonita

HILDY: Buf.

BOB CUALQUIERA: Vale. Es prueba de que sobreviví. ¿Te parece mejor?

HILDY: ¿Como *El rojo emblema del valor*?

BOB CUALQUIERA: ???

HILDY: Lo siento. Me había olvidado de que no lees. Es un libro.

BOB CUALQUIERA:



HILDY: ¿Por eso te hiciste el tatuaje?

BOB CUALQUIERA: No te entiendo

HILDY: ¿Es también una prueba de que sobreviviste?

BOB CUALQUIERA: No, es por otra cosa

HILDY: ¿Cuál?

BOB CUALQUIERA: Esa no es una de las preguntas

HILDY: Tienes razón.

BOB CUALQUIERA: Qué civilizados estamos. A lo mejor deberíamos haber sido amigos por correspondencia desde un principio

HILDY: Probablemente habría sido más seguro.

BOB CUALQUIERA: *Kong* acaba de asentir enérgicamente

HILDY: 😊

PREGUNTA 16

BOB CUALQUIERA: «¿Qué es lo que más valoras en una amistad?»

BOB CUALQUIERA: Tómame tu tiempo

BOB CUALQUIERA: No te preocupes por mí

BOB CUALQUIERA: No tengo nada mejor que hacer

HILDY: Quiero hacerlo bien.

BOB CUALQUIERA: Despiértame cuando estés lista

HILDY: Perspectiva. Quiero que mis amistades compartan mi visión del mundo para que nos parezcan divertidas las mismas cosas y podamos hacer planes juntos, PERO... también me gusta que tengan una perspectiva distinta a la mía para que puedan analizar lo que hago y me ayuden a tomar decisiones.

BOB CUALQUIERA: No pides mucho. ¿Entrevistas a la gente para ocupar el puesto de amigo? ¡Únete al equipo de Hildy hoy mismo! Envía tu currículum a este mail

HILDY: No, pero probablemente debería. Por ahora me guío por el método de ensayo y error.

BOB CUALQUIERA: ¿Es eso lo que pasó con Iris?

HILDY: Tienes muy buena memoria.

BOB CUALQUIERA: No. Deberías actualizar la privacidad de tu Facebook

HILDY: Otra vez me estás empezando a dar miedo. ¿Me estás espiando?

BOB CUALQUIERA: Un verdadero acosador no diría nada

HILDY: A no ser que sea malvado de verdad, de esos que te despistan al fingir que te pretenden ayudar.

BOB CUALQUIERA: Soy listo, pero no tanto. Tu nombre y número de carné de estudiante estaban en la hoja que me diste para dibujar. Deberías tener más cuidado

HILDY: ¿Qué buscas tú en un amigo?

BOB CUALQUIERA: Lealtad

HILDY: ¿Eso es todo?

BOB CUALQUIERA: Pues sí, aunque nunca rechazo una cerveza gratis

HILDY: ¿Siempre ha sido así?

BOB CUALQUIERA: Cuando era pequeño prefería los caramelos

HILDY: Otra vez las respuestas ingeniosas. Quiero decir si siempre has valorado la lealtad.

BOB CUALQUIERA: No. Hubo una época en la que tuve un muy buen amigo; no sabía que necesitaba lealtad

HILDY: Qué misterioso.

BOB CUALQUIERA: Pero sincero. Solo sigo las reglas

HILDY: Buen chico.

BOB CUALQUIERA: ¿Puedo cambiar mi respuesta?

HILDY: Perderás un punto, pero vale.

BOB CUALQUIERA: Valor

HILDY: ¿Más que lealtad?

BOB CUALQUIERA: La lealtad no sirve de nada si no tienes el valor para usarla. Una pistola sin balas

HILDY: Me da la sensación de que ocultas algo más profundo. ¿O leíste esa frase en una pegatina de un coche?

BOB CUALQUIERA: No sé por qué insistes en que hay algo más profundo. Una vez más te digo que me pareces un poco borde

BOB CUALQUIERA: ¿Hola?

HILDY: Vale. Reconozco que mi comentario sobre tu nariz fue borde y estúpido.

BOB CUALQUIERA: ¿Por qué estúpido?

HILDY: Porque en realidad ese bultito me parece ligeramente atractivo.

BOB CUALQUIERA: ¡¿Atractivo?!

HILDY: Fui borde con lo de la nariz, pero no me puedes echar en cara lo de la profundidad oculta. Tú eres el que se empeña en comportarte como un cavernícola.

BOB CUALQUIERA: Ni siquiera voy a preguntar qué quieres decir con eso

HILDY: Tú eres el que finge no entender palabras o conceptos cuando es evidente que sí los comprendes.

BOB CUALQUIERA: ¿Según quién? Que hayas quedado quinta en el certamen nacional de ensayo no significa que lo sepas todo

HILDY: Espiar es de mala educación.

BOB CUALQUIERA: ¿Por qué colgaste ese post si no querías que nadie lo leyese?

HILDY: Fueron mis amigas.

BOB CUALQUIERA: ¿Conoces el concepto de borrar?

HILDY: Si tuviera un pez, te lo tiraría.

BOB CUALQUIERA: No te preocupes, *Kong*, no dejaré que la señora mala se te acerque. ¿Hemos contestado la pregunta?

PREGUNTA 17

BOB CUALQUIERA: «¿Cuál es tu recuerdo máspreciado?»

HILDY: No me gusta esta pregunta.

BOB CUALQUIERA: A mí tampoco

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: No importa

HILDY: Venga.

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: ¿Por favor? 😊

BOB CUALQUIERA: Una carita sonriente más y me piro. Contesta la pregunta

HILDY: ¿Tú también la contestarás?

BOB CUALQUIERA: Sí 😊

HILDY: Qué difícil. Muchos de mis recuerdos más preciados se han ido a la porra.

BOB CUALQUIERA: Sip, los recuerdos se van a la porra como si nada. Se pudren más rápido que los melocotones

HILDY: Más profundidades ocultas.

BOB CUALQUIERA: Deshazte de las cosas malas y retén las buenas

HILDY: Más y más profundo.

BOB CUALQUIERA: Mejor que mostrarlo todo

HILDY: Por lo menos en el caso de los melocotones puedes ver las partes que están podridas.

BOB CUALQUIERA: ¿Ahora quién se ha puesto profunda?

HILDY: Tú has mencionado la metáfora del melocotón. Yo solo te la critico. Lo veo más como una gota de veneno en un refresco.

BOB CUALQUIERA: Tienes un lado oscuro y no estoy seguro de que me guste

HILDY: No es que tengas una parte estropeada que te puedas arrancar. Imagínate que has sido amigo de alguien durante años y vas y descubres que ha difundido rumores repugnantes sobre ti. No piensas «Vaya, solo ha sido un pequeño incidente en nuestra relación. No cambiará todos esos maravillosos momentos que hemos compartido». Ese tipo de traición lo arruina todo.

BOB CUALQUIERA: ¿Estás hablando de Iris otra vez?

HILDY: No. Me he inventado esa situación en particular para evitar el dolor de hablar de vivencias reales.

BOB CUALQUIERA: Vas aprendiendo

HILDY: Eres un profesor excelente.

BOB CUALQUIERA: Gracias. Venga, contesta la pregunta. Un consejo: piensa en melocotones y no en refresco envenenado

HILDY: Tengo la sensación de que la respuesta correcta debería ser algo así como haber presenciado el nacimiento de un bebé o haber conocido al Dalai Lama, pero no sé. A lo mejor no he tenido la oportunidad, pero lo único que se me ocurre —quitando las partes podridas obvias— son cosas totalmente

normales y sin valor, tonterías.

BOB CUALQUIERA: No se me da muy bien descifrar conceptos sofisticados dado que soy un simple cavernícola y tal, pero no creo que tu recuerdo máspreciado sea algo sin valor o una tontería. Si lo fuese, no lo recordarías

HILDY: Ya me entiendes. Mi recuerdo máspreciado es algo normal. No es haber escalado el Everest ni haber ganado el Premio Nobel ni nada por el estilo.

BOB CUALQUIERA: Esos son solo pasatiempos

HILDY: 😊

BOB CUALQUIERA: Entonces ¿cuál es?

HILDY: Es superaburrido.

BOB CUALQUIERA: No te preocupes, estoy jugando al Minecraft mientras hablamos

HILDY: Entonces no tengo por qué sentir vergüenza.

BOB CUALQUIERA: Exacto, dispara

HILDY: Vale. Hace 8 o 9 años, estábamos en la playa a última hora de la tarde. Mamá y papá habían hecho una hoguera y estaban sentados en unas tumbonas pequeñas de patas cortas, esas que parecen corgis. Se reían, probablemente estaba bebiendo daiquiris de un termo porque lo hacían a menudo y nosotros —mis hermanos y yo— todavía llevábamos puestos los trajes de baño, pero también sudaderas con capucha porque estaba empezando a refrescar. Estábamos rebozados de arena y algo quemados después de haber pasado todo el día en la playa. Estábamos jugando a algún juego estúpido con un balón desinflado y recuerdo haber pensado: «Soy feliz. Esto es la felicidad». Había estado feliz antes, pero fue la primera vez que lo reconocí. Fue como cuando tomé mi primer trago de cerveza y de repente me di cuenta de por qué a la gente le gustaba.

BOB CUALQUIERA: No das la impresión de ser el tipo de chica a la que le gusta la cerveza

HILDY: ¿Qué tipo de chica parezco?

BOB CUALQUIERA: De las que beben batidos de té verde

HILDY: Pareces recordar cada palabra que he dicho, me halagas.

BOB CUALQUIERA: ¿Crees que eso es lo que pensó Mandela durante sus años en la cárcel? Me quedan 4 237 días para poder beber un batido de té verde

HILDY: Otra vez te estás riendo de mí. Y yo, como soy mejor persona, te voy a ignorar. ¿Cuál es tu recuerdo máspreciado?

HILDY: ¿Hola?

HILDY: ¿Hoooolaaa?

BOB CUALQUIERA: Ah, así que tú puedes tomarte tu tiempo para pensar y yo no

HILDY: Perdón. Creí que te habías pirado.

BOB CUALQUIERA: Lo estoy considerando

BOB CUALQUIERA: Cuando mi madre me dijo que era suyo

HILDY: ¿Que eras su recuerdo máspreciado?

BOB CUALQUIERA: No, quiero decir suyo, de ella. No podía pasarme nada. Era suyo

HILDY: Qué bonito. ¿Qué edad tenías?

BOB CUALQUIERA: La suficiente para saber que no era verdad

HILDY: Creí que habías dicho que era tu recuerdo máspreciado.

BOB CUALQUIERA: Y lo es. No importa que se equivocara. Lo dijo en serio. Al contrario que tú, no me sorprendió que fuera humana. También sé cómo quitarme las partes podridas

HILDY: Está claro que los dos tenemos asuntos pendientes con nuestras madres.

BOB CUALQUIERA: Como todo el mundo. ¿Conoces el poema de ese tal Larkin que dice «Tu madre y tu padre te joden vivo»?

HILDY: Creía que no leías.

BOB CUALQUIERA: No leo. Me lo enseñó mi madre

BOB CUALQUIERA: Bueno, por lo menos el primer verso

HILDY: Tu madre y la mía no tienen NADA en común.

BOB CUALQUIERA: No es cierto. ¿No es Amy Dwyier Sangster tu madre?

HILDY: ¿Por qué me lo preguntas? Es evidente que sabes la respuesta.

BOB CUALQUIERA: Créeme. Tienen algo en común

HILDY: ¿Qué?

BOB CUALQUIERA: Hijos con asuntos pendientes con sus madres

HILDY: De acuerdo. ¿Cómo se llama tu madre?

BOB CUALQUIERA: Esa no es una de las preguntas

HILDY: Qué injusto. ¿Por qué tú lo sabes todo sobre mí y yo nada de ti?

BOB CUALQUIERA: Deberías tener más cuidado con lo que publicas en las redes sociales

HILDY: No estoy de broma.

BOB CUALQUIERA: Yo tampoco

PREGUNTA 18

BOB CUALQUIERA: «¿Cuál es tu recuerdo más terrible?»

HILDY: ¡¿En serio?!

BOB CUALQUIERA: Eso es lo que pone

HILDY: ¿No podemos saltarnos esa pregunta?

BOB CUALQUIERA: Dijiste que teníamos que contestar todas las preguntas honestamente

HILDY: Vale, no nos la saltaremos. Pero la podríamos dejar para después.

BOB CUALQUIERA: Por mí bien

PREGUNTA 19

BOB CUALQUIERA: «Si supieras que vas a morir repentinamente dentro de un año, ¿cambiarías alguna cosa de la forma en la que vives? ¿Por qué?»

HILDY: ¡¡¡Estas preguntas son terribles!!! ¿Son todas así a partir de ahora?

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: Uf.

BOB CUALQUIERA: Son peores. A partir de esta se ponen sensibleras

HILDY: ¿Nos podemos saltar esta también?

BOB CUALQUIERA: No, solo tienes una oportunidad de pasar

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: La decisión del árbitro es inapelable

HILDY: En otras palabras: porque a ti te da la gana.

BOB CUALQUIERA: Alguien tiene que ocuparse de que esto no se convierta en una batalla campal

HILDY: ¿Y por qué te toca a ti?

BOB CUALQUIERA: Porque tú no lo estabas haciendo. CLP

HILDY: ¿Tengo que dirigirme a ti como «señor» o «árbitro» o algo por el estilo?

BOB CUALQUIERA: No, pero puedes hacerlo si quieres. Solo CLP

HILDY: Vale. Dejaría de pensar y actuaría más.

BOB CUALQUIERA: Eso es fácil

HILDY: Tal vez para ti.

BOB CUALQUIERA: Para cualquiera. ¿Alguna vez has oído hablar de las drogas y del alcohol? Son geniales para dejar de pensar

HILDY: Debería haber dicho «pensar demasiado». No quiero que mi cerebro deje de funcionar.

BOB CUALQUIERA: ¿Esto tiene algo que ver con Evan Keefe?

HILDY: Demasiado tarde.

BOB CUALQUIERA: Segunda parte de la pregunta. «¿Por qué?»

HILDY: Créeme. Lo de Evan es historia.

BOB CUALQUIERA: Eh, no cambies de tema. Esa es mi estrategia. ¿Por qué te gustaría dejar de pensar?

HILDY: Pensar demasiado. Hay una diferencia. Porque no me permite hacer las cosas que quiero.

BOB CUALQUIERA: Por ejemplo...

HILDY: Decirle la verdad a la gente.

BOB CUALQUIERA: ¿A quién? Conmigo no te has cortado un pelo

HILDY: Te equivocas.

BOB CUALQUIERA: Qué miedo. ¿A quién más quieres mandar a freír espárragos?

HILDY: No dije que quisiera ser grosera. Lo que me gustaría es decirle verdades a la gente a la cara.

BOB CUALQUIERA: ¿Por ejemplo?

HILDY: Le diría a Xiu que dejara de llevar faldas tirolesas, ya sé que no importa mucho, pero le quedan fatal y hay muchos otros estilos que le irían mejor. Le diría a Max que se cortara un poco, por lo menos en público, y que bajara el volumen. Le diría a Iris que me hirió los sentimientos. O tal vez no. En cuanto lo he escrito me la he imaginado diciendo «Oooh, ¿en serio? Bueno, pues igual que tú», y no me apetece meterme en ese rollo otra vez, sobre todo cuando probablemente sea más feliz desde que pusimos algo de distancia entre nosotras. Le diría a mi abuela que detesto mi nombre y que quiero cambiármelo.

BOB CUALQUIERA: ¿Por Betty?

HILDY: Pues no es mala idea.

BOB CUALQUIERA: Creo que mientes

HILDY: ¿Perdón?

BOB CUALQUIERA: ¿Eso es lo que cambiarías si te quedara un año de vida? ¿Le dirías a tu amiga que se pusiese otra falda? Y luego el superficial soy yo

HILDY: Vale. Tienes razón.

BOB CUALQUIERA: ¿Perdona?

HILDY: Tienes razón. Lo confieso. No estaba siendo sincera.

BOB CUALQUIERA: Pues sé sincera

HILDY: Le diría a mi padre que madurara. Le diría a mi madre lo mucho que me ha decepcionado.

BOB CUALQUIERA: Vaya, quieres morir con todas las personas a las que quieres enfadadas contigo

HILDY: Buena observación. Quizá eso tampoco sea lo que quiero.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué es lo que quieres, Betty? Cuéntaselo al doctor Bob

HILDY: Estoy acercándome peligrosamente a darle demasiadas vueltas.

BOB CUALQUIERA: Pon las manos en el teclado y escribe

HILDY: Me gustaría dejar de obsesionarme con todo lo malo que podría suceder si hago algo y en su lugar pensar en las cosas buenas. Me gustaría ser el tipo de persona que actúa sin miedo.

BOB CUALQUIERA: ¡A por ello, tía! Seguro que en unos años tendrás un hijo de Evan

HILDY: Pensé que habías dicho que era gay.

BOB CUALQUIERA: ¿Y? Eso no quiere decir que no puedas tener un hijo suyo. Nunca has ganado un premio en biología. ¿Te has planteado contratar un tutor?

HILDY: Voy a pasar ese comentario por alto. Te toca. ¿Qué harías tú?

BOB CUALQUIERA: Te preguntaría qué haces el viernes por la noche

BOB CUALQUIERA: ¿Sigues ahí?

HILDY: ¿Por?

BOB CUALQUIERA: Podríamos salir

HILDY: No me hace ninguna gracia esa bromita.

BOB CUALQUIERA: No estoy de broma

HILDY: ¿Tantas ganas tienes de ganar los 40 dólares?

BOB CUALQUIERA: ¿Crees que te he invitado a salir por eso?

HILDY: ¿Por qué, si no?

BOB CUALQUIERA: ¡¿Qué por qué?!

HILDY: Creo recordar que esta pregunta tiene dos partes, así que sí: ¿por qué?

BOB CUALQUIERA: Porque tengo tu pez y quiero deshacerme de él. Esa maldita cosa está acabando con mi comida

HILDY: Patético.

BOB CUALQUIERA: He llamado a FedEx, pero no hacen envíos de animales vivos.
Tengo que entregártelo en persona

HILDY: Más patético todavía. La respuesta sincera, por favor.

BOB CUALQUIERA: Cierran la biblioteca

HILDY: ¿Y?

BOB CUALQUIERA: Tengo que irme

HILDY: Esa es una de tus peores respuestas.

BOB CUALQUIERA: ¿Quieres salir o no?

HILDY: No lo sé.

BOB CUALQUIERA: ¿Cuándo lo sabrás?

HILDY: Te digo algo mañana.

BOB CUALQUIERA: ¿A las 7.30 aquí?

HILDY: Tenemos una cita.

BOB CUALQUIERA: Espera, yo no he mencionado que sea una cita

HILDY: Me estás volviendo loca.

8

Esa noche, Hildy casi no durmió, de nuevo. Bob la estaba volviendo loca. Ya no sabía a qué lado de su cerebro prestarle atención.

Bajó a la cocina a las cuatro de la madrugada a calentarse algo de leche. Su madre estaba sentada a la mesa, todavía llevaba la bata del hospital.

—Ay, perdona, cielo. ¿Te he despertado?

Amy cerró el portátil. Tenía una bebida naranja a su lado, pero Hildy estaba bastante segura de que no era zumo.

—No. No podía dormir.

—Qué raro. —Cruzó las manos sobre la mesa y le sonrió con preocupación—. ¿Quieres contarme algo?

Hildy sopesó si hablarle de Bob, pero entonces se dio cuenta de la mirada que ocultaban los ojos de su madre.

Miedo.

Estaba aterrada de que Hildy le fuera a preguntar qué pasaba con su padre y Gabe y el plato y el final repentino de lo que antes parecía ser una familia. Tenía miedo de tener que dar explicaciones.

Esa mirada le ponía los pelos de punta. Revolvió en el armario haciendo ruido mientras buscaba el tazón de las palomas.

—Está en el lavavajillas —le dijo su madre—. ¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—Nada. —El hecho de que su madre supiera que estaba buscando su tazón favorito sin tener que preguntarle la hizo sentirse extrañamente culpable—. Es que tengo la regla.

Mentira, y una referencia sutil a Bob, que, a pesar de todo, le hacía sentir mariposas en el estómago. Eso la hizo sentirse incluso más culpable.

—Las hormonas. —Amy se liberó la coleta y se rascó la cabeza para soltarse el pelo. Se había hecho mechas para tener exactamente el mismo color de pelo que Hildy—. Probablemente mejorarán cuando tengas el primer hijo. Hasta entonces, un baño caliente te puede ir bien.

Hildy se sirvió un poco de leche y la metió en el microondas.

—Estás trabajando mucho últimamente.

—Falta personal. Kiley Nikerson está de baja por maternidad. La madre de Esther Cohen se está muriendo. Solo estamos Steve Henderson, Rich Samuels y yo intentando cubrir todos los turnos.

Hildy se dio media vuelta. No quería que su madre se diera cuenta de que ella sospechaba algo, pero le chocó oír su nombre de su boca.

Amy fue a coger su vaso y lo derramó. Se levantó de un salto con el portátil en brazos. Hildy enjugó el líquido con papel de cocina. Definitivamente no era zumo.

—Vaya. De todas formas no debería beber a estas horas.

Amy cogió un paño de cocina del tirador del horno y también se puso a limpiar.

—No es propio de ti —observó Hildy.

—Hago un montón de cosas impropias de mí últimamente. —Sonrió como pidiendo disculpas, y a Hildy casi se le escapa: «¿Quieres contarme algo?», pero Amy la cortó—. Ser jefa de departamento es mucho más estresante de lo que esperaba. El papeleo y la política son terribles.

Asintieron con la cabeza. Las dos preferían mentir. El próximo martes habían quedado para comer juntas en la cafetería de la galería de arte como cada mes. Hildy decidió que abordaría el tema entonces. Si era necesario. A estas horas de la madrugada y con su corazón tan lleno de Bob, casi podía creer que ese pequeño lío entre sus padres tenía arreglo.

Sacó la leche del microondas. Le dio un beso en la frente a su madre y subió a darse un baño. Desde el rellano vio como Amy abría su portátil y se servía otro vaso de una botella que tenía debajo de la mesa.

9

Al día siguiente, Hildy llevó en coche a Gabe y a algunos de sus amigos a la piscina después de clase, y luego subió al gimnasio para pasar el rato con Max. Solía hacerlo con frecuencia. Se ponía algo de ropa de deporte, se sentaba en cualquier máquina que estuviera libre y lo entretenía mientras él levantaba pesas. Era el plan perfecto. Podía decirle a su madre con toda sinceridad que había ido al gimnasio, y Max se podía distraer de la monotonía del entrenamiento.

Él quería saber qué había pasado con Evan, pero Hildy se limitó a encogerse de hombros sin soltar prenda.

—Fue incómodo cuando apareció su novia.

—¿Novia?!

Discutieron un rato sobre si Evan tenía la capacidad emocional y física para mantener una relación. A Hildy eso le pareció buena señal. Quedaba claro que Max no había visto lo que había sucedido de verdad. Dejó que criticara a Evan durante un rato y luego le contó sus planes de quedar con Bob.

Max se quedó boquiabierto.

—¡Pero qué zorra eres!

El tío que estaba en la máquina de piernas se dio la vuelta para mirarlos. Hildy le lanzó un beso y luego le dijo a Max:

—Crees que estoy chiflada.

—Sí, pero ya me he equivocado más veces. Justo esta semana podría haber jurado que eras asexual. Y, además, ¿qué más da lo que yo piense? —Siguió con sus ejercicios—. Lo vas a hacer. Está claro. Y dado que soy la figura paterna en

esta relación, entiendo que tarde o temprano tendré que dejar volar libre a mi pequeño gorrión. Pero ¿puedo darte un consejo?

—Da igual lo que conteste —dijo ella—. Ya te veo venir.

—No quedes con él todavía. Deja que sufra un poco. Ya sabes lo que siempre dice Xiu: «Trátalos mal para que no pierdan interés».

—Pero ¿cómo de mal?

—¿Cuántas preguntas os quedan?

—Diecisiete. Dieciocho. Por ahí.

—Dale largas durante nueve o diez más. Haz que se muera de ganas.

—Primero me dices que te preocupa que esté a solas con él. Ahora me pides que no le dé de comer al león hasta justo antes de lanzarme a su guarida.

—A nadie le gusta devorar con el estómago lleno. Créeme.

Max cogió las pesas grandes, se acostó en el banco y le pidió a Hildy que lo ayudara. Ella lo odiaba porque no tenía la fuerza suficiente para sujetar la barra si se le caía. Tampoco le gustaba la mirada tan intensa que se le ponía a Max cuando levantaba tanto peso. Le preocupaba que sufriera un derrame en el ojo, no le apetecía verlo.

—¿Y si no quiere esperar y se aleja?

—¿Tengo que molestarme en contestar esa pregunta? —Max puso la barra en su sitio. Una vena del cuello le latía de manera rítmica.

—Sí.

—Hildy. Si se aleja no te conviene. Hablamos de un posible amante, no de un paciente con alzhéimer. Si lo tientas meneando tu fruta en sus narices y él no se toma la molestia de...

—No digas «menear la fruta». Es asqueroso.

—Vale. Si no le gustas lo suficiente como para coquetear un poco, entonces no te merece.

—Pero...

—No hay peros que valgan.

—Él podría...

—No. En serio. ¿Qué eres, un pollo deshuesado a punto de caducar? No te tienes que poner de oferta para venderte rápido.

Se limpió las manos en los pantalones cortos y volvió a coger las pesas.

—No me gusta ser tan pasiva.

—No estás siendo pasiva. Lo estás ignorando de forma activa. Es una estrategia comprobada durante años.

—Sabes que te lo echaré en cara la próxima vez que te ofrezcas a algún baboso que no te merezca, ¿no?

—No salgo con babosos, Hildy, ¡por favor!

Resopló y levantó los brazos. A ella el proceso le parecía repugnante.

Max dejó las pesas en su sitio. Luego se limpió el sudor de la cara y de las axilas.

—Tus brazos son bonitos —le dijo Hildy.

—Ya lo sé. Y mis piernas también están buenísimas.

—Recuérdame que no vuelva a echarte flores.

—¿Por qué? —Le hizo una señal para que lo siguiera hacia otra máquina y luego se puso a tocar palancas y botones—. ¿Qué hay de malo en que sepa que mis brazos son bonitos? Es verdad. Tú también deberías saber cómo eres y, más importante aún, disfrutarlo.

—Vale. ¿Cómo soy?

Max se acomodó en el reposapiés.

—Buena pregunta, pero no cuela, no pienso hacer de mejor amigo gay y darte una lista de tus cualidades. Eso está demasiado trillado y, sinceramente, me parece triste.

—Ya. Vale. Entonces ¿quién lo va a hacer? Los tíos hetero no hacen cola para cantarme mis virtudes precisamente.

—Sí que han hecho cola. Pero no los has escuchado. Y eso es bueno.

—¿Por qué?

—Porque te dorarían la píldora, tu ego subiría como la espuma y luego desaparecerían y tú pensarías: «¡Ay, no! ¡Me han hecho creer que de verdad era buena, digna de elogios y adorable cuando en realidad no lo soy!». Entonces, te lanzarías al Precipicio de la Falsa Seguridad. Y ¿quién sería el encargado de recoger tu cuerpo herido y de cuidarte hasta que recuperaras la salud? Yo. No, gracias. Si tuviera que darle a alguien un baño, sería a ese tío de la camiseta verde. Pásame la toalla otra vez.

Hildy la cogió con dos dedos y se la dio.

—Quizá haya visto demasiadas pelis de Disney, Hildy, pero no puedo dejar de pensar que tal vez lo que necesitas sea encontrar tu verdadero yo. Esa es la

única manera de convencerte ¡y de descubrir la fuerza para construir tu hermoso castillo de hielo en las nubes! No me dejes hablar hasta que haya hecho setenta y cinco repeticiones.

Hildy se apartó unos pasos para que no la salpicara el sudor y lo ayudó a contar. Le gustaba la idea de aplazar su encuentro con Bob. Se sentía más segura por internet que en persona.

Max terminó sus ejercicios y quería ir a la sauna, así que Hildy lo dejó a su bola.

Ella se dirigió al vestuario de mujeres y se puso el traje de baño. (Un bonito diseño retro con un top de tirantes y una falda cortita.) Nadó un par de largos dejándose llevar por la pereza hasta que Gabe y sus amigos estuvieron listos para marcharse.

—¿Qué es lo que apesta? —preguntó Gabe cuando se apiñaron en el Volvo—. Huele a vómito de perro con queso parmesano o algo así.

Mientras los chicos se regodeaban con la frase, Hildy se puso a pensar en su padre (su coche jamás apestaba) y en algo que Max había dicho mientras hacía pesas.

«El problema de los Sangster es que siempre esperáis la perfección. Para mí no era una opción. ¿Te empiezan a gustar los chicos en tercero? Sabes muy bien que no encajas con la idea del hijo ruso perfecto. El ochenta por ciento de lo que mi padre me ha dicho en mi vida tiene que ver con unidades térmicas o vueltas de tuerca, así que no se lleva el premio al mejor padre del año. Y la relación madre-hija en casa tampoco es mucho mejor. A mamá y a Katya no se las puede dejar solas más de cinco minutos sin que se saquen los ojos. Pero, aunque parezca extraño, somos algo más felices que vosotros. Nos sentimos cómodos aun sabiendo que estamos mal de la cabeza. Debe de ser horrible darse cuenta de eso de repente.»

Hildy dejó que pasara un monovolumen, y salió del aparcamiento. El discursito de Max le fastidiaba un poco. Le parecía muy flojo. ¿Qué habría sucedido si Nelson Mandela o Taylor Swift hubieran pensado de esa manera? Ellos no se dieron por vencidos y dejaron que los blancos y/o los matones se salieran con la suya.

Las cosas tenían arreglo.

Su familia tenía arreglo.

Hildy miró por el retrovisor. Gabe estaba poniendo los ojos en blanco e imitaba a su profesor de matemáticas cuando perdía los papeles por una respuesta equivocada.

—¿Quieres que vayamos a Cousin's a comprar carne? Podríamos llevar a papá esas salchichas alemanas que tanto le gustan.

10

Cuando llegaron a casa encontraron un par de notas sobre la mesa. A Amy la habían llamado del hospital para que se ocupara de un accidente triple. Greg estaba en el instituto poniéndose al día con cuestiones administrativas. Quedaba bastante *vindaloo* para cenar si querían.

—¿Otra vez cenamos solos?

Gabe solo tenía doce años y medio, pero era enorme para su edad, así que a veces a Hildy se le olvidaba que todavía era un preadolescente. Justo estaba pensando en lo doloroso que tenía que ser para él cuando su hermano levantó el puño en el aire y exclamó:

—¡Mola!

La hizo partirse de risa. Una de las teorías de su padre era que los niños aguantan lo que les echas.

Se suponía que Gabe tenía que practicar clarinete, pero Hildy le dejó echar una partida a un juego coreano rarísimo mientras ella preparaba unas tortillas. Él nunca se quejaba por tener que comer tortillas, sobre todo si llevaban mogollón de queso y beicon y poquísima verdura.

Se las zamparon delante de la tele.

—Papá anda muy ocupado últimamente, ¿no? —Estaba intentando descubrir cómo estaba Gabe.

Él se encogió de hombros. Tenía el pelo oscuro y tan rizado que tardaba horas en secarse. «Esponja Sangster», pensó.

—Se porta como un capullo. —Gabe jamás había dicho algo parecido.

—¿Por qué?

—¿Y yo qué sé? Le estarán molestando las hemorroides otra vez. Ni idea. Pero siempre me está dando la lata.

—Lo está pasando mal por los recortes en el presupuesto del instituto, por la dimisión de la señora Atkinson, por el vandalismo... Tiene muchas cosas de las que ocuparse.

—Y por eso tiene que arruinar la vida de los demás.

—Tal vez si...

—Tal vez si cerraras el pico nos iría mejor.

—Gabe.

Tiró el plato sobre la mesita de centro armando un gran escándalo y se marchó dando zancadas.

—Tengo que darle de comer a los peces. Como soy el único que se ocupa de ellos últimamente...

—Gabe.

¿Acaso sabía lo que estaba pasando? Hildy no estaba segura. Siempre había sido un crío tan feliz... Raro, pero feliz. Papá y él pasaban las horas en el cobertizo o en el acuario, con sus manías que nadie más comprendía muy bien.

Metió los platos en el lavavajillas y se dirigió hacia su habitación. Cuando pasaba por el pasillo, vio a Gabe sentado en el suelo del salón, con las piernas cruzadas y contemplando el acuario con una mirada ausente. Le rompió el alma.

Hildy se obligó a hacer algo de yoga e intentó centrarse en su respiración. No estaba de humor para hablar con Bob. Tal vez fuera mejor fingir haberse olvidado de su «cita».

Pero entonces vio aparecer un mensaje, y por supuesto que lo leyó. Ni siquiera dudó. El corazón hace cosas raras.

PREGUNTA 20

BOB CUALQUIERA: Hola

HILDY: Hola.

BOB CUALQUIERA: Y bien, ¿cuál es tu respuesta? ¿Vas a salir conmigo o no?

HILDY: No estoy segura de si estoy lista para verte todavía.

BOB CUALQUIERA: Así que perderemos los 40 \$

HILDY: He dicho «todavía».

BOB CUALQUIERA: ¿Y qué significa eso?

HILDY: Que haremos algunas preguntas más aquí y me lo pienso.

BOB CUALQUIERA: Querrás decir: «Me lo pienso demasiado»

HILDY: Tal vez.

BOB CUALQUIERA:



HILDY: Qué gracioso.

BOB CUALQUIERA: Entonces ¿cuándo vamos a seguir con las preguntas?

HILDY: Cuando quieras.

BOB CUALQUIERA: ¿Ahora?

HILDY: Sí, por qué no.

BOB CUALQUIERA: Vale. «¿Qué significa la amistad para ti?»

HILDY: (Risas.) Es importante.

HILDY: Y un hombro en el que llorar.

HILDY: Alguien con el cual poder celebrar los momentos buenos.

BOB CUALQUIERA: «Con el cual», has dicho

HILDY: Alguien que no me dé la lata con los pronombres.

BOB CUALQUIERA: Entonces yo no

HILDY: Supongo que no.

HILDY: Alguien que quiera lo mejor para ti.

HILDY: Alguien que me diga la verdad cuando necesito oírla.

BOB CUALQUIERA: ¿Alguna vez has pensado en dedicarte a escribir tarjetas de felicitación?

HILDY: Oye, estoy respondiendo la pregunta.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué pasó con lo de «una perspectiva diferente»?

HILDY: ¿Estás tomando apuntes? Me parece que estoy en una serie de abogados. Todo lo que diga puede ser usado en mi contra. Vale. Perspectiva también. ¿Qué significa la amistad para tí?

BOB CUALQUIERA: Una cerveza de vez en cuando. Alguien a quien pedir dinero prestado cuando lo necesito

HILDY: Ah. El increíble mundo de las amistades masculinas.

BOB CUALQUIERA: No he terminado. Alguien con quien echar una pachanga, aunque es cada vez más difícil encontrar con quien jugar. *Kong* me ha hecho dejarlo



HILDY: Tú y tu amiguito imaginario...

BOB CUALQUIERA: El mejor amigo del mundo. Nunca se queja del estilo de falda que llevo

HILDY: Ja, ja, ja.

HILDY: Me acabo de dar cuenta de una cosa.

BOB CUALQUIERA: ¿De que no tiene sentido seguir contestando las preguntas y que deberías aceptar mi proposición?

HILDY: No. De que tú tienes ventaja. Has tenido las preguntas toda la semana. Podrías haber ensayado las respuestas.

BOB CUALQUIERA: Supongo que sí, si no tuviera mejores cosas con las que pasar el tiempo

HILDY: ¿Como qué?

BOB CUALQUIERA: Cualquiera

HILDY: 😊 ¿Cómo sabes si Jeff te pagará? A lo mejor teníamos que haber contestado en la universidad.

BOB CUALQUIERA: ¿Leíste eso en el contrato?

HILDY: No.

BOB CUALQUIERA: Yo tampoco. Más le vale pagarme

HILDY: Si no, esto sería una pérdida de tiempo.

BOB CUALQUIERA: Claro que no

HILDY: ¿Ah, no?

BOB CUALQUIERA: Me has ayudado a mejorar mi ortografía y mi vocabulario

HILDY: Eres incorregible. (Y me gustaría que empezaras a poner puntos al final de tus frases.)

BOB CUALQUIERA: ¡Incorregible! ¡Otra palabra nueva! Pregunta 21

HILDY: Más despacio, tío. No estoy satisfecha con tu respuesta. ¿En serio eso es todo lo que esperas de una amistad? ¿Una cerveza de vez en cuando?

BOB CUALQUIERA: No, y pasta y un partido. Eso es lo que la mayoría de los tíos quieren. Pregunta a quien quieras

HILDY: ¿Y qué me dices de alguien con quien poder hablar?

BOB CUALQUIERA: ¿De qué?

HILDY: ¿Vosotros no habláis?

BOB CUALQUIERA: Claro

HILDY: ¿De qué?

BOB CUALQUIERA: Deportes, música, chicas, vídeos de YouTube

HILDY: ¿Con quién hablas sobre temas importantes?

BOB CUALQUIERA: ¿Acaso no te parecen temas importantes?

HILDY: Ya sabes lo que quiero decir.

BOB CUALQUIERA: ¿Del amor, la muerte y el sentido de la vida?

HILDY: Sí. Ese tipo de cosas.

BOB CUALQUIERA: Con nadie

HILDY: ¿En serio?

BOB CUALQUIERA: Vale. Contigo

HILDY: ¿Me estás vacilando?

BOB CUALQUIERA: Por desgracia, no

HILDY: Solo estás hablando conmigo de esto porque te van a pagar 40 dólares.

BOB CUALQUIERA: Por desgracia, sí. ¿Podemos pasar a la siguiente pregunta?

HILDY: Déjame enjugarme las lágrimas...

PREGUNTA 21

BOB CUALQUIERA: «¿Qué papeles desempeñan el amor y la tristeza en tu vida?»

HILDY: ¿Esa es una pregunta de verdad o estás coqueteando conmigo?

BOB CUALQUIERA: ¿Así ligan los empollones?

HILDY: Sí. Los estudios de psicología nos ponen a cien.

BOB CUALQUIERA: Pues vale. CLP

HILDY: ¿Así pretendes parecer viril y contundente?

BOB CUALQUIERA: ¿Crees que te voy a contestar? No soy tonto. CLP

HILDY: «¿Qué papeles desempeñan el amor y la tristeza en tu vida?» ¿Qué narices quiere decir eso? ¿Cómo puedo responder algo que no entiendo?

BOB CUALQUIERA: Hazlo lo mejor que puedas. Te daré puntos extras por esforzarte

HILDY: Supongo que un papel importante. Y bueno.

BOB CUALQUIERA: ¿Cómo que «supongo»?

HILDY: No es tan sencillo.

BOB CUALQUIERA: Contigo nada es simple

HILDY: Cierto.

BOB CUALQUIERA: Venga, pues sigue

HILDY: Crecí en una familia cariñosa. Mis amigos me quieren. Eso lo sé.

BOB CUALQUIERA: ¿Incluso Iris?

HILDY: Estás obsesionado con ella.

BOB CUALQUIERA: No, solo quiero que me des una respuesta sincera. La verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Recuerda que estamos en una serie de abogados.

HILDY: Vale. Toda la verdad. Puede que Iris ya no me quiera tanto como antes, pero Max y Xiu son incondicionales.

BOB CUALQUIERA: Se aproxima otro «pero»...

HILDY: El radar emocional te funciona a la perfección.

BOB CUALQUIERA: Me encanta cuando dices guarradas, pero ¿podrías responder la pregunta, por favor?

HILDY: Los amigos y la familia no son suficiente. Probablemente sea natural querer más.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué?

HILDY: Ya sabes lo que quiero decir.

BOB CUALQUIERA: Es evidente que no estás hablando de una mascota, dada la forma en que trataste al pobre *Kong*.

HILDY: Vale. ¿Qué piensas tú del amor y el cariño?

BOB CUALQUIERA: Depende de lo que quieras decir con «amor y cariño». ¿Hablamos de lo físico?

HILDY: Si quieres...

BOB CUALQUIERA: Entonces soy fan total

HILDY: Ah, ya. Recuerdo que tu día ideal tenía un poco de eso.

BOB CUALQUIERA: Así es. Más, si te soy sincero

HILDY: ¿Eres sincero?

BOB CUALQUIERA: Todo lo que puedo

HILDY: Y ¿qué me dices de la parte emocional del amor?

BOB CUALQUIERA: Esa no desempeña ningún papel en mi vida

HILDY: Qué triste.

BOB CUALQUIERA: No llores por mí

HILDY: Argentina.

BOB CUALQUIERA: ???

HILDY: ¿No conoces la canción?

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: Perdona. Es una canción muy bonita del musical *Evita*.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué papel tenías?

HILDY: ¿Quién ha dicho que actuase?

BOB CUALQUIERA: Actuaste fijo

HILDY: Sí.

BOB CUALQUIERA: ¿Hiciste de Evita?

BOB CUALQUIERA: Lo sabía

HILDY: ¿Podríamos dejar de bromear? No debería haber empezado. Acababas de decirme algo importante y yo te he faltado al respeto.

BOB CUALQUIERA: Me da igual. Aunque me gustaría que dejaras de decir que mi vida es triste. A lo mejor yo pienso que tener amigas que llevan faldas raras es triste. ¿Te has parado a pensarlo?

HILDY: Tu madre te dijo que eras suyo, así que es evidente que creciste rodeado de cariño.

BOB CUALQUIERA: Sí

HILDY: Pero ya no.

BOB CUALQUIERA: En efecto

BOB CUALQUIERA: ¿Hola?

HILDY: No sé qué decir.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué te parece «todo llega, todo pasa». Dejémoslo ahí. Pregunta

22

PREGUNTA 22

BOB CUALQUIERA: Esta te va a encantar

HILDY: ¿De qué va? Déjame adivinar. ¿Quiénes son tus tres personajes favoritos de la literatura inglesa del siglo XIX y por qué?

BOB CUALQUIERA: Casi. «Por turnos, comparte cinco virtudes de tu pareja.»

HILDY: Tienes que estar sudando la gota gorda. Si logras decir cinco cosas de mí, te doy diez pavos.

BOB CUALQUIERA: Eso es lo que necesito. Mis profesores siempre decían que yo respondía bien a los incentivos. Tú primero.

HILDY: 1) Eres artístico.

BOB CUALQUIERA: Esa te la puse en bandeja

HILDY: No estamos compitiendo. Te toca.

BOB CUALQUIERA: Hablas bien

HILDY: ¡¿Que hablo bien?!

BOB CUALQUIERA: Iba a decir que eres bienhablada, pero eso no suena natural. No quería que pensaras que me está ayudando alguien

HILDY: ¿Bienhablada? Flipo. Habría pensado que considerarías eso un vicio, no una virtud.

BOB CUALQUIERA: La calidad es buena. Con lo que a veces tienes problemas es con la cantidad

HILDY: ¿Sabes? Has mejorado desde que empezamos. Tus respuestas se han vuelto mucho más diplomáticas.

BOB CUALQUIERA: Ya, bueno, nada como el impacto de un pez en la sien para asumir mis errores

HILDY: 2) Eres gracioso.

BOB CUALQUIERA: Tú también

BOB CUALQUIERA: Y no me lo esperaba

HILDY: Me he precipitado. Parece que cada vez que dices algo agradable de mí te sientes obligado a retirarlo de manera sutil.

BOB CUALQUIERA: ¿Te ha parecido sutil?

HILDY: No. Tienes razón. No fue muy sutil.

BOB CUALQUIERA: Lo siento

HILDY: Bueno. No se puede esperar que seas sutil todo el tiempo.

BOB CUALQUIERA: No, perdona por no ser agradable

HILDY: ¿Perdona? ¿Una disculpa sincera? Corazón, tranquilízate.

BOB CUALQUIERA: Sip, perdón. No quería insultarte. Lo que quise decir es que cuando te conocí no me imaginé que serías graciosa. Das la impresión de no tener sentido del humor. Pareces el tipo de persona que se altera si algo es sexista o racista o irrespetuoso.

HILDY: Así soy.

BOB CUALQUIERA: Por supuesto, de todas formas me haces reír

HILDY: Aunque no siempre es mi intención.

BOB CUALQUIERA: No, pero incluso cuando lo haces aposta me río

HILDY: Vaya. Gracias. Me he puesto colorada.

BOB CUALQUIERA: Lo cual me lleva al número 3

HILDY: ¿Qué es?

BOB CUALQUIERA: Espera un segundo, tengo que ponerme el escudo antipeces

HILDY: Ya veo que no me va a gustar. Suéltalo.

BOB CUALQUIERA: Eres sensible

BOB CUALQUIERA: Lo digo como algo bueno

BOB CUALQUIERA: La mayoría de las veces

HILDY: Otra vez. Eres el rey de los cumplidos ambiguos.

BOB CUALQUIERA: Vaya, nunca he sido el rey de nada. Me siento suuuperhalagado

HILDY: Con bien poco te conformas.

BOB CUALQUIERA: A lo mejor yo también soy sensible

HILDY: ¿A lo mejor? Sin lugar a dudas, aunque intentas ocultarlo con tu fachada y tu fanfarronería.

BOB CUALQUIERA: ¿Fanfaqué? Voy a tener que buscarlo en el diccionario

HILDY: ¿Por qué? ¿Para poder usarlo para ligar?

BOB CUALQUIERA: ¿Qué crees que estoy haciendo ahora?

HILDY: Mira que tienes labia.

BOB CUALQUIERA: ¿Es esa tu virtud número 3?

HILDY: Pues no lo iba a ser, pero sí, vale. Aunque corra el peligro de que te explote la cabeza, eres bastante encantador. A pesar de mi buen juicio —y cuando no siento ganas de arrearte con un objeto pesado— no puedo evitar disfrutarlo. Es evidente que la razón por la que tienes «chicas en plural» se debe a que eres un donjuán por naturaleza. Podrías ganarte la vida con ello.

BOB CUALQUIERA: Hala. Vaya manera de echar un piropo para luego retirarlo. Haces que parezca un baboso

HILDY: Un baboso encantador. Hay cosas peores.

BOB CUALQUIERA: ¿Como qué?

HILDY: Ahora mismo no se me ocurre nada.

BOB CUALQUIERA: ¿Un cavernícola?

HILDY: Jo. ¿He vuelto a tocar la fibra sensible?

BOB CUALQUIERA: No. Solo quiero tener las cosas claras. Saber si estoy subiendo o bajando en la escala social

HILDY: Subiendo. Aunque ha habido algunas turbulencias en el trayecto.
¿Cuál es tu número cuatro?

BOB CUALQUIERA: Me está resultando muy difícil sacarme algo de la manga

HILDY: No pierdas de vista el premio. Diez pavos si llegas a cinco.

BOB CUALQUIERA: O eres generosa o estás desesperada

HILDY: No pienso aceptar ninguna de esas como respuesta, así que ni lo intentes.

BOB CUALQUIERA: ¿Incluso si son ciertas?

HILDY: Ni aun así. Demasiado en broma. Quiero una respuesta de verdad.
Quedamos en eso. ¿Te acuerdas? Venga. Tú puedes.

HILDY: Más te vale que hayas tenido una emergencia médica, porque esa pausa ha sido superofensiva.

BOB CUALQUIERA: Tienes estilo

HILDY: ¿En serio? ¿Incluso con mi abrigo «de viejo»?

BOB CUALQUIERA: Sip, y tu bolso y la manera en que llevas el pelo y esos pendienteitos que cuelgan de tus orejas. No eres como la mayoría de las chicas. Tampoco te pones toneladas de maquillaje. Puedo ver tu piel. Eso me gusta

BOB CUALQUIERA: Tienes un cutis bonito

HILDY: Es increíble lo que eres capaz de decir por 10 pavos. Debería haberte pagado antes.

BOB CUALQUIERA: ¿Quién es la que está de coña ahora?

HILDY: Los halagos me dan vergüenza.

BOB CUALQUIERA: Entonces paro

HILDY: Todavía no. Te falta uno.

BOB CUALQUIERA: Tú primero, todavía no has dicho el número 4

HILDY: Eres masculino.

BOB CUALQUIERA: ¿Te hizo falta una prueba genética para descubrirlo?

HILDY: No quiero decir hombre, aunque también, a no ser que tengas algo que contarme. Quiero decir que eres varonil.

BOB CUALQUIERA: Es la nariz rota

HILDY: Es la manera como te comportas, eres seguro de ti mismo e intentas no sonreír. Eres reservado.

BOB CUALQUIERA: Luego buscaré en Google qué narices has dicho

HILDY: Hazlo. Tienes un poco de pinta del tipo de los anuncios de Marlboro.

BOB CUALQUIERA: ??? ¿El tío del tabaco? ¿El vaquero?

HILDY: Tienes razón, no es un buen ejemplo. Sobre todo porque detesto a los fumadores.

BOB CUALQUIERA: Ya. Vi tu cartel para la campaña contra el cáncer «Apágalo». Por cierto, me encantó la pintura que llevabas en la cara. ¿La hiciste tú?

HILDY: Voy a pasar de ese comentario. Lo que estaba intentando decir antes de que me interrumpieras de forma tan grosera es que eres muy macho. No hay nada femenino en ti.

BOB CUALQUIERA: Me gustan los bebés

HILDY: Vaya. Así, sin más. No me estarás tirando los tejos, ¿verdad?

BOB CUALQUIERA: No, solo digo que no soy tan masculino

HILDY: ¿En serio te gustan los bebés?

BOB CUALQUIERA: Sí. Es raro, ya lo sé

HILDY: ¿De dónde crees que te viene eso?

BOB CUALQUIERA: La psiquiatra eres tú

HILDY: Por eso yo hago las preguntas y tú las respondes. ¿Por qué piensas que te gustan los bebés?

BOB CUALQUIERA: Supongo que porque crecí solo con mi madre. Un par de veces tuve la impresión de que iba a sentar la cabeza con un tío y a lo mejor tendría un hermanito, pero nunca sucedió

HILDY: ¿Es una especie de sueño infantil que nunca se cumplió?

BOB CUALQUIERA: Sí, ese y convertirme en un guerrero ninja

HILDY: ¿Qué es lo que te gusta de los bebés?

BOB CUALQUIERA: Su olor. ¿Alguna vez has oído a un bebé?

HILDY: Muchas. Trabajo de niñera.

BOB CUALQUIERA: Quiero decir sus cabezas, no sus culos

HILDY: Gracias. Lo había entendido.

BOB CUALQUIERA: Y esa manera en la que ponen los labios cuando están soñando con el biberón

HILDY: O con el pecho.

BOB CUALQUIERA: No pienses en cochinadas

BOB CUALQUIERA: Era broma, relájate. El pecho es totalmente natural, lo mejor para el bebé, bla, bla, bla

HILDY: Relájate tú. No tenía ninguna intención de sermonearte. Estoy más interesada en descubrir cuál será tu próxima respuesta. Venga. Solo tienes que devanarte los sesos para encontrar un aspecto positivo más. ¡La gran final! Las cinco elecciones estrella de Bob sobre Betty...

BOB CUALQUIERA: Ya he mencionado el pelo, la piel y las pestañas, ¿no? Vaya, ya no me queda nada

HILDY: En realidad no dijiste nada de las pestañas, pero entran en la número 4. Tienes que buscar algo diferente.

BOB CUALQUIERA: Eres persistente

HILDY: ¿Quieres decir que soy una pesada?

BOB CUALQUIERA: Sí, cuando me agobias, pero no todo el tiempo. No dejas ningún tema a medias. Normalmente es algo bueno, sobre todo si quieres ser Nelson Mandela

HILDY: Tú también eres persistente, y no solo me refiero a que NUNCA, NUNCA DEJAS MORIR UNA BROMA. (Déjalo estar, ¿vale? Nelly y yo hemos terminado.) Y a ti también te cuesta olvidar las cosas.

BOB CUALQUIERA: Nadie me había acusado de eso nunca

HILDY: ¿Tengo que recordarte que fuiste tú el que se puso en contacto

conmigo? Eso es ser persistente.

BOB CUALQUIERA: Habías dicho que no valía copiar

HILDY: Eres valiente.

BOB CUALQUIERA: ¿Cómo lo sabes?

HILDY: Apenas te encogiste cuando te lancé a *Kong*.

BOB CUALQUIERA: Creía que debíamos contestar con sinceridad

HILDY: Perdón. Se me ha escapado. Quise decir por «una corazonada». Solo te he visto una vez. No tengo mucha más información.

BOB CUALQUIERA: Tienes razón, soy valiente

HILDY: ¿De verdad? ¿O lo dices solo para que me calle?

BOB CUALQUIERA: De verdad. Mi madre me dijo que lo fuera, así que lo soy

BOB CUALQUIERA: Y además no me queda más remedio

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: Como a todo el mundo

PREGUNTA 23

BOB CUALQUIERA: Vale. «¿Cómo es tu relación con tu familia? ¿Sientes que tu infancia fue más feliz que la de la mayoría de la gente?»

HILDY: Uf. Qué difícil.

BOB CUALQUIERA: Para mí no.

HILDY: ¿De verdad?

BOB CUALQUIERA: Sí. A) No tengo familia y B) Sí

HILDY: Boquiabierta me dejas. ¿Tu infancia fue más feliz que la de la mayoría de la gente?

BOB CUALQUIERA: Sabes que eres una borde, ¿no? Sí, fue más feliz, por lo menos en parte

HILDY: ¿Dónde creciste?

BOB CUALQUIERA: Aquí y allá

HILDY: ¿Aquí de verdad o es una forma de hablar?

BOB CUALQUIERA: A ratos

HILDY: ¿Dónde es allá?

BOB CUALQUIERA: Por todas partes. Viajábamos mucho

HILDY: ¿Por qué?

BOB CUALQUIERA: Piedra que rueda no cría musgo

HILDY: Nunca me ha gustado esa expresión. Es degradante. Las personas no son hongos que se te pegan si no te mueves.

BOB CUALQUIERA: Eso lo resume muy bien. Por lo menos así pensaba mi madre. Ella es la que lo decía

HILDY: Resume, no resume. No estoy segura de que exista esa palabra.

BOB CUALQUIERA: ¿Se escribe aaargh o AAAAAARGH?

HILDY: 😊 De vez en cuando me doy cuenta de lo pesada que puedo ser. Ignórame.

BOB CUALQUIERA: Estoy haciendo todo lo posible Sinceramente, ¿no conoces a nadie al que llamarías hongo?

HILDY: Qué poco duró lo de ignorarme.

BOB CUALQUIERA: Contesta

HILDY: Hongo es un poco duro. Sí que conozco a algunos seres unicelulares e invertebrados.

BOB CUALQUIERA: Las piedras que ruedan tampoco crían de esos. Podrías machacarlos a tu paso

HILDY: Ah. ¿Dónde puedo pillarme una piedra de esas?

BOB CUALQUIERA: Es fácil: para, tírate al suelo y rueda. Ten cuidado con la cabeza

HILDY: ¿Así te rompiste la nariz?

BOB CUALQUIERA: No, y deja de preguntar

HILDY: ¿Tenías amigos de pequeño?

BOB CUALQUIERA: Durante un tiempo, pero entonces nos mudábamos otra vez y

tenía que empezar de cero. No pasa nada cuando eres pequeño, pero cada vez era más difícil

HILDY: Qué triste.

BOB CUALQUIERA: ¿Quieres dejar de decir eso? Haces que parezca patético. Las amistades no lo son todo. Si hubiera tenido mogollón de amigos no habría aprendido a dibujar ni a tocar la batería

HILDY: ¿Por qué os mudabais tanto?

BOB CUALQUIERA: \$

BOB CUALQUIERA: No vuelvas a decir que es triste. Sé dibujar y tocar la batería porque era pobre. Son formas baratas de entretenerse. Si hubiéramos tenido dinero, nunca habría aprendido

HILDY: No tenía ni idea de que eras tan optimista.

BOB CUALQUIERA: Profundidades ocultas. Te toca

HILDY: ¿Cuál era la pregunta?

BOB CUALQUIERA: ¿Cómo es tu relación con tu familia? ¿Sientes que tu infancia fue más feliz que la de la mayoría de la gente?

HILDY: Parte A) No muy buena. Por lo menos ahora. Pero antes sí. O por lo menos eso pensaba yo. Qué ilusa. Es raro, hace un par de semanas te habría dado una respuesta completamente distinta.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué pasó?

HILDY: Mi familia implosionó.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué significa eso?

HILDY: Implosionar quiere decir derrumbarse hacia dentro.

BOB CUALQUIERA: SÉ LO QUE SIGNIFICA IMPLOSIONAR. No soy imbécil, veo la tele. ¿Qué le pasó a tu familia?

HILDY: Dejaron de hablarse.

BOB CUALQUIERA: ¿Y eso?

HILDY: Metí la pata.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué? La has tenido que liar muy parda

HILDY: No creo que pueda contestarte. Apenas te conozco y te estaría contando algo que solo he confesado a dos personas. Además, ni siquiera

estoy segura de que sea 100 % verdad, así que lo viviría como una traición. Sobre todo porque sabes quiénes son mis padres. ¿Podemos cambiar de tema? No querrás que me eche a llorar otra vez...

BOB CUALQUIERA: Odio el llanto en línea. No hay nada peor que un montón de emojis tristes. Por cierto, *Kong* quiere decirte algo

HILDY: Estoy esperando.

BOB CUALQUIERA: dale un segundo. También es complicado para él

BOB CUALQUIERA:



HILDY: ¿Las madres king kong se comen a sus crías?

BOB CUALQUIERA: Supongo. Es lo mejor que se me ha ocurrido con tan poco tiempo. ¿Sigues llorando?

HILDY: No.

BOB CUALQUIERA: Entonces ¿qué importa si es verdad?

HILDY: Ya veo por qué te va bien con las damas.

PREGUNTA 24

BOB CUALQUIERA: Prepárate. «¿Cómo es tu relación con tu madre?»

HILDY: Quien haya escrito estas preguntas es cruel. Si no fuera tan persistente, abandonaría.

BOB CUALQUIERA: Yo no. Necesito los 40 \$

HILDY: No te creo. Pienso que en realidad disfrutas con esto.

BOB CUALQUIERA: Te equivocas. En serio

HILDY: Estoy de acuerdo en que esta pregunta en particular no es muy divertida. Pero creo que te gusta el estudio. Me parece improbable que siguieras haciendo algo que odiases solo por el dinero.

BOB CUALQUIERA: Me has pillado

HILDY: Entonces ¿por qué no lo dejas?

BOB CUALQUIERA: Soy masoquista y se me ha roto el látigo

BOB CUALQUIERA: ¿Me estás castigando con tu silencio?

HILDY: No, solo estoy aplicando una técnica que aprendí en las clases de periodismo. Si quieres que alguien conteste una pregunta, deja que el silencio se convierta en incómodo.

BOB CUALQUIERA: Así que me estás aplicando la ley de hielo

BOB CUALQUIERA: Vale. En realidad no disfruto, pero hace tiempo que no hablo con nadie sobre este tipo de cosas, así que supongo que lo echaba de menos

HILDY: ¿Echabas de menos que te torturaran psicológicamente?

BOB CUALQUIERA: Es raro, ya lo sé

HILDY: ¿Con quién hablabas antes?

BOB CUALQUIERA: Con mi madre

HILDY: ¿Qué pasó?

BOB CUALQUIERA: La pregunta es: «¿Cómo es tu relación con tu madre?», pues siento que mi relación se ha terminado. ¿Y tú?

HILDY: Acabas de desviar la pregunta, ¿no?

BOB CUALQUIERA: Sip, y tú la habías desviado hacia mí

HILDY: ¿Así que esta es tu venganza?

BOB CUALQUIERA: Podría serlo. Háblame de la relación que tienes con tu madre. Me encanta verte sufrir

HILDY: No lo sé..., es complicada.

BOB CUALQUIERA: Qué manera de escaquearte. ¿Acaso no es tu diosa guerrera o algo parecido?

HILDY: Sí..., pero eso es lo que quiero contestar. Es complicada. Lo es y no lo es. Tal vez sea una diosa griega. ¿No se suponía que eran inmortales pero también tenían defectos?

BOB CUALQUIERA: ¿Me preguntas a mí?

HILDY: Parecías saber mucho sobre Pandora.

BOB CUALQUIERA: Lo único que sé es que no tenía sitio en su bolso caro para meter mis problemas

HILDY: Se podría comprar uno más grande.

BOB CUALQUIERA: No tanto

HILDY: ¿Cómo era tu relación con tu madre antes de que se acabara?

BOB CUALQUIERA: Complicada

HILDY: Ja, ja. Pero tú no te escaqueas, ¿eh?

BOB CUALQUIERA: Correcto

HILDY: ¿Cómo es?

BOB CUALQUIERA: Tiene defectos y no es inmortal

HILDY: ¿Puedes especificar? ¿Apariencia? ¿Personalidad? ¿Aficiones y pasatiempos?

BOB CUALQUIERA: Alta pelo oscuro guapa lista divertida loca con mal genio pintar hombres

HILDY: ???

BOB CUALQUIERA: Solo contesto a tus preguntas. Apariencia, personalidad, aficiones y pasatiempos

HILDY: ¿Pintar hombres? ¿Ese es su pasatiempo?

BOB CUALQUIERA: No. Pintar, hombres

HILDY: #puntuarbien es importante

BOB CUALQUIERA: #pues vale. Te toca. ¿Cómo es tu madre?

HILDY: No diría que es guapa. No en plan estándar, pero tiene una cara muy bonita y se viste bien. Es lista, muy decidida y ambiciosa. Consigue todo lo que se propone. Iba a añadir que es responsable y leal, pero ya no estoy segura de que lo sea. La verdad es que ya no estoy segura de muchas cosas.

BOB CUALQUIERA: Estás madurando, pequeña

HILDY: ¿O sea que la inseguridad va a ser la norma a partir de ahora?

BOB CUALQUIERA: Sip. Nadie sabe lo que pasará. Espera sorpresas. A veces son 40 pavos por contestar unas preguntas estúpidas, pero por lo general te dan con un pez en la cabeza

HILDY: No vas a dejar que lo olvide nunca ¿verdad?

BOB CUALQUIERA: No

PREGUNTA 25

BOB CUALQUIERA: Pregunta 25. No sé muy bien qué significa. «Haz tres declaraciones verdaderas en plural. Por ejemplo: “Estamos juntos en esta sala y nos sentimos...”»

HILDY: Perplejos.

BOB CUALQUIERA: Cierto

HILDY: Estamos juntos en esta sala y nos sentimos...

BOB CUALQUIERA: Error. NO estamos en la misma sala

HILDY: Vale. Ocupamos un lugar en el ciberespacio y nos sentimos...

BOB CUALQUIERA: Expuestos

HILDY: ¿En serio? No es propio de ti.

BOB CUALQUIERA: ¿Quién lo dice?

HILDY: Para empezar, no es una palabra muy de Bob. Y, además, no me has revelado lo suficiente como para sentirte expuesto.

BOB CUALQUIERA: Más de lo que le he dicho a cualquier otra persona

HILDY: ¿De verdad?

BOB CUALQUIERA: Sip

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: No me fío de mucha gente

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: Pareces un disco rayado

HILDY: CLP

BOB CUALQUIERA: Supongo que por cosas de la vida

HILDY: ¿Puedes especificar?

BOB CUALQUIERA: No he podido confiar nunca en nadie. Ahora intento evitar decepciones

HILDY: ¿Cómo?

BOB CUALQUIERA: De la manera obvia

HILDY: ¿Cuál?

BOB CUALQUIERA: No creas en nada ni en nadie. Un gran eslogan para una camiseta

HILDY: Seguro que te las quitarían de las manos.

HILDY: ¿Confías en mí?

BOB CUALQUIERA: Pregúntame más tarde

HILDY: Gracias.

BOB CUALQUIERA: No te pongas sarcástica

HILDY: No es sarcasmo. Da miedo contar ciertas cosas. Me conmueve que me hayas elegido para confesarte.

BOB CUALQUIERA: Yo no te elegí, fue Jeff

HILDY: Otra vez estás usando ese truco de cambiar de opinión en el último segundo. Dices algo agradable y luego me sueltas una impertinencia.

BOB CUALQUIERA: Detesto darte la razón, pero la tienes. Perdón. Es que me da mucha vergüenza

HILDY: ¿Tú? ¿Vergüenza?

HILDY: ¿Te has sonrojado?

BOB CUALQUIERA: Yo no me sonrojo

HILDY: Seguro que sí.

BOB CUALQUIERA: Debería ser lo que nosotros sentimos. ¿Tú te sientes expuesta?

HILDY: Sí. Pero es mi estado natural.

BOB CUALQUIERA: ¿Siempre?

HILDY: Casi siempre.

BOB CUALQUIERA: ¿Pero ahora estás más o menos expuesta que de costumbre?

HILDY: Más. Y está empeorando.

BOB CUALQUIERA: ¿Te has sonrojado?

HILDY: Sí. Obviooo.

BOB CUALQUIERA: Te toca. Otra declaración en plural

HILDY: Ambos nos sentimos expuestos

BOB CUALQUIERA: Eso ya lo he dicho yo

HILDY: No había terminado. Ambos nos sentimos expuestos..., pero nos gusta.

BOB CUALQUIERA: Es verdad

HILDY: ¿Y ahora, te has sonrojado?

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: ¿En serio?

BOB CUALQUIERA: Jamás te lo confesaría

HILDY: Otra vez la actitud de machito.

BOB CUALQUIERA: Creí que te gustaba

HILDY: A veces.

BOB CUALQUIERA: ¿Más o menos de lo normal?

HILDY: Menos.

BOB CUALQUIERA: ¿En serio?

HILDY: Sí. Me gusta que muestres tu lado femenino. Me gusta que me hagas confidencias porque no lo harías con nadie.

HILDY: Huy. ¿Por qué no me contestas? ¿Me he pasado?

BOB CUALQUIERA: No

HILDY: Entonces ¿por qué no me has contestado?

BOB CUALQUIERA: No tenía ganas. ¿Podemos dejarlo ya?

HILDY: No. Nos queda por hacer una declaración. Venga. Te prometo que no haré ningún comentario que impugne tu masculinidad.

BOB CUALQUIERA: Vaya. Nunca me habían impugnado. Te encanta soltar palabras sofisticadas

HILDY: Sí, pero solo cuando es pertinente.

HILDY: Nos hemos desviado de la pregunta. Necesitamos otra declaración en plural.

BOB CUALQUIERA: Yo dije la última

HILDY: No es verdad. Fui yo.

BOB CUALQUIERA: No, fui yo

HILDY: Qué va.

BOB CUALQUIERA: Vale, estamos en este punto del ciberespacio y sentimos que la otra persona está equivocada

HILDY: Ja, ja. Muy listo.

BOB CUALQUIERA: Te toca

HILDY: Estamos en este punto del ciberespacio y nos sentimos sorprendentemente felices.

BOB CUALQUIERA: Ni que lo digas. Sorprendentemente

HILDY: Eso no es malo. Me gustan las sorpresas. No eres nada aburrido.

BOB CUALQUIERA: No me conoces desde hace mucho. La gran sorpresa puede ser lo aburrido que soy

HILDY: Por eso creo que deberíamos dejarlo ahora que se nos presenta la oportunidad.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué?

HILDY: Creo que deberíamos cortar esta conversación.

BOB CUALQUIERA: ¿No quisiste parar cuando yo te lo pedí, y ahora sí?

HILDY: Sí. Tampoco quiero resultar aburrida. Hablamos mañana a la misma hora.

BOB CUALQUIERA: ¿Betty?

BOB CUALQUIERA: ¿Betty?

BOB CUALQUIERA: Aaargh

11

Hildy llegaba tarde a clase de arte dramático. Era la única asignatura en la que siempre procuraba ser puntual —su padre castigaba a quienes llegaban tarde sistemáticamente dándoles papeles de árboles y farolas—, pero se había quedado soñando despierta después de clase de biología y había perdido la noción del tiempo. (El chiste de Bob sobre su patética nota en biología había sido lo que la había llevado por mal camino.)

Entró de puntillas al aula a las 16.06. Arrastraron las sillas y todo el mundo se volvió para ver quién era. Algunos aplaudieron. Duff Shankel alzó la vista de la bufanda que tejía pretenciosamente y dijo:

—¡Anda, si está aquí Hildy! Estábamos a punto de tirar abajo la puerta del cuarto de los decorados.

Era un chiste. Evan y Hildy se habían quedado encerrados sin teléfono en el cuarto del decorado después del estreno de *Grease* el año anterior. No los encontraron hasta tres horas después. A pesar de que Hildy llevaba la camiseta sexi con los hombros al descubierto y a pesar de que dejó sumamente claro que lo deseaba (incluso cantando), Evan rechazó la oferta de darse un revolcón con ella.

Cabrón.

—No te preocupes. Habríamos llamado a la puerta primero —se mofó Sam Armstrong, un chico que Hildy sabía que tenía un historial tan triste como el suyo.

—Sois graciosísimos. De verdad. Un dúo de comediantes con mucho futuro.

Les chocó la mano a ambos y se dio cuenta de que le importaba un pepino lo de Evan. Bob se moriría de la risa si supiera que habían pasado el tiempo jugando a las veinte preguntas.

—¿Existe alguna probabilidad de que tu padre también esté con alguien en el cuarto?

Tardó en comprender lo que Duff quería decir.

Miró a su alrededor. No se oía música para calentar la voz en el radiocasete prehistórico. No había un montón de guiones codificados por colores. Nadie había escrito una cita motivadora en la pizarra.

Su padre no estaba.

—Qué gracia, Duff. —Hildy mantuvo un tono enérgico, pero por dentro se derrumbó.

El profesor jamás llegaba tarde al club de teatro. Se dio cuenta de que los demás se enterarían enseguida de lo que estaba sucediendo. Todo el mundo hablaría de ello. Hildy ni siquiera se podía indignar. Ella también habría cotilleado si se tratara de otra persona.

Se dirigió hacia el fondo de la sala, donde Max y Xiu estaban despatarrados en unos pufs.

—¿Dónde está? —preguntó, empujando a Max hacia un lado para poder sentarse.

Tenía los ojos cerrados y estaba intentando resolver el cubo de Rubik en braille que le había regalado Hildy en Navidad.

—¿Yo qué sé? Soy un mero figurante en la apasionante obra sobre la vida de Gregorenko.

—¿Xiu?

Esta no apartó la vista del móvil.

—Está enfadada contigo —explicó Max mientras le daba vueltas al cubo—. No es culpa mía. Tendrías que haberme avisado de que mantuviera la boca cerrada.

—¿Enfadada? ¿Por qué? —preguntó Hildy.

Pero en ese momento la megafonía chisporroteó y todo el mundo cerró la boca. La señora Walsh, la secretaria del instituto, leyó un mensaje con su voz estridente y de abuela. «Se notifica a los miembros del club de teatro que, debido a circunstancias excepcionales, el señor Sangster no dirigirá el montaje teatral

del semestre de este invierno. Pide disculpas por este aviso tardío. Está buscando un nuevo director. Hasta entonces, se suspende la actividad.»

Todo el mundo se volvió para mirar a Hildy.

—A mí no me miréis —dijo ella; tenía claro cuáles eran las circunstancias y por qué decía que eran excepcionales. Todos empezaron a largarse.

Max abrió los ojos.

—¿Qué crees que significa eso? ¿O mejor no pregunto?

Hildy abrió todos los dedos de la mano y negó con la cabeza. No podía pronunciar las palabras. Max la abrazó.

—¡Como si no tuviera nada mejor que hacer que pasarme la tarde en un aula mohosa con un rebaño de empollones! Sois muy desconsiderados —exclamó Xiu.

Hildy saltó:

—¿Cómo que «sois»? ¿Qué he hecho yo?

—Voy a dejar que os peleéis. Llamadme cuando os den ganas de tiraros de los pelos —dijo Max. Cogió su cubo de Rubik y se fue a charlar con Duff.

Xiu se largó enfadada. Hildy dudó durante un segundo y luego la siguió.

—¿Qué te pasa? Dímelo.

—Nada. —Xiu continuó caminando por el pasillo con sus botas de tacón estrecho.

—Mentirosa.

—Qué va.

—Vaya que sí.

—No estoy mintiendo. «Nada» es lo que tú me dijiste. Tienes una larga conversación con Max sobre Bob y me dejas completamente al margen, como si fuera Iris o algo así. No me sorprende que te dejara de lado.

Xiu era muy cruel cuando se lo proponía. Hildy no podía lidiar con ella en ese momento. La agarró del brazo. Xiu se detuvo, pero siguió mirando hacia delante.

—Vale. Lo siento. No quería herir tus sentimientos ni dejarte al margen. Soy una cobarde. Nada más. No quería que me convencieras de que no quedase con él. Esa es la verdad.

Xiu llevaba un sombrero a lo Jackie Kennedy sin ala de color rosa pálido. Como no respondió, Hildy le dio un golpecito con la punta del dedo.

—¿Quieres saber qué pasó o seguir enfurruñada?

Hildy le dio un golpecito con el dedo en la oreja; Xiu le apartó la mano, se acomodó el sombrero y dijo:

—Me apetece una chokolatina. Puedes venir conmigo a comprarla si quieres.

Hildy se burló a espaldas de Xiu y luego sonrió. Solo una parte del melocotón se había echado a perder. El resto de su vida aún podía ser ligeramente normal.

Se abrigaron y se dirigieron al exterior.

Antes de que Hildy pudiera hablar de Bob, tuvo que oír a Xiu soltar un rollo acerca de Sweet Baby James. Según parecía, SBJ tenía un carácter algo cambiante, pero olía genial y besaba de maravilla. Hildy dejó que Xiu hablara sobre él durante varias manzanas, y luego ella se lanzó a contarle lo de Bob.

—Le gusta hablar.

—¿Qué? —Xiu se detuvo en medio del paso de cebra—. ¿Se le apareció la Virgen o presencié algún milagro desde que os conocisteis, o qué? Creía que era taciturno y poco comunicativo.

—Me parece que el término que usé fue «gruñón» —dijo Hildy entre risas.

—Ah, sí... en el sentido sexi de la palabra. Ya me acuerdo. Pero ahora, de repente, es abierto y generoso y superemotivo.

Hildy se rio otra vez.

—A ver, tampoco tanto, pero sí que habla. O más bien mensajea. De hecho, dijo que echaba de menos hablar con alguien, que ya no tenía oportunidad de hacerlo.

—Está claro que se está reservando hasta conseguir el amor de una buena mujer.

—Eso espero.

—Bueno. —Xiu se encogió de hombros de esa manera tan teatral suya—. Puede que no esté tan mal como me imaginaba. Cuando vi a SBJ por primera vez, jamás imaginé que...

Y otra vez se puso a hablar de él. A Hildy le parecía bien. La cháchara sobre chicos de Xiu la ayudaba a desconectar de sus problemas. Aprovechó el respiro para aclarar algunas cosas.

Iban solo por la pregunta veinticinco. Quedaban once. Y eran sensibleras. Eso había dicho él. Otra palabra que no era propia de Bob. ¿La habría usado en

broma? ¿Un pequeño camuflaje verbal para ocultar su vergüenza? ¿Timidez? ¿Sería reservado en realidad? Eso también la hizo reír, pero bajito, como entre suspiros.

Había pasado toda la noche soñando con preguntas sentimentales y él a su lado planteándoselas con esa boca y esas manos. Habría sido tan fácil decirle que sí...

Pero no.

No, no iba a hacer eso.

No estaba preparada para verlo otra vez. El señor Sangster —su exprofesor de teatro, ni el director, ni su padre, ni el desconocido que ahora vivía en su casa — decía que para muchos actores era mucho más fácil actuar delante de una multitud grande y anónima que comunicarse cara a cara con otro ser humano. Les gustaba la distancia.

A ella le pasaba lo mismo.

Llegaron al quiosco y Xiu decidió que solo quería chicle. Siempre dejaba de comer cuando estaba en la primera etapa de una relación. Hildy se compró una chocolatina. Se sentaron en un banco en la Grand Parade y se pusieron a charlar cada una de lo suyo.

—James también toca la mandolina.

—Bob debe de haber estado muy unido a su madre. La menciona mucho, aunque no da muchos detalles. No sé qué le sucedió... Si se largó ella, o él, o... ¿Se murió? ¿Está en la cárcel? Casi me da miedo preguntarle.

—James estudió un año en la universidad, pero descubrió que su música era más importante que leer acerca de un montón de tíos blancos viejos. Tiene bastantes miras hacia el futuro, a pesar de ser conocido por sus versiones de los himnos clásicos del rock de los setenta.

—Prácticamente se deshizo en elogios. Dijo que era guapa. Un niño de mamá. ¿No es buena señal?

—Me preguntó si cantaba. «¿Yo?», le dije, y él me soltó: «No te sorprendas tanto. Tienes una voz hermosa y ronca». No le quise aclarar que la alergia me estaba jugando una mala pasada.

—Bob dijo que se sentía «expuesto». ¡Expuesto! Pero si parece que no hay nada en este mundo que pueda alterarlo.

Siguieron así hasta que empezaron a sentir frío. Ya era hora de marcharse.

Xiu tenía una cita. Hildy debía terminar el trabajo de inglés, porque, como todo lo demás en su vida, lo había dejado de lado.

Iban caminando por Spring Garden Road cuando el móvil de Hildy emitió un pitido.

Otro mensaje de Bob por Facebook.

BOB CUALQUIERA: Vas a necesitar tiempo para prepararte para la pregunta 26, así que aquí va: «Completa esta frase: “Me gustaría tener a alguien con quien compartir...”». Kong dice que le costó mogollón dar con una respuesta



BOB CUALQUIERA: Por cierto, ¿a qué hora hablamos hoy?

HILDY: ¿A las 7?

BOB CUALQUIERA: Vale

Solo dos horas más.

Hildy dejó a Xiu en la parada del autobús y se fue directa a casa. Tenía que preparar su estrategia. Pensó que estaba lista cuando, a las siete en punto, su portátil pitó.

PREGUNTA 26

BOB CUALQUIERA: Y bien, ¿cuál es tu respuesta? Me gustaría tener a alguien con quien compartir...

HILDY: Me cuesta concentrarme. Estoy alucinando con que tú digas «con quien».

BOB CUALQUIERA: Me gustaría tener a alguien con quien compartir...

HILDY: ¿Unas patatas fritas?

BOB CUALQUIERA: Una respuesta muy mía

HILDY: ¿A que fastidia?

BOB CUALQUIERA: Solo cuando lo haces tú

HILDY: Tengo la sensación de que te reirás de cualquier cosa real que diga.

BOB CUALQUIERA: Y por eso te me adelantas

HILDY: Sip. Un mecanismo de defensa clásico.

BOB CUALQUIERA: Vale. Prometo que no me burlaré

HILDY: Vale, lo tengo. Me gustaría tener a alguien con quien compartir mis respuestas verdaderas.

BOB CUALQUIERA: ¿Otro mecanismo de defensa?

HILDY: No. Es verdad. Eso es lo que me gustaría. Alguien con quien poder ser sincera. ¿Y tú?

BOB CUALQUIERA: Más o menos igual

HILDY: ¿Más o menos igual que qué?

BOB CUALQUIERA: Que tu respuesta. Me gustaría tener a alguien con quien ser

HILDY: ¿Ser qué?

BOB CUALQUIERA: Ser y punto

HILDY: Sí. Eso es lo que quise decir.

BOB CUALQUIERA: ¿Dónde crees que puedo encontrar a alguien así?

HILDY: Ni idea, ¿tú lo sabes?

BOB CUALQUIERA: No

BOB CUALQUIERA:



HILDY: Ya que los dos andamos buscando lo mismo, tal vez deberíamos buscarlo juntos.

BOB CUALQUIERA: ¿No es eso lo que estamos haciendo?

HILDY: Tienes razón. Siguiendo pregunta.

PREGUNTA 27

BOB CUALQUIERA: Vamos, no me jodas

HILDY: ¿Qué?

BOB CUALQUIERA: Pregunta estúpida. «Si fueras a convertirte en amiga íntima de tu pareja, por favor, comenta qué sería importante que supiera.» ¿En serio hay que responder? Ya lo sabes todo de mí

HILDY: ¿Como qué?

BOB CUALQUIERA: Vivo solo. No me gusta hablar del pasado. Prefiero guardarme los sentimientos para mí

HILDY: ¡No sabía nada de eso!

BOB CUALQUIERA: No me has prestado atención

HILDY: Claro que sí. Sé que no vives con tus padres, pero no que vivías solo.

Y me ha parecido que sí que te gusta hablar de tu pasado. Bueno, tal vez no te encanta en plan <3 <3 <3, pero mencionaste que echabas de menos poder charlar de este tipo de cosas. Y creo que te agradó hablar de tu madre. Dijiste cosas preciosas sobre ella.

BOB CUALQUIERA: Contesté la pregunta. No fue divertido

HILDY: En ningún momento he usado la palabra «divertido». Más bien agridulce, ¿no? Hablar sobre temas emocionales intensos a menudo implica alegría y dolor al mismo tiempo.

BOB CUALQUIERA: No sabría decirte. Soy demasiado varonil para darme cuenta de esas cosas tan sentimentales

HILDY: Mentiroso.

BOB CUALQUIERA: Me has insultado

HILDY: Perdón.

BOB CUALQUIERA: Normalmente te desafiaría a un duelo, pero ando con mocos y además creía que te gustaba que fuese varonil

HILDY: Solo a veces. ¿No te lo he explicado ya? A menudo resulta algo irritante.

BOB CUALQUIERA: Cuidado. Sabes que puedo ser un capullo cuando me siento amenazado

HILDY: ¡Otra cosa que no sabía! (Sin embargo, tenía claro que podías ser un cabrón.)

BOB CUALQUIERA: Ja, ja, ja. Me descojono cuando dices tacos

HILDY: LOL

BOB CUALQUIERA: Ja, ja, ja×2

HILDY: Siempre me siento como una degenerada cuando digo tacos, aunque sea en clave. Miro por encima del hombro para asegurarme de que mi madre, mi profesora de parvulitos y/o Dios no me van a pillar.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué harían si te cazasen?

HILDY: No tengo la menor idea.

HILDY: ¿Es triste haber llegado a los 18 y nunca haber merecido que alguien

me regañara?

BOB CUALQUIERA: Eso lo puedo arreglar

HILDY: No eres el primero que se ofrece.

BOB CUALQUIERA: ¿Quién fue? ¿Evan?

HILDY: No te imaginas lo mucho que te equivocas.

BOB CUALQUIERA: Entonces ¿quién?

HILDY: Todos, en algún momento. Todos menos Evan. Max, Xiu, Iris, incluso mi hermano Alec. (Aunque en este caso implicaba que le ayudara a meter o sacar contrabando de casa. Nunca quiso que participara en sus chanchullos.)

BOB CUALQUIERA: ¿Y por qué no lo hiciste?

HILDY: Porque tengo el carné oficial de Niña Buena. Creía que reconocerías el uniforme.

BOB CUALQUIERA: ¿Tú? ¿En serio?

HILDY: Ja, ja, ja. Por cierto, ¿sabes cómo puedo borrar el historial? No quiero que mi madre descubra que he escrito una palabrota...

BOB CUALQUIERA: Lo sé, pero no pienso enseñarte. Ya te va tocando darte una vuelta por el lado salvaje de la vida

HILDY: ¿Decir tacos es el lado salvaje de la vida?

BOB CUALQUIERA: Pasito a pasito

BOB CUALQUIERA: Mientras tanto, ¿por qué no respondes la pregunta?

HILDY: ¿Qué pregunta?

BOB CUALQUIERA: Estoy empezando a sospechar que has usado tus artimañas femeninas para evitarla

HILDY: Se dice artimañas.

BOB CUALQUIERA: Ya estamos. Siempre me acusas de evadir las preguntas, pero tú también lo haces

BOB CUALQUIERA: CLP

BOB CUALQUIERA: Venga, suéltalo de una vez

HILDY: ¡Dame un segundo! Por Dios. He tenido que volver a leer la pregunta.

Y me quedé atascada con lo de «si nos convirtiéramos en amigos íntimos».

BOB CUALQUIERA: Más excusas de mierda

HILDY: No. En serio. ¿Para eso sirve este experimento?

BOB CUALQUIERA: Yo lo estoy haciendo por la pasta. Tú porque te sientes moralmente obligada

HILDY: Ya.

BOB CUALQUIERA: ¿Tienes otra razón?

HILDY: No. ¿Y tú?

BOB CUALQUIERA: No, así que CLP

HILDY: Necesitaría que supieras que odio los perros, que me quemo con facilidad y que si no como cada poco tiempo me vuelvo loca.

BOB CUALQUIERA: ¿Y qué más?

HILDY: ¿Cómo sabes que hay algo más?

BOB CUALQUIERA: Fácil. Por tus actualizaciones de Facebook

HILDY: Todos mis secretos están al descubierto en las redes sociales. Qué corte...

BOB CUALQUIERA: Sip. Me los sé de memoria

HILDY: Entonces ¿para qué preguntas?

BOB CUALQUIERA: No me pagan x investigar. Aunque he disfrutado viéndote pasar por la pubertad. Dios, cuánto tardaste. Por cierto, ¿todavía tienes que llevar esa cosa en la boca?

HILDY: No. Me quitaron el aparato hace un par de años. Según parece, la señal de radio que recibía desde Plutón afectaba a las hormonas de mis compañeras de clase. Empezaron a hacer cosas muy raras, les salió bigote y se besaban en los pasillos.

BOB CUALQUIERA: Una pena. Te quedaba bien

HILDY: Algún día encontraré tu página de Facebook y ya no te parecerá tan divertido.

BOB CUALQUIERA: Buena suerte

HILDY: Volvamos a mi respuesta...

BOB CUALQUIERA: ¿Qué más hay que saber?

HILDY: No soy tan debilucha como crees. En realidad, soy bastante dura.

BOB CUALQUIERA: Nunca he pensado que fueses debilucha. Eres un caballo de Troya. Tienes pinta de inofensiva, pero dentro de ti llevas un ejército entero

HILDY: ¿Cómo sabes la historia del caballo de Troya? ¿También por alguna película?

BOB CUALQUIERA: No. Lo vi en unos dibujos animados y me acordé de ti

HILDY: Ja, ja, ja.

BOB CUALQUIERA: En serio

HILDY: ¿Y qué necesito saber yo de ti? Aparte de lo que ya he averiguado, de que vives solo y de que ¡¡¡te encantan los bebés!!!

BOB CUALQUIERA: ¡Eh! Cuidadito con el tono, que me cabreo

HILDY: ¿No se te ha ocurrido ponerte un poco de colonia de bebé detrás de las orejas? Es el mejor perfume del mundo.

BOB CUALQUIERA: ¿Mejor que el Axe?

HILDY: Y también que el Old Spice y el tío del anuncio que sale en toalla.

BOB CUALQUIERA: ¿Todas las chicas piensan como tú?

HILDY: ¿Por qué no te compras un frasco y lo descubres?

BOB CUALQUIERA: No me hace falta

HILDY: Tienes una autoestima muy sana.

BOB CUALQUIERA: ¿Y eso es malo?

HILDY: ¿Acaso he dicho yo eso?

BOB CUALQUIERA: Me lo ha parecido por el tono

HILDY: ¿El tono de cómo tecleo? No sabía que fueras taaan sensible. «Tienes una autoestima muy saludable» 😊 ¿Mejor así?

BOB CUALQUIERA: Sí

HILDY: Vale. Sé que vives solo, que te gustan los bebés y que tienes una dependencia emocional muy profunda de los emoticonos. ¿Algo más?

BOB CUALQUIERA: Necesito tiempo para mí. Odio las zanahorias hervidas y los pijamas. Me gusta tener mis cosas en su sitio

HILDY: ¿Eso incluye a tus chicas?

BOB CUALQUIERA: Siempre intentas que parezca un cerdo. No, mis chicas no

HILDY: ¿Cómo te gustan las chicas?

BOB CUALQUIERA: Naturales

HILDY: ¿Quieres decir *au naturel*?

BOB CUALQUIERA: ¿Eso es francés?

HILDY: Sí. Significa «desnudas».

BOB CUALQUIERA: ?!?!?!?!?

HILDY: Huy. ¿Me he pasado?

BOB CUALQUIERA: *Mais non!* Me gustan las chicas francesas desnudas

HILDY: ¿Pero eso no es lo que querías decir con «naturales»?

BOB CUALQUIERA: No, aunque ahora que lo pienso...

HILDY: ¿Qué querías decir entonces?

BOB CUALQUIERA: Me gustan las chicas que son ellas mismas. Es decir, naturales, con la ropa puesta. No me molan mucho las falsas

HILDY: ¿Por qué será que esto me hace sentir incómoda?

BOB CUALQUIERA: Porque recuerdas cómo te comportaste en la sala 417

HILDY: Tal vez.

BOB CUALQUIERA: Me molaste más cuando saliste CORRIENDO de la sala 417

HILDY: No lo dudo. No veías la hora de deshacerte de mí.

BOB CUALQUIERA: No fue eso. Por fin actuaste de manera normal

HILDY: ¿Para ti tirarle algo a la cabeza a alguien es normal?

BOB CUALQUIERA: Claro. Por lo menos esa vez. Me lanzaste a *Kong* porque te apeteció, no porque encajara con la estúpida imagen que tienes de ti misma

HILDY: Te equivocas. Te tiré a *Kong* porque no pude contenerme.

BOB CUALQUIERA: Eso es lo que quiero decir. Fuiste natural. Deberías hacer más cosas que no puedas reprimir. No te va a matar y es posible que saque a esa chica de la sala 417 de su miseria

HILDY: ¿De verdad te gustan las personas que te tiran cosas a la cabeza?

BOB CUALQUIERA: ¿Qué quieres que te diga? Los tíos siempre se enamoran de sus madres

HILDY: ¿Te maltrató?

BOB CUALQUIERA: NO. Madre de Dios, qué pija eres. Tirar cosas no es maltrato.

Tienes que madurar

BOB CUALQUIERA: Y, por cierto, quizá de vez en cuando me tiraba cosas, pero por lo menos lo disfrutaba más que tú

HILDY: Lo dices como si fuera algo bueno.

BOB CUALQUIERA: Tenemos que disfrutar de la vida. Solo se vive una vez

HILDY: ¿Tú disfrutas de la vida?

BOB CUALQUIERA: De algunas cosas

HILDY: ¿De cuáles?

BOB CUALQUIERA: De las que te dije. Dibujar, tocar la batería, dormir

HILDY: ¿De las chicas?

BOB CUALQUIERA: Estás obsexionada con mi vida sexual

HILDY: Obsesionada.

BOB CUALQUIERA: Qué bien has esquivado la pregunta. Por favor, ¿podrías dejar de corregir mi ortografía?

HILDY: No, no puedo evitarlo. No te matará.

BOB CUALQUIERA: Ja.

HILDY: ¿De qué cosas no disfrutas?

BOB CUALQUIERA: De demasiadas

HILDY: Dime solo las cinco peores.

BOB CUALQUIERA: Gilipollas, aguanieve, música electrónica, lechuga blandurria

HILDY: Has dicho cuatro

BOB CUALQUIERA: ¿Acaso no sabes contar?

HILDY: «Blandurria» es parte de «lechuga».

BOB CUALQUIERA: Ah, es verdad

HILDY: Continúa.

BOB CUALQUIERA: La gente que dice que va a hacer algo y luego se raja. Esa es la número 1. Lo detesto

HILDY: A nadie le gusta.

BOB CUALQUIERA: ¿Y a mucha gente le entusiasman los gilipollas, la lechuga blandurria y la música electrónica?

HILDY: En parte sí. Me gusta la música electrónica (en dosis razonables), pero no soporto a los gili****as ni la lechuga blandurria.

BOB CUALQUIERA: ¿No querrás decir lechuga blan****ia? Te voy a lavar la boca con jabón

HILDY: ¿Te repugna más o menos que la música electrónica?

BOB CUALQUIERA: Menos, pero por poco. Vale, te toca. ¿De qué cosas de la vida disfrutas?

HILDY: De demasiadas.

BOB CUALQUIERA: No te creo. Dime 5

HILDY: Leer. Escribir. Los cafés con leche. Las pantuflas de piel de oveja, sobre todo cuando se calientan un poco en la chimenea. Que me hagan trenzas en el pelo.

BOB CUALQUIERA: ¿Hay algo que no disfrutes?

HILDY: Lo mismo que tú menos la música electrónica.

BOB CUALQUIERA: ¿Cuántas veces tengo que decirte que no vale copiar? Sé original, anda

HILDY: Las berenjenas. Hacer ejercicio. Depilarme las cejas, aunque prefiero sufrir y depilármelas para evitar que parezca que tengo una oruga enorme caminando por la frente.

BOB CUALQUIERA: En vez de dos más pequeñas

HILDY: Ja, ja.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué más no te gusta?

HILDY: La biología. Tenías razón. No se me dan bien las ciencias, aunque no tiene nada que ver con ser mujer (no quiero que lo conviertas en un chiste de Barbie suspende matemáticas), y claro que sé que los gais pueden ser padres.

BOB CUALQUIERA: Porque te lo enseñé yo

HILDY: Eso da igual, lo que importa es que lo sé.

BOB CUALQUIERA: Venga, una más...

HILDY: Que mis padres se peleen. Lo odio. Voy a acabar esquelética si no

dejan de hacerlo. Aunque no levantan la voz —por supuesto, tienen que proteger su imagen—, solo el rumor de sus discusiones hace que se me cierre la garganta. ¿Conoces la sensación de estar debajo del agua durante un buen rato y sentir un ardor en la garganta? Así es como me siento cada vez que estoy en casa. Como si llevase demasiado tiempo sin respirar.

BOB CUALQUIERA: Mis padres nunca se pelearon #molaserhuérfano

HILDY: ¿Siempre ves el lado positivo de la vida?

BOB CUALQUIERA: Lo intento

HILDY: Mis padres antes se llevaban genial, pero ahora es como si estuvieran bajo los efectos de una droga que los lleva a hacer locuras. Metanfetamina marital o algo así.

BOB CUALQUIERA: Tengo varios consejos de supervivencia para ti

HILDY: ¿Dónde los aprendiste? ¿No acabas de decir que tus padres nunca se peleaban?

BOB CUALQUIERA: Sí, pero mi madre discutía con todo el resto del mundo, así que aprendí algunos trucos. ¿Has intentado taparte la cabeza con la almohada?

HILDY: Sí.

BOB CUALQUIERA: ¿Una ducha larga?

HILDY: Sí. Me reseca la piel.

BOB CUALQUIERA: ¿Salir a correr?

HILDY: No. Te acabo de decir que no me gusta hacer ejercicio.

BOB CUALQUIERA: ¿Lo odias más o menos que oír a tus padres discutir?

HILDY: Más, soy muy perezosa. Termino escuchándolos y sintiéndome culpable por no salir a correr. Tus sugerencias no me están ayudando.

BOB CUALQUIERA: Lo siento, hago lo que puedo

HILDY: No es culpa tuya. Nada me sirve. Incluso si no están discutiendo, los oigo en mi cabeza.

BOB CUALQUIERA: He pasado por eso. Es un ascazo

HILDY: En realidad hay algo que sí que me ayuda.

BOB CUALQUIERA: ¿Qué?

HILDY: No pienso en ellos cuando hablo contigo.

BOB CUALQUIERA: Es como darte un golpe en la cabeza para olvidarte de que te pica

HILDY: Algo así, supongo.

BOB CUALQUIERA: Puedes aporrearte la cabeza conmigo siempre que quieras

HILDY: Eso es lo más raro que me han dicho en la vida.

BOB CUALQUIERA: Espero que lo digas en plan bien

HILDY: Yo espero lo mismo de ti.

BOB CUALQUIERA: Has acertado

HILDY: Ídem.

BOB CUALQUIERA: Nos hemos desviado de la pregunta

HILDY: Nos ha dado por ahí últimamente. Se me ha olvidado de qué iba.

BOB CUALQUIERA: Decía algo sobre la amistad

HILDY: ¿La hemos respondido?

BOB CUALQUIERA: Supongo

HILDY: ¿Ese es tu fallo oficial, señor árbitro?

BOB CUALQUIERA: Que digas «árbitro» es casi tan gracioso como que digas tacos

HILDY: No soy tan pija como crees. Sé lo que es un árbitro.

BOB CUALQUIERA: ¿Interpretaste a uno en un musical del instituto?

HILDY: Ja, ja. Me has pillado, como dices tú. Tengo una pregunta para ti.

BOB CUALQUIERA: Adelante, como dices tú

HILDY: Has usado bien la coma.

BOB CUALQUIERA: ¿Cuál es la pregunta?

HILDY: ¿Quieres que quedemos?

BOB CUALQUIERA: ¿Cuándo?

HILDY: Primero contesta la pregunta.

BOB CUALQUIERA: Sí. ¿Cuándo?

HILDY: ¿Mañana?

BOB CUALQUIERA: Vale. ¿Dónde?

HILDY: No lo sé. En algún sitio donde podamos hablar y comer algo que engorde. (Aspecto positivo de las peleas entre mis padres: he reducido mi ingesta de calorías. Puedo darme un atracón.)

BOB CUALQUIERA: Aspecto positivo de tu abrigo: nadie se entera

HILDY: #poresolocompré.

BOB CUALQUIERA: Hay un sitio que parece acogedor en la esquina de North y Agrícola o Bloomfield o por ahí. Tiene pinta de tener cosas que engordan. A lo mejor hasta sirven el café en tazones

HILDY: ¿Cerca del puente? ¿Con molduras negras y puerta amarilla?

BOB CUALQUIERA: Sí. No sé cómo se llama

HILDY: Yo tampoco, pero podría estar bien. Hace tiempo que tengo ganas de probarlo. ¿A qué hora?

BOB CUALQUIERA: ¿A las 7? Es posible que tenga otro compromiso a las 8.30

HILDY: «Es posible.» Qué misterioso...

BOB CUALQUIERA: Soy un hombre con misterios

HILDY: No me cabe duda. ¿Me das tu número por si acaso llego tarde?

BOB CUALQUIERA: Se me olvidó añadir los retrasos a la lista de cosas que odio, así que no llegues tarde

HILDY: Vale. Lo prometo. Pero solo por si acaso, ¿me das tu número?

BOB CUALQUIERA: ¿Para que puedas darme alguna excusa? «Lo siento, voy con retraso, mi hámster se atragantó con una pasa y luego se murió mi abuela. Llego en un segundo.» Ni hablar

HILDY: Prometo no darte malas excusas. Dime tu número de teléfono para no correr riesgos.

BOB CUALQUIERA: Lo siento, no puedo. No tengo móvil

HILDY: ¿En serio?

BOB CUALQUIERA: Sí

HILDY: ¿Y eso?

BOB CUALQUIERA: No quiero que el gobierno escuche mis conversaciones

HILDY: Estás de guasa.

BOB CUALQUIERA: Sí

HILDY: Entonces ¿cuál es tu número?

BOB CUALQUIERA: Lo del gobierno era broma, no lo de no tener móvil

HILDY: ¿De verdad que no tienes? ¿Por qué?

BOB CUALQUIERA: No quiero que el gobierno...

HILDY: Aaargh. No evites la pregunta.

BOB CUALQUIERA: ¡Debe de ser taaaaaan irritante...! ¿Cómo vas a meter en Troya ese enorme caballo si no te abro las puertas? Te veo en el café sin nombre a las 7

HILDY: Ya sabes que te lo voy a preguntar entonces...

BOB CUALQUIERA: Buena suerte, mientras tanto aquí van tus deberes. Pregunta 28: «Dile a tu pareja lo que te gusta de él. Sé muy sincero y menciona aspectos que no le dirías a alguien a quien acabaras de conocer».

HILDY: Muchas de estas preguntas se parecen.

BOB CUALQUIERA: Esta es diferente. Esta vez tengo que ser muy sincero

HILDY: Te lo estás pasando en grande, ¿eh?

BOB CUALQUIERA: Me encantan los desafíos

HILDY: Y a mí.

BOB CUALQUIERA: Estupendo, pues este es tu primer desafío. No llegues tarde

12

—Señorita Sangster, ¿le importaría decirle a la clase lo que le hace tanta gracia?

—El señor Goora dio un golpecito en el escritorio de Hildy con su libro de texto.

La chica se espabiló sobresaltada. «Maldita sea.» Había debido de hacerlo otra vez. Llevaba todo el día sin poder controlar la expresión de su cara.

—Imagino que no está pensando en polinomios —dijo el profesor.

—¡Casi! —soltó Xiu imitando a la actriz Mae West—. Lo que le ronda por la mente rima con «pol».

Los chicos se pusieron a silbar y a vociferar y a hacer comentarios algo groseros sobre la vida imaginaria de Hildy.

—Ya está bien. Basta —los reprendió el señor Goora, e hizo callar a todo el mundo.

Pero Hildy estaba obsesionada con su chico. Bobsesionada. Se puso a mirar la ecuación para que el señor Goora no volviera a descubrir su sonrisa.

Todavía no había encontrado una respuesta para esa noche.

«Dile a tu pareja lo que te gusta de él; sé totalmente sincera. Menciona aspectos que no le dirías a alguien a quien acabaras de conocer.»

Solo la pregunta la hacía reírse y sonrojarse y sentir mariposas en el estómago. Ni siquiera el hecho de que su padre se hubiera «olvidado» de recoger a Gabe después de natación le iba a arruinar el día. Desconcertarla un poco sí, pero no arruinarle el día.

Sonó el timbre. Hildy recogió sus cosas y se dirigió a la sala de estudios para asistir a la reunión mensual de la Sociedad de Cine Clásico del instituto. Xiu

intentó convencerla para ir a tomar un batido, pero Hildy pensó que no debería faltar. Se había perdido la película del mes anterior, y Duff se enfurruñaba cuando los miembros del grupo no acudían a las proyecciones.

Xiu puso los ojos en blanco.

—¿Para qué te molestas en ir? Lo único que vas a hacer es sentarte en la oscuridad y pensar en Bob.

Hildy no le hizo caso, se despidió y buscó un sitio libre en el fondo de la sala. La película que verían era *Ciudadano Kane*.

Hildy se sentó en la oscuridad y pensó en Bob.

Necesitaba pensar una respuesta. Descartó las cosas obvias: sus brazos, sus ojos, la forma en que miraba hacia abajo y movía ligeramente los labios antes de hablar en serio.

También descartó lo que ya había mencionado: que era artístico, masculino, reticente, gracioso. Quedaría como una vaga. Quería dejar claro que se había esforzado en encontrar una respuesta. Que le importaba. (Pero tampoco demasiado. No en plan «me va la vida en ello». Lo normal, un punto intermedio. Era difícil dar en la diana.)

Se imaginó a Bob. Intentó pensar en algo que decir. De repente, ya estaban pasando los créditos en la pantalla. Seguía sin respuesta.

Miró la hora. Ya eran las cinco y cuarto. Cogió el bolso y salió discretamente antes de que Duff encendiera las luces. Quince minutos hasta su casa. Quince para arreglarse. Cinco hasta la parada de autobús. Unos veinte hasta la cafetería. Tenía un montón de tiempo.

Tiempo para encontrar una respuesta.

De camino a casa, se le ocurrió la idea perfecta. La parte de «total sinceridad» de la pregunta descartaba cualquier otra cosa.

Se rio, se llevó las manos a la boca y miró hacia atrás. Incluso en una calle desierta donde nada se movía salvo un torbellino de copos de nieve de tanto en cuanto, sentía vergüenza.

Estaba entusiasmada y avergonzada. Desenrolló una de las vueltas de la bufanda gris de cachemira que su madre le había regalado por Navidad y dejó que el aire gélido le refrescara la piel.

El resto del trayecto lo hizo prácticamente a la carrera. Se iba a poner su blusa de seda verde mohó con los botones de madreperla que había encontrado

como por arte de magia en una tienda de segunda mano. (Daba la impresión de que tenía cintura, lo cual no era cierto, por muy delgada que estuviera. Su cuerpo tenía forma de polo.) También se le pasó por la cabeza robarle un poco de J'adore a su madre, pero Bob no había dicho que le gustasen los perfumes, aparte del Eau de Bébé, y no sabía si entraría en la categoría de maquillaje. Optó por descartarlo. Los perfumes la hacían estornudar, y además no eran infalibles. Se había bañado en él cuando intentaba impresionar a Evan y no había servido de nada.

¡Ja!

Evan Keefe.

Le dio una patada a un montículo de nieve y lo vio salir tintineando por la calle. Ese enorme SUSPENSO en su expediente amoroso ahora le parecía hasta ridículo.

La nieve en el jardín de su casa había adquirido un tono malva por las sombras de la tarde. El Prius de su madre no estaba, pero el Volvo de su padre se encontraba aparcado en la entrada. Por primera vez en casi dos semanas, eso no la alarmó. Se dio cuenta de que, en todo el día, apenas había pensado en sus padres y sus problemas.

Se limpió las botas en el porche de atrás y entró en la cocina. La casa estaba en silencio y nadie había encendido las luces todavía. Eso le pareció algo raro. Normalmente a esas horas ya estaban preparando la cena. Tampoco importaba. No volvería hasta las nueve.

¿Qué tenía que hacer Bob a las ocho y media?

Mejor dicho: ¿Qué era posible que tuviera que hacer Bob a las ocho y media?

Hildy se quitó las botas, lanzó su abrigo sobre una de las sillas de la cocina y se miró en el espejo que estaba al lado de la puerta. Sus mejillas parecían esponjas brillantes y de color rosa, y tenía pequeños copos de nieve en el pelo. ¿Le daría miedo tener que soportarla mucho tiempo?

Antes de conocer a Sweet Baby James, Xiu había quedado con chicos que había conocido a través de internet y siempre tenía un plan de escape de emergencia.

¿Era un plan de escape? «Jo, Betty, lo siento, me encantaría quedarme, pero me tengo que ir corriendo. Ya nos veremos en otro momento.»

¿Estaba preparando una excusa educada?

Se mordió el labio y dejó escapar una risita. Bob no era educado.

Salió de la cocina. Casi sin darse cuenta había pensado —luces apagadas, coche en la entrada— que su padre había salido a correr, pero entonces pasó por el salón y un ruido la sobresaltó.

Su padre soltó una carcajada. Una carcajada jadeante y triste.

—Papá, qué susto me has dado. ¿Qué estás haciendo?

Estaba apoyado en el acuario con un pequeño colador metálico en la mano. Dentro, un pez daba saltos. El agua se esparcía por el suelo.

—Estoy intentando atrapar a estos putos peces. —Su padre nunca decía palabrotas.

—¿No sería más fácil con las luces encendidas?

Se oyó que buscaba algo a tientas y se encendió una lámpara.

—¿Y por qué estás sacando los peces?

—El tío que lo va a comprar no los quiere.

—¿Comprar qué?

—El acuario.

A Hildy le empezó a arder la garganta.

—¿Vas a vender el acuario? ¿Lo sabe Gabe?

—¿Qué, si lo sabe? ¡Ja!

—¿Qué quieres decir?

Hildy miró a su alrededor como si su hermano pudiera estar allí. Vio la botella de whisky sobre la mesa de centro. Reparó en la expresión de su padre, en su pelo enmarañado, en las latas de comida para peces desperdigadas por el suelo, en los peces.

Había peces vivos retorciéndose en el suelo.

—¿Estás borracho?

La respuesta era obvia, pero no era posible. Su padre no bebía más que un vasito de vino de vez en cuando o unos daiquiris al anochecer en la playa. Hildy jamás lo había visto borracho.

Él no contestó.

—¿Qué pasa?

—Te lo acabo de decir. —Su padre tiró otro pez al suelo y se puso a revolver en el agua para cazar más—. Puse un anuncio para vender este puto acuario y

pienso sacarlo de mi puta vida.

—¡Papá!

—Ay, usted perdone, doña Perfecta.

Hildy recogió los peces de la alfombra con las manos y los devolvió al acuario.

—¡Oye! ¿Por qué coño has...? —Su padre se tambaleaba un poco.

—Papá. ¿Dónde está Gabe?

—¡A mí qué me cuentas! —exclamó con una voz cantarina, como lo habría dicho Max intentando cabrear a Xiu.

—Por favor, papá, no le hagas esto. Se va a enfadar mucho...

—¿Que se va a enfadar? ¡Ja! Ya lo está. Deberías haber visto su cara. —Soltó una risita prolongada con los ojos cerrados—. Y no sabes las cosas que dijo. ¡Lo que me faltaba!

Se puso a revolver en el acuario otra vez. Hildy agarró el colador y lo lanzó al otro extremo del salón. Greg también se rio de eso.

—¿Dónde está? —Hildy agarró a su padre de la camisa y lo sacudió—. ¿Dónde está Gabe?

—¿Quieres saber dónde está Gabe? —dijo apartando las manos de Hildy e intentando recobrar la compostura—. ¿Sabías que escogimos el nombre de Gabriel por un ángel?

—Papá.

—Y no uno cualquiera. Un pez gordo entre los ángeles. El tío que le dijo a María, la pura e «inocente» María, que iba a tener un bebé. El niño Jesús. ¿Te lo puedes creer? —Se inclinó hacia delante con la boca entreabierta.

—No me has contestado.

—Ya lo sé. Me pareció que apreciarías la ironía de la situación.

Se encogió de hombros y se volvió hacia el acuario. Intentó atrapar un pez con la mano y se le escapó.

—Maldito canalla escurridizo.

Hildy tenía ganas de pegarle. Quería gritarle que se callara. Que madurase. Que volviera a ser la persona que ella había creído que era.

—¡Ajá! ¡Claro! —Levantó el dedo en el aire—. ¡Sacaré el agua! Hildy, tráeme un sifón y un cubo. Buena chica.

Hizo círculos en el aire con las manos, como queriendo meterle prisa.

Hildy bajó la vista hacia los zapatos y respiró.

—¿Dónde está Gabe?

—¿Por qué sigues preguntándome lo mismo? —Se dio una palmada en la frente—. Yo no puedo andar preocupándome por un pequeño cabroncete al que se le mete en la cabeza fugarse de casa. ¿Qué crees que es esto? ¿Un albergue juvenil?

Hildy le dio una fuerte bofetada. Él se tambaleó un poco y retrocedió unos pasos, resbaló con un pez, se cayó al suelo y se rio a carcajadas.

Ella se llevó una mano al pecho y la otra a la boca. Le castañeteaban los dientes. Lo miró por un instante, incrédula. Su padre. Revolcándose sobre la alfombra como un adolescente borracho en su fiesta de graduación.

No lo ayudó a levantarse.

Cogió abrigo, teléfono y las llaves del Volvo y se fue a buscar a Gabe.

13

Xiu no le cogió el teléfono. Seguramente estaba con SBJ y no oyó la llamada por encima de los chasquidos, chisporroteos y explosiones de pasión.

Max sí que respondió, pero Hildy supo por el tono de su voz que también estaba con alguien.

—Ven a buscarme —le pidió—. Dame diez minutos y te veo en el Sportsplex, en la puerta sur.

Allí la estaba esperando, sudoroso pero listo, cuando ella llegó seis minutos más tarde.

—Conduce tú. Por favor —le dijo ella.

Max se encogió de hombros como diciendo «como quieras» y se sentó. Conducía fatal. Se encaramaba sobre el volante, con los nudillos blancos, el pie moviéndose entre el acelerador y el freno de manera aleatoria, como si estuviera activando los pedales de un piano para tocar blues, pero era su única opción. En el estado en el que estaba Hildy tampoco lo habría hecho mejor. Además, tenía que hacer algunas llamadas.

Llamó al móvil de Gabe, pero saltó el contestador.

—Hola, Monito, soy yo. —Intentó que no se le notara el pánico en la voz—. ¿Tienes hambre? Max y yo vamos a ir a cenar *linguine* en Il Cantino. Yo invito. Llámame. ¡Besos!

Le envió un mensaje de texto muy parecido, y luego volvió a llamarlo.

—Basta. Tranquilízate. Dale un minuto para responder —dijo Max—. ¿O estás intentado asustarlo? Te llamaré si recibe el mensaje. Lo sabes. El crío no

puede resistirse a la pasta.

—Mamón.

Hildy se llevó las manos a la cabeza. Max no se dio por aludido, ni por él ni por Gabe. Sabía que se refería a su padre.

—Vender el acuario... —dijo él mientras negaba con la cabeza—. Joder, ya tenía que estar cabreado. No crees que se le habrá ido la olla, ¿no? Siempre dije que le pasaría. Dios, cómo me gustaría que la apuesta con Winton siguiera en pie.

Hildy alzó la vista del teléfono y lo fulminó con la mirada.

—Perdón..., perdón... Mal momento.

Ella negó con la cabeza, más en plan «déjalo» que «te perdono». Él continuó:

—Vale, tal vez no se le ha ido, pero vaya comportamiento de diva. ¿Qué estaría pensando? Tu padre no puede vender el acuario sin tener en cuenta a Gabe, y mucho menos tirar sus adorados peces encima de la preciosa alfombra persa de tu madre y pensar que el matrimonio, o más bien la familia, pueda sobrevivir, independientemente de lo hasta el culo que esté de alcohol.

Ya iban por su tercera lenta y penosa vuelta por el barrio. Era probable que la gente los mirase con recelo, pero por lo menos a esa velocidad no había ningún peligro de que Max atropellase a nadie.

—Y por cierto, ¡bombazo! ¿El director Sangster estaba borracho? No es que quiera aumentarte el estrés ni nada parecido, Hildy, pero ¿Gregorenko von Stalin ha perdido el control aposta? ¿El hombre que gobierna todo lo que toca con puño de hierro? Borracho y desaliñado no es su estilo. Yo diría que se trata de una forma desesperada de pedir ayuda.

—Ay, Dios, Max. ¡Claro que me estás aumentando el nivel de estrés! ¿Para qué has venido? ¿Crees que necesito que confirmes todos mis miedos cuando mi familia se está derrumbando y se ha perdido mi hermano pequeño y la temperatura acaba de bajar en picado a bajo cero? Ya no es que sea el momento oportuno o no. Estás demostrando una falta de juicio total y absoluta.

—Ups —dijo, dándose un golpe en la sien—. Ya me callo. Lo prometo. Soy idiota.

Max se inclinó hacia delante y subió la calefacción. Por un breve instante se desvió hacia el otro carril, pero logró enderezar el coche cuando un autobús que

venía a toda pastilla le tocó el claxon.

—Mira. No tienes que preocuparte por Gabe. Entrará en calor cuando lo encontremos. Y lo encontraremos. Tú sigue llamando. Yo seguiré conduciendo.

Estiró la mano y le dio unas palmaditas en la pierna. Ella cogió su mano y se la puso en el volante, y luego intentó llamar al mejor amigo de su hermano, Owen.

No contestó, entonces Hildy llamó a su casa y se enteró de que Owen estaba en clase de taekwondo. La señora Kutchner no sabía dónde estaba Gabe, pero le dio a Hildy los nombres y los números de otros chicos de su grupo de amigos. Ella los llamó. Tampoco sabían nada.

Max los llevó hasta H2Eau. Estaba cerrado. Hildy creyó que las huellas de botas en la nieve cerca de la tienda de peces se parecían a las de Gabe, pero Max descartó esa idea.

—Podrían ser mías. O de aquel sintecho. O de cualquiera de los cientos de hombres con pies grandes que caminan por aquí cada día. Te estás poniendo demasiado nerviosa, Hil.

—Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer?! Papá está borracho y se comporta, como bien dijiste, como un dictador fascista psicópata, torturando animales y arruinando lo que más le gusta a Gabe, y el pobre crío está a la intemperie y con este frío, desconsolado, confundido, desesperanzado...

—Ya basta. Bájate de las nubes. Sí, por supuesto que está borracho. Y llevamos cuatro años juntos en el Instituto Gulag, siempre ha sido un dictador fascista. ¿De qué te sorprendes? Yo no he mencionado que sea un psicópata, así que no me atribuyas palabras que no he dicho. Y Gabe no es un «pobre crío». Tíos mucho mayores tiemblan al verlo venir. Es una bestia. Así que puede que tenga frío, pero dudo mucho que se vaya a morir.

Oír la palabra «morir» fue demasiado. Hildy se echó a llorar. (Había aguantado como una campeona hasta ese momento.)

Max pisó el freno a fondo y se volvió para mirarla.

—Hildergarde. Estás exagerando. No estamos en la película *La invasión de los ladrones de niños*. Gabe es un tío grande y fuerte, y no cabe duda de que está enfadado, quién no lo estaría con un gilipollas como tu padre, pero lo vamos a encontrar sano y salvo.

—¿Encontrarlo? ¿Dónde? Hemos mirado por todas partes.

El coche que tenían detrás aceleró e hizo chirriar los neumáticos. El conductor bajó la velocidad lo justo para hacerle una peineta a Max al adelantarlo. Este saludó como si fuese la reina de Inglaterra y luego retomó el asunto que tenían entre manos.

—No, aún no. Déjame a mí. Voy a canalizar mi niño de doce años interior y vamos a buscar en todos los sitios en los que pueda estar. Confía en mí. No está lejos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

La miró como diciendo «no me ofendas».

—Porque los Sangster os movéis como babosas. Por eso. Babosas grandes y adorables. Solo tenemos que encontrar el rastro de baba de Gabe y seguirlo.

Hildy se rio por primera vez esa noche y se limpió la cara con la manga. Max tenía razón. Sus padres hacían ejercicio —corrían, esquiaban, nadaban—, pero Gabe era casi tan perezoso como Hildy. En Irlanda, Alec había conseguido que le llevaran la cerveza hasta la puerta de su casa.

Max se puso manos a la obra en serio. Miraron en una escuela que tenía un escondrijo detrás de los barracones donde los chicos iban a fumar, en el parque que parecía un faro, en varios McDonald's, en una tienda de donuts superguarra que hacía los mejores buñuelos de sirope de arce del mundo. (La clave, sostenía Max, era el polvito de caca de ratones que les echaban por encima.) Recorrieron todo el mundo de Gabe una y otra vez.

Ninguna señal de él.

De nadie.

Hacía mucho frío.

Mientras tanto, Hildy llamó al hospital. La señora de la centralita le dijo que su madre estaba atendiendo a pacientes y, por lo tanto, supusieron que no estaba con Gabe. Hildy no dejó su nombre ni intentó llamarla al móvil. No servía de nada alarmarla sin motivo. Esto —el acuario, la bebida, la fuga de Gabe— sería la gota que colmara el vaso. Hildy lo sabía y había decidido evitarlo.

Max siguió repitiendo constantemente.

—Está bieeeeeen, Hildy. Probablemente esté en...

Y volvían a iniciar una búsqueda infructuosa. Su optimismo acabó por cansar a Hildy, que finalmente le pidió que se callara. Logró mantener la boca cerrada hasta que el Volvo se puso a pitar insistentemente.

—No me importa llevarte a todas partes, pero todo tiene un límite, no pienso empujar el coche. Vamos a parar para echar gasolina.

Se detuvieron en la primera estación de servicio que vieron y Max acercó el coche todo lo que pudo a los surtidores. Buscó la tarjeta de crédito que el padre de Hildy llevaba en la guantera y se puso a llenar el depósito.

Ella permaneció sentada en el asiento del copiloto, mirado fijamente hacia delante, intentando recordar los apellidos y direcciones de otros amigos de su hermano. No se le ocurría ninguno. Se lo imaginó acurrucado sobre la tapa de una alcantarilla, con frío, mojado, gimoteando, tiritando; un chico que se escapó de casa. Una triste estadística más.

Y entonces lo vio.

Gabe salía de la tienda de la gasolinera con una bolsa tamaño familiar de bolitas de maíz con queso y un granizado enorme. Hildy gritó, abrió la puerta a toda velocidad y salió disparada hacia él. Gabe abrió los ojos como platos y se quedó paralizado. Un gran oso bobo de dibujos animados pillado con las manos en la masa.

Lo rodeó con los brazos y al hacerlo derramó el líquido de color lima fosforescente por todo su abrigo, por su chaqueta y sobre la nieve sucia y gris. Tenía la cara fría. Moqueaba un poco. Olía ligeramente a sudor. (Tenía que decirle que se lavara más a menudo.)

Era mucho más alto que ella. Se le había olvidado. Cuanto más lo buscaban en el mundo real, más y más pequeño se había convertido en su mente.

—¡Oye! ¿Qué cojo...? Para. ¿Quieres dejarme en paz? —le dijo, pero no hizo ningún amago de apartarla de un empujón, aunque podría haberlo hecho si hubiera querido. Hildy sabía que él también estaba feliz de verla.

—Gabe, ¿dónde te has metido? —Le corrían las lágrimas por la cara, y su respiración, cuando por fin pudo recuperar el aliento, parecía un graznido.

—¡Joder! En la biblioteca. ¿A qué viene tanto jaleo? No tengo dos años.

—Eres... Lo que eres es un cabeza hueca. —Max le dio una colleja—. ¡Discúlpate, bestia! Has hecho sufrir a tu hermana.

—Pfff. ¿Y qué no hace sufrir a mi hermana?

—Ahí le has dado. —Max se dio golpecitos con el dedo en la mejilla—. Lo siento, Hildy. Tiene razón.

—Sí. Tranquilízate, ¿vale? No son ni las ocho.

Ahora Hildy se estaba riendo, aunque le seguían corriendo las lágrimas por las mejillas. Los chicos la ignoraron. (Estaban acostumbrados.)

—¿Por qué te escapaste de casa? —preguntó Hildy, y cogió del brazo a Gabe.

—No me escapé. —Retiró el brazo.

—Eso me dijo papá.

—¿Y le haces caso? Me fui, no me escapé. No esperarás que me quede con él, ¿no? ¿Te has enterado de lo que ha hecho? ¡El muy capullo ha vendido el acuario! Ni siquiera me lo consultó. Pim, pam. Adiós. Que te den, Gabe.

Sorbió ruidosamente el resto de su granizado. Hildy se dio cuenta de que era para ocultar un sollozo.

—Creo que te vendría bien otro —dijo Max—. ¿Verde o azul? Saben igual, depende del color que quieres que tenga tu caca mañana por la mañana. Tú eliges.

Gabe levantó el vaso que tenía en la mano. Max asintió con la cabeza y entró en la tienda.

Hildy apoyó la frente en el pecho de su hermano y le dio unos golpecitos. Estaba intentando decirle que lo quería sin ponerse demasiado empalagosa. Sabía que no le apetecía que ella siguiera llorando, pero le costaba mucho parar cuando ya había empezado.

—Papá es gilipollas —dijo Gabe.

—Sí.

—Y no sé por qué. ¿Qué le pasa? ¿De repente ha decidido que odia los peces y su pasatiempo favorito, y a mí o qué? La gente normal no hace eso.

—No te odia —dijo Hildy. Quería creerlo.

—Ya, pero se comporta como si...

Gabe intentó camuflar otro sollozo. Era una agonía para Hildy, que seguía con la cabeza apoyada en su pecho mientras él hacía ruidos desesperados y los dos intentaban fingir que ambos estaban perfectamente.

Por fin volvió Max con tres vasos enormes y una bolsa de plástico grande llena de comida basura para compartir.

—Gregorinko se va a cabrear un poco cuando reciba el extracto de su tarjeta de crédito este mes —se burló mientras se subían al coche—. Gracias a Dios que las tiendas de las gasolineras cobran un ojo de la cara.

—Un poco pasivo agresivo, pero vale —dijo Hildy, y abrió un paquete de almendras con chocolate negro.

Pensó que Max sabía lo que le gustaba. Era un experto en distraerla de sus problemas. Y entonces, pisándole los talones a ese pensamiento, la asaltó otro.

—¡Ay, Dios mío! —chilló—. ¡Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios!

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Gabe con la boca llena, sentado cómodamente en el asiento de atrás del coche calentito y muy aburrido.

Max lo adivinó enseguida.

—¿Bob?

Hildy gimoteó.

—Relájate. Habla.

Se dio palmetazos en la cabeza varias veces.

—Menuda familia de chiflados —dijo Gabe.

—Me olvidé de la cita. ¡Había quedado con él a las siete!

Max puso el motor en marcha.

—¿Dónde?

—Esa cafetería que hay cerca del puente.

Max salió quemando rueda en dirección norte.

—Eh. Ni hablar. ¡Para! —Gabe se agarró a ambos reposacabezas y se metió entre los asientos delanteros—. Si llego tarde, tú te comes el muerto. Lo digo en serio. No pienso perder mi paga por esto.

Hildy le dijo que se pusiera el cinturón y le señaló el camino a la cafetería a Max. Eran las 19.43. ¿Seguiría allí?

—Llámallo —aconsejó Max—. Dile que espere.

Pero Bob no tenía móvil, y ella no sabía el nombre de la cafetería, y la situación era, por supuesto, desesperada, pero no importaba. Hizo que Max hiciera un giro ilegal, le cortara el paso a otro coche y cruzara con los semáforos en amarillo todo el camino.

No le quedaba más remedio. Lo que Bob más detestaba era la gente que lo defraudaba.

14

Max aparcó en la acera delante de la cafetería y Hildy aporreó la puerta. Estaba cerrado. Una camarera, que estaba limpiando una mesa, levantó la vista y negó con la cabeza.

Hildy volvió a llamar a golpes y articuló con los labios: «Por favooooooooor». La camarera respondió: «Lo siento». Hildy aporreó con más fuerza.

La camarera suspiró y abrió la puerta.

—Mira, todas las máquinas están apagadas. Hemos tirado el café. No puedo hacer nada. Está cerrado.

Hildy echó un vistazo a la cafetería. Estaba vacía. Totalmente vacía y sin Bob.

—No quiero café. Había quedado con alguien. ¿Sabría usted decirme adónde fue?

La camarera frunció los labios y se llevó una mano a la cadera. Había tenido un turno muy largo. Se moría de ganas de irse a casa.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pues... —Hildy extendió las manos abiertas, se golpeó el pecho y luego dirigió la mirada hacia la luz que había encima de la puerta.

No tenía ni idea. Bob había ocupado sus pensamientos desde hacía días, se había expuesto ante ella y había desaparecido. No podía pensar en una sola palabra para describirlo.

—¿Alto? —preguntó la camarera, tal vez por vergüenza ajena, o quizá solo para meterle prisa.

Hildy recordó.

—Sobre un metro ochenta y dos..., pelo castaño claro...

—¿Con una pequeña... deformación en la nariz? —La camarera agitó la mano con aire indeciso delante de su cara.

—Sí. Sí. Ese es. ¿Estuvo aquí?

—Sip. ¿Tú eres la novia a la que estuvo esperando?

Hildy asintió con la cabeza. La camarera soltó un silbido.

—Te has metido en un lío.

—¿Adónde ha ido? ¿Lo sabe?

—Ni idea. Puede que la dueña sepa decirte algo. Estuvo hablando con él. — Volvió la cabeza y la llamó—. Colleen, ¿puedes venir un segundo?

Le hizo una seña a Hildy para que pasara y siguió limpiando.

Una mujer de mediana edad con el pelo rizado color borgoña y un piercing en la ceja salió de la cocina limpiándose las manos en el delantal.

—¿Sabes adónde se fue el tío al que dejaron plantado? —La camarera arrugó el mantel de papel marrón que cubría una mesa.

—¿Paul?

—¿Lo conoces? —dijo Hildy.

—Según parece... —dijo la dueña—. Él me reconoció. Me dijo que su madre era Molly, eeeh, Bergman..., no, perdón, Durgan. No sabía quién era hasta que me lo dijo.

—Molly —repitió Hildy. La madre de la que le había hablado. La madre de Bob.

—Sí. Trabajamos juntas en el Uptown Grill hace unos quince años. Paul, yo lo llamaba Paulie. Molly y Paulie. Un niño mono.

—Un hombre mono —dijo la camarera, y agitó la mano como queriendo decir sexi.

—¿No sabrás adónde ha ido? —Hildy sintió un rayo de esperanza—. Está cabreado conmigo. Detesta que llegue tarde. No me coge el teléfono. —Hildy no tenía ni idea de por qué sentía la necesidad de adornar la historia.

—Lo siento. Charlamos un rato, pero luego empezó a llegar gente y tuve que irme. Estuvo sentado allí. —Colleen señaló con la barbilla una mesa al lado de la ventana—. No me dio tiempo a preguntarle por su madre. Cuando volví a salir ya se había ido.

Hildy vio unos papeles arrugados sobre la mesa. Supo lo que eran de inmediato.

—Vaya —dijo Hildy, fingiendo un tono de voz despreocupado—. Debe de haberme dejado esas notas. ¿Te importa si me las llevo?

—Mejor que te las quedes tú que el vertedero. —Colleen sacudió ligeramente la cabeza y sus rizos se mecieron como una planta acuática—. Fue curioso verlo allí sentado dibujando. Igual que cuando era pequeño. Siempre se sentaba a alguna mesa del fondo y se ponía a trabajar en algo, con la lengua hacia un lado de la boca. Esperaba a que su madre terminara de trabajar, o dejara de coquetear, o lo que fuera. —Dejó escapar una risita triste—. Una vida dura para un crío. —Otro movimiento de cabeza—. Molly. Molly Durgan, quién si no.

Colleen y la camarera volvieron al trabajo. Hildy fue a recoger las tarjetas con las preguntas. Fue entonces cuando vio que el mantel de papel marrón estaba lleno de dibujos. Destacaba *Kong* y la mano que a Bob le gustaba tanto dibujar, y Bambi, y un tazón con *cappuccino* con un corazón en la espuma, también varios dibujos de una chica con labios grandes y ojos pequeños, y a veces con un aparato enorme de ortodoncia.

—¿Os importa que me lleve esto también? —dijo Hildy.

Habría suplicado que le dejaran llevárselos si le hubieran dicho que no. Estaba dispuesta a ponerse de rodillas y rogar.

—Todo tuyo —dijo Colleen—. Pero si algún día resultan tener valor, nos repartiremos las ganancias.

Hildy se rio, enrolló el mantel y se dirigió al coche atolondrada y feliz.

Gabe y Max también estaban bastante contentos. Habían subido el volumen de la música y habían decorado el interior del Volvo de Greg con una hilera de bolitas de queso de color naranja intenso y gusanos rojos de gominola. Era como entrar en una cantina mexicana en una noche fría.

15

Hildy sintió que los dioses le sonreían. Dioses en plural. Se habría necesitado más de uno para reparar el lío en el que se había metido. (Tal vez por eso Bob necesitaba chicas en plural, para arreglar los desastres a los que se había referido.)

Le pidió a Max que se pusiera a hacer ruido en la puerta de la casa mientras ella colaba a Gabe por la puerta de atrás. Su hermano era lo suficientemente mayor para entrar solo, y se lo hizo saber a Hildy con un susurro enfadado, pero ella quería ser la cortina de humo. No le apetecía que Gabe viera a su padre borracho ni los peces muertos. Lo distrajo mientras subían la escalera.

Al final la situación no era tan mala como se temía. El alcohol tenía sus virtudes. Greg estaba durmiendo la mona en el mismo sitio donde lo había dejado. El resto de los peces había sobrevivido. El hombre con el que había quedado para comprar el acuario o bien lo había dejado plantado o él no había oído el timbre. Fuera como fuese, el acuario seguía allí.

Por ahora.

Y eso estaba bien.

Max tenía suficiente fuerza y —en este caso por lo menos— fue bastante discreto al subir a Greg a su habitación y meterlo en la cama antes de que llegara la madre de Hildy. Cuando bajó, la chica ya había limpiado el suelo y había devuelto todos los aparatos del acuario a su sitio. Le dio a Max los restos de las botellas de whisky como agradecimiento.

—No hace falta —dijo Max agitando una mano mientras con la otra se metía

las botellas en el bolsillo—. Ha sido divertido aunque también raro. Ha habido una persecución en coche a toda pastilla, un niño perdido, una carrera contra el reloj. Me sentí como Liam Neeson, aunque más joven y más guapo. No había experimentado tanta emoción desde...

—No quiero saberlo —lo cortó Hildy.

—¿El qué? Ni siquiera sabes lo que iba decir.

—¿Me equivoco? —Se despidió de él con un beso y lo echó de casa de un empujón.

Gabe se daría cuenta de que faltaban peces cuando se despertara. Amy iba a oler el alcohol cuando llegase a casa. Era posible que Greg se levantara y retomase su plan, pero eso sería al día siguiente.

A Hildy no le importaba. Por ahora, solo pensaba en Bob. Abrió el portátil y le envió un mensaje. Se lo podía explicar todo. Él lo entendería.

Una notificación. «Bob Cualquiera» no existía.

Vale. Estaba cabreado. Lógico. Tendría que buscarlo de otra forma.

Y se dio cuenta de que sabía cómo encontrarlo.

Ahora sabía quién era.

Podía arreglar el desastre.

16

Hildy creyó que iba a ser fácil. Podría encontrar a Bob.

—Pero ¿quieres? —Xiu todavía estaba algo dormida después de una cita épica con SBJ. La llamada de Hildy la había despertado—. Todavía no estoy segura de que sea el tío adecuado para ti.

Hildy miró por la ventana de su habitación. El coche de su madre no estaba y a su padre se le iba a ir la pinza cuando viera el interior del suyo.

—Sí, quiero, y me da igual lo que pienses.

—Pues vale. Si estás tan colgada, ve a por todas.

Hildy sujetó el teléfono entre el hombro y la oreja para tener las manos libres y poder vestirse.

—Tal vez sea algo lela, pero no entiendo por qué piensas que yo y Bob seríamos un desastre.

—Ahí tienes la respuesta. «Yo y Bob». Solo has pasado un par de horas con él y ya no sabes hablar bien.

Dada su reciente conversación, ese comentario le pareció gracioso.

—Bob y yo. Perdón. Estoy cansada. Y además eso no viene al caso. Sigo sin entender por qué estás tan en contra de nuestra relación. Si ni siquiera lo conoces.

Hildy se puso unas mallas, encima unos vaqueros y también unos calcetines de lana gruesos.

—Lo conozco a través de tus ojos, y lo que me has mostrado es que no tiene absolutamente nada que ver contigo.

—¿Y? Los opuestos se atraen.

—Por supuesto. Pero me da la sensación de que estoy viendo cómo mi querida amiga vegana está a punto de devorar un entrecot enorme y sangriento. Siento la obligación de avisarla de que puede que no le siente bien.

Hildy puso el manos libres para terminar de vestirse.

—¿Conoces a Paul Durgan o no? Para eso te he llamado.

—¿Paul qué? —Xiu carraspeó como si todavía no se hubiera despertado del todo.

—Durgan. D, U, R...

—No, no lo conozco. O por lo menos no me suena a esta hora de la mañana. Tal vez después de que me tome un té...

Xiu intentó redirigir la conversación para seguir hablando de su cita con SBJ, pero Hildy se despidió y colgó. Tenía cosas que hacer.

Empezó por buscar en línea. Encontró a varios chicos con ese nombre, pero a no ser que se hubiera cambiado de manera drástica el pelo, la edad o la raza, no eran el que ella buscaba. Buscó a Molly Durgan, M. Durgan, a Paul o P. Durgan en la guía de teléfonos. Lo más parecido que halló fue un E. M. Durgan que vivía en la calle Oxford. El corazón le latió con fuerza. Lo había encontrado. Lo sabía.

Pensó en llamarle, pero le pareció demasiado fácil. Podría colgarle.

Estaba en su derecho.

Decidió ir hasta allí. Haría un despliegue de todas las cursilerías románticas. Aparecería en su puerta con tres McMuffins de huevo, un café de Dunkin' Donuts, una disculpa sincera, y bromearía con que era la chica que necesitaba para rematar un día perfecto. (Pregunta número 4, por si no entendía la referencia.)

Se terminó de arreglar y se preparó para salir. Echó un vistazo a la habitación de Gabe. Seguía durmiendo. Su padre lo solía llevar al mercado los sábados por la mañana, pero supuso que ya no formaba parte de la rutina.

La puerta de la habitación de sus padres estaba entreabierta. La cama estaba sin hacer. Allí no había nadie, tampoco en la planta baja, menudo alivio. Se abrigó y salió de casa. Se pasó por el centro comercial a comprar lo que necesitaba y luego se puso en marcha hacia el número 2012 de la calle Oxford.

Se llevó una sorpresa cuando llegó: era una casa grande de estilo victoriano,

y un jardín muy bien cuidado, con arbustos protegidos con arpillera; había un Mercedes nuevo en la entrada para coches.

O se había equivocado de casa o Bob le había mentado.

Se quedó mirando la fachada durante unos segundos antes de encogerse de hombros mentalmente y dirigirse hacia el sendero que llevaba a la puerta. Nada la iba a detener a esas alturas. Tocó el timbre. Oyó que alguien apagaba la televisión y luego unos pasos. La puerta se abrió. Una mujer mayor, con el pelo corto y rizado, que llevaba unas gafas colgadas del cuello, y le sonrió.

—¿Sí?

Hildy se disculpó por molestarla y le preguntó si vivía allí Paul Durgan. Se sintió obligada a mentir y le dijo que había perdido su número y que necesitaba hablar con él.

—¿Y le traes el desayuno? —La anciana se rio—. Lo siento, cielo, no conozco a ningún Paul. —Le hizo señas a Hildy para que entrara—. Déjame llamar a mi cuñada, ella es la historiadora de la familia y puede que sepa de quién hablas.

Durante la siguiente hora, Hildy se enteró de que la señora Durgan y su abuela habían sido amigas en la escuela de enfermería y, cuando su cuñada por fin le devolvió la llamada, de que Paul y Molly no pertenecían a esa rama de la familia.

Mientras acompañaba a Hildy hasta la puerta, la señora Durgan dijo:

—¿Cuál es la verdadera razón por la que le has traído el desayuno a ese chico?

Ya que había sido amiga de su abuela, Hildy se lo contó.

La señora Durgan la escuchó con una sonrisa de enfermera, con bondad y empatía, y sin paternalismos.

Cuando ya se lo había contado todo, Hildy hizo una mueca.

—Me siento algo ridícula. Lamento haberla molestado.

—¡Para nada! —La señora Durgan le dio un apretoncito en el brazo—. Tengo ochenta y dos años y soy viuda, cualquier contacto humano es bienvenido. Y, además, es una historia maravillosa. ¿Puedo contarte yo una?

—Por supuesto.

—Cuando era un poco más mayor que tú, salía con un chico que se llamaba Don. Era encantador. Y guapo. Me temblaban las piernas solo con mirarlo. Pero

me trató fatal. Siempre me dejaba plantada o me apartaba o me insultaba. Y acabé por hartarme. Le dije que habíamos terminado. «No te molestes en llamarme», recuerdo haberle dicho, antes de marcharme contoneándome y sintiéndome de maravilla. Al día siguiente, hice las maletas, me subí a un tren y me dispuse a mudarme a otra ciudad para iniciar una nueva vida. Habíamos dejado la estación hacía unos veinte minutos cuando se desató el caos. Sonaban sirenas, los frenos rechinaron, la gente gritaba. A nuestro coche llegó el rumor de que un idiota se había tirado al tren desde el puente por donde pasaba y había gateado por el techo hasta llegar al vagón de cola. Dos minutos después, ¿quién crees que entró corriendo? Don, con el conductor pisándole los talones. El pobre chico apenas alcanzó a ponerse de rodillas para pedirme que me casara con él antes de que se lo llevaran a rastras a pasar una noche en el calabozo.

—¿Y aceptó?

—Sí, pero no antes de dejarle las cosas claras. No tenía ninguna intención de decirle que sí hasta que estuviera bien segura de que él sabía lo que tenía que hacer para que nuestro matrimonio funcionara.

—¿Y lo hizo?

La señora Durgan se rio.

—Bastante bien. Primero tuve que quitarle esa vena arrogante que tenía. Los hombres de esa época no sabían comportarse. Y yo tampoco era perfecta, bien lo sabe Dios, así que tuvimos nuestros altibajos. Pero durante los peores momentos, cuando me hartaba de su cabezonería, pensaba en lo perdidamente enamorado que tenía que haber estado para saltar encima del tren, y eso nos unió durante cuarenta y seis años.

—Entonces, en otras palabras, no estoy loca por comprar esta bolsa de McMuffins y salir a buscar a Paul.

—¡No! Vete a por él. ¿No es eso lo que dicen hoy en día? —La señora Durgan le dio un ligero abrazo para despedirse—. Pero que no se te ocurra saltar encima de un tren en movimiento, por favor. Menuda estupidez. Pero así era mi Don. Nadie es perfecto, todos tenemos nuestros defectillos.

Cuando Hildy regresó a casa, Gabe se había levantado y estaba buscando algo que comer. Sacó su bolsa de McMuffins y se la pasó.

—¿A qué viene esto? —preguntó mientras engullía—. Creía que odiabas el McDonald's.

—Así es, pero no me los estoy comiendo yo.

Hildy se sentó a la mesa de la cocina y se puso a enviar mensajes de texto a sus amigos para averiguar si alguien conocía a Paul Durgan.

—Nunca me habías dejado comerlos.

Hildy se encogió de hombros.

—Tienes queso en el... —iba a decir bigote.

Se dio cuenta de que Gabe tenía una fina línea de vello encima del labio. En vez de pronunciar la palabra, le hizo un gesto con la cabeza.

Él se lo limpió y se lo comió. Ella no dijo nada. Su móvil zumbó un par de veces. Ambos mensajes decían: «Ni idea de quién puede ser».

—Siento haberte chafado los planes, Hildy —se disculpó Gabe.

—¿Qué?

—Con ese tío. La cita. ¿Cómo dices que se llama?

—Tranquilo, no lo has estropeado. —Hildy se levantó para preparar café. Había tirado el del Dunkin' Donuts. No sabía cómo Bob se lo podía beber—. Volverá.

—Claro. ¿Cómo podría resistirse a ti?

Hildy le dio un empujoncito en la cabeza con la mano.

—Qué majo.

—Lo digo en serio —le contestó.

—Ayyy... —suspiró Hildy, y le dio un abrazo—. Gabe, tienes que ducharte. Todos los días.

Él se llevó la camiseta hasta la nariz y la olió. Hizo un gesto de asco. Cogió la mitad del último McMuffin y se dirigió al cuarto de baño.

Entraron otros seis mensajes de texto.

No.

No.

Lo siento.

No te puedo ayudar.

No.

Yo trabajé con un tío que se llamaba Paul Durgan.

Emmeline Mitchell. La chica que tocaba la flauta y escribía poesía. La última

persona que se habría imaginado Hildy que pudiera conocer a Paul.

¿Dónde?

En Walmart. Tuve un trabajo a tiempo parcial allí hace algunos veranos.

¿Será el mismo? El tío que ando buscando toca la batería y tiene un tatuaje en la cara.

Me parece que sí. No sabía que era batería, pero tiene un tatuaje y tocaba en un grupo. Un par de veces me pidió que le cambiara el turno porque tenía concierto.

¿Sabes cómo puedo ponerme en contacto con él?

Tengo su email, pero no estoy segura de si todavía funciona. Pau.Durg@sympatico.net. Dile hola de mi parte. Es un tío muy majo. No tiene nada que ver con la primera impresión que da.

Ya lo sé. ¡Gracias!

El café ya había salido, pero Hildy no estaba segura de si bebérselo o no. Ya le costaba que el corazón no se le saliese del pecho.

Se fue a su habitación y le envió un correo electrónico.

Hola, Paul (¿Te molesta que te llame así?):

Emmeline Mitchell me ha dado tu dirección. Me ha dicho exactamente lo que sospechaba: que eres un tío muy majo. Necesito hablar contigo desesperadamente.

¿Existe alguna posibilidad de que nos veamos? Si quieres, hasta podemos quedar en Dunkin' Donuts. Estaré pendiente del correo toda la tarde. Dime a qué hora te viene bien y allí estaré.

HILDY

Recibió una respuesta casi de inmediato. Breve y al grano.

Vale. ¿Qué tal a las 2? En el Dunkin' Donuts al lado del Walmart de Riverview.

Genial. ¡Nos vemos!

Hildy llegó a las dos menos diez. No quería retrasarse por nada del mundo. Se sentó a una mesa desde donde veía las dos puertas.

A las dos y cinco le empezó a entrar pánico. Un montón de gente entraba y

salía con sus grandes vasos de café y una docena de donuts, pero ninguno era Bob.

A lo mejor no era tan majo. Tal vez se estaba vengando de ella. A ver si le gustaba que la dejaran plantada.

A las dos y cuarto estaba a punto de coger su bolso para marcharse cuando oyó que alguien la llamaba por su nombre. Levantó la vista. Allí estaba, un tío alto y delgado con la cabeza rapada, con dilataciones en las orejas y un tatuaje enorme en la cara.

—Me pareció que serías tú.

Se sentó en la silla a su lado y le sonrió ampliamente.



Se había equivocado. Este Paul Durgan tocaba en un grupo —Decomposing Remains— que tenía un pequeño pero dedicado club de fans. Él creyó que ella debía de ser una admiradora más. Se sentía halagado de que se hubiera puesto en contacto con él.

Hildy estaba demasiado sorprendida como para mentir. Qué narices. Le contó la verdad.

Tal como le había comentado Emmeline, Paul resultó ser un buen tío.

La invitó a un muffin de arándanos y él se comió un buñuelo, y ella le contó toda la historia.

—Que no te dé vergüenza —le dijo cuando ella ya había terminado—. El amor lo es todo.

—¿Qué es todo?

—Esto. —Señaló a su alrededor.

Hildy miró, pero lo único que vio fue a dos hombres mayores sentados solos en mesas distintas y, cerca de la basura, una pareja de góticos de cierta edad que discutían sobre a quién le tocaba comprar el suavizante para la colada.

—El amor —repitió Paul—. Aquí. Allí. Por todas partes. De verdad. Eso es lo único que importa. ¿Ves esto de al lado del esqueleto? —Se inclinó y se señaló la frente—. ¿Puedes leerlo?

Costaba un poco descifrarlo. Tenía casi toda la piel tatuada de color verde oscuro y había un pentágono y un león enfurecido entrelazados con la palabra.

—¿Jocelyn? —adivinó Hildy.

—Jodilyn. Fue mi novia durante seis años. La amaba más que a nadie en el mundo.

—¿Qué pasó?

Se echó para atrás en la silla y se encogió de hombros.

—Lo de siempre. «Intimé» demasiado con una de mis fans. Ella se lio con mi mejor amigo. Fin de la historia.

—Y ahora tienes su nombre tatuado en la frente para el resto de tu vida. Pues no me parece algo bueno.

Él negó con la cabeza y se echó a reír.

—Yo pensé lo mismo, pero entonces conocí a Kit. La chica con la que estoy saliendo ahora. La vi y flipé. Fue como un relámpago. Amor a primera vista. A la mañana siguiente pedí una cita en la tienda de tatuajes. Iba a convertir el nombre de Jodilyn en una serpiente, pero Kit no me dejó. Dijo que le gustaban los hombres apasionados. Es mejor haber amado y perdido que jamás haber querido. Esa es su filosofía. —Se puso la mano sobre el pecho. En cada dedo tenía varios tatuajes y anillos grandes con forma de calavera—. Créeme. El amor es como todo lo demás. Meterás la pata varias veces hasta que logres hacerlo bien. Pero tienes que meter la pata hasta el fondo, si no, no vale la pena.

—Pues eso ya lo he hecho.

—Genial. Ahora te toca volver a cagarla. No te arrepentirás. O puede que sí. Pero no tanto como si no lo intentas.

Charlaron durante más de una hora sobre el amor y sobre la vida, y luego la llevó en coche a su casa. A Greg debió de darle un miniinfarto cuando levantó la vista de la nieve que estaba limpiando en la entrada para coches y vio que un tío grande y calvo lleno de tatuajes se despedía de su hija con un abrazo, pero no tenía ningún derecho a comentarlo.

Al principio Hildy se sintió animada tras su encuentro con este Paul Durgan. Tenía razón. Se arrepentiría si no lo intentaba. Se puso a incordiar a sus examigos y a algunos conocidos al azar para averiguar si alguien sabía algo del otro Paul Durgan, pero no tuvo suerte.

Pasaron varios días. La vida continuó. Su padre andaba avergonzado y poco comunicativo, pero no se volvió a hablar de vender el acuario. Gabe seguía emocionado por haberse saltado el toque de queda y disfrutaba en secreto de su triunfo en su habitación apestosa. Era final de año, así que Amy estaba ocupada con los informes del hospital o, por lo menos, eso les dijo. Todos se habían retirado a sus rincones. Se habían convertido en una familia triste, cada uno cenaba en su habitación delante del portátil, pero por lo menos no se peleaban.

El tema de Bob era distinto. Él sabía cómo encontrarla, pero no lo había hecho.

Estaba cabreado.

La odiaba.

Tal vez ya lo había amado y perdido y ni siquiera había tenido la oportunidad de disfrutarlo.

Cada día que pasaba era un poco peor. La puerta apenas había estado entreabierta, ¿cuánto tardaría en cerrarse del todo? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que él la trancara con llave tras de sí?

Arrancó el póster de Barcelona que llevaba en la pared desde que había ido allí de viaje de estudios y pegó con cinta adhesiva el mantel marrón de la

cafetería. Analizó los dibujos como un egiptólogo que estudia jeroglíficos. La efímera dinastía de Bob y Betty, registrada como una crónica en pictogramas. Creyó que había descifrado los símbolos de felicidad y rabia, e incluso de atracción física, pero no podía descubrir una dirección.

Pensaba en Bob constantemente: cuando intentaba estudiar, cuando se proponía comer, cada vez que veía un anuncio de «se busca gato perdido» pegado a un poste telefónico. Sus pensamientos habían dejado de doler por culpa de la nostalgia a doler porque sí. Sentía el dolor de ambos. Lo había defraudado. Le había hecho daño. No podía dejar de oír las palabras de Colleen: «Una vida dura para un crío». Ella parecía haber sufrido lo suyo, y, sin embargo, la historia de Bob la ponía triste.

Y ahora Hildy lo había decepcionado.

Estaba en la biblioteca intentando no pensar en estas cosas cuando Xiu le envió un mensaje para preguntarle si quería comer con ella. No le apetecía nada ir a la cafetería, pero no cabía duda de que necesitaba comer, y Xiu podría servirle como caja de resonancia o, por lo menos, compartirían una ensalada de remolacha.

Hildy logró mover la cabeza para saludar mientras se abría paso por la multitud que se aglomeraba allí al mediodía y se encontró con que Sweet Baby James se había dejado caer por el instituto y comería con ellas. Resopló para sus adentros cuando los vio acurrucados a una mesa al fondo de la cafetería. No estaba de humor para conocer a nadie. Tenía el pelo grasiento y le estaba saliendo una llaga en el labio. Tenía el careto de un criminal en una foto mal hecha.

Xiu se levantó de un salto y le plantó dos besos.

—James, ¡esta es la fabulosa Hildy Sangster!

Él le dedicó una sonrisa torcida. Hildy no supo si achacarlo a que era tímido o guay o sencillamente un imbécil orgulloso de serlo. Pero era guapo. No cabía duda. Xiu se acurrucó a su lado. Él apoyó la mano en su muslo.

Menuda tortura. Xiu estaba preciosa, radiante. Su felicidad le dolía casi a nivel físico. Sentía como si un masajista le estuviera trabajando un músculo agarrotado con el dedo gordo, actuando como si eso le fuese a aliviar el dolor.

—Hildy canta de maravilla.

«No. Por favor. Ahora no.» Hildy sonrió, bajó la vista y negó con la cabeza.

—Qué va. En serio. Soy aceptable para un musical de instituto y ya.

SBJ hizo un gesto indefinido entre un encogimiento de hombros y una inclinación de cabeza. Los dos estaban muy incómodos.

—No te creas nada, cariño. Es muy musical. Por eso me moría de ganas de que os conocierais. Tenéis mogollón en común. —Xiu le arregló el cuello de la camisa a cuadros arrugada—. Y no hablo solo de vuestro amor por mí.

Una risita disimulada de SBJ. De Hildy ni eso.

—¡Ah, por cierto! —Xiu miró a Hildy entusiasmada—. A lo mejor James sabe algo.

¿De qué? No podía ser nada bueno. No podía ni pensar en mostrar algo que pareciera entusiasmo ante una de las brillantes ocurrencias de Xiu; le entraron ganas de desaparecer.

—¿Conoces a un tal Paul Durgan? —Desde que había empezado a salir con SBJ, la voz de Xiu había adoptado un tono permanentemente ronco. Todo lo que decía parecía obsceno.

—¿Durgan? —SBJ negó con la cabeza.

—Vaya. Pensé que a lo mejor lo conocías. Toca la batería.

—¿No querrás decir Paul Bergin?

Los dos se volvieron para mirar a Hildy.

—Eeeh, tal vez. —Se acordó de que Colleen había dudado un poco al recordar el apellido de Molly.

—Tocó con nosotros un par de veces. Más o menos de mi estatura y con un pequeño tatuaje debajo del ojo.

Hildy se enderezó.

—Sí. Una lágrima.

Él sacó el móvil y buscó unas fotos.

—¿Es este?

Era de un concierto. SBJ estaba al frente, con una guitarra y un micrófono. Bob se encontraba al fondo, tenía la cabeza echada hacia atrás y los palillos en el aire.

—Sí.

Xiu juntó las puntas de los dedos. Hildy intentó no explotar de alegría.

—¿Sabes cómo puedo contactar con él?

—No. Me parece que no tiene teléfono. Era mi amigo George quien se

encargaba de organizarlo todo. —SBJ miró su lista de contactos—. Lo llamaré, a ver si él sabe algo.

Xiu se volvió hacia Hildy y movió los labios para articular: «¡Es taaaaaan mono!» y luego se mordió el labio y entornó los ojos.

Hildy se sentó al borde de la silla, con las manos entrelazadas sobre el regazo; el corazón le latía como un tambor. Como la batería de Bob. A lo mejor lo había encontrado. SBJ soltó un par de respuestas escuetas, dio las gracias y colgó.

—No sabe la dirección, pero dice que es una casa blanca con una puerta lila, la segunda desde la esquina de la calle Young con Cork. Paul vive detrás. Más o menos junto al contenedor. Hay una puerta hacia el sótano. George solía dejarle una nota en el buzón cuando lo necesitábamos. Normalmente aceptaba. Es buen batería. Me sorprende que siga aquí, tenía entendido que se iba a marchar.

—¿Por qué? ¿Adónde?

SBJ se encogió de hombros.

—Solo dijo que quería irse de la ciudad. Me dio la impresión de que no tenía muchos amigos, pensé que no era muy sociable.

Hildy quería preguntarle muchísimas cosas a SBJ sobre Bob. Sobre su madre. Sobre sus amigos. Sobre las chicas en plural. Pero Xiu dijo:

—¿A qué esperas? ¡Corre! ¡Corre!

Hildy cogió el bolso y salió disparada.

—¡Toma buenas decisiones! —le gritó su amiga, y luego volvió a arrimarse al cuello de SBJ.

18

Hildy no conocía esa zona de la ciudad muy bien, pero no le resultó difícil dar con la casa. Era la segunda desde la esquina, tal como había dicho SBJ. La entrada al sótano estaba algo escondida detrás del contenedor que había en la parte de atrás.

Se había lavado el pelo y se había puesto un poco de maquillaje y esos pendientes pequeños que parecían gustarle a Bob, pero sintió un gran alivio cuando llamó a la puerta y nadie contestó.

No se abrió, y se la quedó mirando con una expresión neutra.

Nadie le dijo que se largara.

Nadie se rio de ella.

Le daba la sensación de estar jugando a una especie de ruleta rusa. Había apretado el gatillo y se había dado cuenta de que la vida seguía. Tendría otra oportunidad.

Echó un vistazo por la ventana que había al lado de la puerta. El estudio era pequeñito. Solo estaba encendida la luz de la cocina. Alumbraba una olla solitaria y arrojaba una fina línea azulada sobre el borde de una cama hecha con esmero. El resplandor sobre la mesa, se dio cuenta tras unos segundos, era de una pecera. Por lo menos *Kong* estaba a salvo.

Se apoyó en el contenedor y contempló el jardín de atrás. Estaba oscuro, pero la luz de seguridad del aparcamiento que había al lado lo inundaba. Había una capa de nieve sucia interrumpida por una meada de perro y las pisadas de su dueño. Los restos de una bicicleta todavía estaban encadenados a la valla. El

contenedor debía de apestar en verano.

Aquí vivía Paul Bergin. Intentó no pensar que era triste. (Él odiaba que le dijera eso.)

No quería que la pillara allí. Pensó en cómo llamaba Xiu a SBJ «cariño» y se acurrucaba entre sus brazos.

Sacó el sobre que llevaba en el bolso, escribió «Paul Bergin/Bob Cualquiera» y lo introdujo en el buzón con rapidez, antes de tener tiempo de arrepentirse.

Querido Bob:

La del dibujo, por si no lo pillas, soy yo suplicándote que leas esta carta. (A pesar de mis clases caras, sigo dibujando fatal, pero estoy desesperada.)



Sé que no quieres oír excusas de por qué no me presenté a nuestra cita, así que ni lo voy a intentar. En cambio, voy a contestar algunas de las preguntas que quedan, para intentar ganarme tu confianza de nuevo. (Habías llegado a confiar en mí, ¿no?)

Aquí van.

PREGUNTA 29: Comparte con tu pareja un momento vergonzoso que hayas vivido.

Ay, Dios. Hay tantos entre los que elegir... Pero este te va a gustar. Hace unos días había quedado con un chico en una cafetería en la esquina de North con Agrícola. (Puede que la conozcas, se llama Groundskeeper.) Cuando por fin llegué, ya habían cerrado, y el chico se había ido, pero me inventé un cuento para entrar y di a entender que era su novia. Basándose en esa información, la dueña me dejó llevarme unos papeles que él se había dejado. Puede que para ti eso no sea nada vergonzoso, pero eso es porque tú no eres una buena chica que tiene una cuadrilla mental de figuras autoritarias (su madre, varios profesores, una antigua monitora de las Girl Scouts y todas las deidades mayoritarias). Todos se llevaron una amarga decepción al verme mentir (salvo, cómo no, Eros, pero los dioses griegos son incorregibles...).

Me dio aún más vergüenza ir a la casa de ese chico con el que no pude encontrarme. Acosé a mucha gente para que me dieran cualquier tipo de información sobre él. Me colé en la casa de una anciana. En un Dunkin' Donuts de un centro comercial, compartí detalles «íntimos» de lo que sentía por ese chico con el cantante de treinta y cuatro años de la banda de punk rock Decomposing Remains solo porque se llamaba casi igual que él.

Me preocupaba estar convirtiéndome en el personaje típico de una película de terror: la chica desilusionada que espía sigilosamente al tío que no está interesado en ella. Pero no le di demasiada importancia. No dejé de buscar. Seguí hasta que un conocido mencionó que había tocado con un batería —muy bueno— que se llamaba Paul Bergin y me dio su dirección. Eso me llevó a lo que ahora estoy haciendo con mucha vergüenza. Exponiéndome por completo. Pero tú —el chico en cuestión— ya debes de estar acostumbrado a estas situaciones.

PREGUNTA 30 (DE LAS PEORES, DE LAS QUE TIENEN DOS PARTES): A) ¿Cuándo fue la última vez que lloraste delante de alguien? B) ¿Y a solas?

A) Justo antes del incidente que te acabo de relatar. La razón por la que llegué tarde a mi cita con esta persona tan importante fue que mi hermano menor había desaparecido tras discutir con mi padre. Fuera hacía muchísimo frío y tenía miedo de que se hubiera fugado de casa. Por eso lloré delante de otra persona. (De varias, en

realidad, pero no es raro en mí.)

B) Lloré a solas porque esa noche me dio un ataque de pánico al despertarme con la convicción de que mi hermano seguía desaparecido. Luego recordé que lo habíamos encontrado y que estaba bien, y volví a llorar. (Lloro por las cosas malas y por las buenas, y también, de tanto en cuanto, por las que no son ni lo uno ni lo otro.) Lloré un poco más cuando pensé que no podría protegerlo para siempre.

Al menos no lloré cuando me di cuenta de que no había llegado a la cita. Me dio mucha pena, pero no tanto como lo de mi hermano. Por fin tenía algo de perspectiva sobre mi vida. Y sabes lo mucho que aprecio la perspectiva.

PREGUNTA 31: Dile a tu pareja algo que te guste de él.

Tengo la sensación de que ya ha hemos contestado esta pregunta. (Sensible, divertido, muy guapo, etcétera.) Por eso te voy a decir lo que me encantaría que me gustase de ti: tu capacidad de perdonar. Espero que aceptes que hubo circunstancias atenuantes que me impidieron llegar a la cita. Que comprendas que no soy una persona empeñada en decepcionarte. Y que me des otra oportunidad.

Y ojalá sea así, porque me encantaría saber cómo has respondido a estas preguntas.

Y también para recuperar a Kong, por supuesto.

PREGUNTA 32: ¿Qué es demasiado serio como para bromear con ello, si es que existe algún tema?

Si le preguntaras a Max, diría que nada (o quizá rien, le ha dado por hablar francés). Su irreverencia es una de las muchas razones por las que lo adoro. Si me preguntaras a mí, diría que muchas cosas, y la mayoría no te sorprendería.

- Las relaciones interraciales
- El papel de las mujeres y de las personas con capacidades diferentes en la sociedad
- Las enfermedades mentales
- La financiación gubernamental para los programas de arte en los institutos

- Especies en peligro de extinción (incluso las serpientes, aunque el mundo sería mejor sin ellas)
- La ablación femenina
- La buena gramática
- El derecho a un entorno laboral seguro
- El lío en el que está mi familia
- Cualquier cosa de o sobre Jane Austen, Emily Brönte o Taylor Swift
- El tamaño de mis labios

Te puedes reír todo lo que quieras de mis pretensiones, de mis ideas equivocadas y de mis tristes delirios de convertirme en una Nelson Mandela pequeña, blanca y femenina. De hecho, me encantaría que lo hicieras. Me gusta reírme de mí misma.

PREGUNTA 33: (Si todavía sigues leyendo sería un absoluto milagro y muy impropio de ti. Por lo menos del Bob que yo conozco. O creo conocer.) A) Si te fueras a morir esta noche sin tener la oportunidad de comunicarte con nadie, ¿qué sería lo que más lamentarías no haberte dicho a alguien? B) ¿Por qué no se lo has dicho aún?

A) Yo lamentaría no haber contestado a la pregunta 28. (Seguro que creías que me había olvidado.) Me pasé toda la noche anterior a nuestra cita intentando encontrar una respuesta «muy sincera» que fuese capaz de decirte sin tener que recurrir a las drogas y/o al alcohol. Y la encontré (aunque puede que necesite un poquito de valor extra para soltarla).

B) Porque tengo que decírtelo a la cara. Es la única forma de hacerlo. También tengo que pensar en mí. Porque sinceramente, si tú no quieres verme, probablemente no merezcas saber la respuesta, y en ese caso será mi secreto y me lo llevaré a la tumba.

Y, ahora una pregunta para ti: ¿quieres verme?
Si es así, ya sabes dónde encontrarme.
Un saludo,

BETTY

PD: ¿Es apropiado poner besos y abrazos? Si no es así, por favor, ignóralo.

20

Pasaron los días. Hildy bloqueó su cerebro. Era la única manera de poder asistir a clase, terminar el trabajo que había dejado a medias, dormir un poco, respirar. Max le compró caramelos de chocolate negro con sal marina y la obligó a comérselos. Xiu se sentó en su cama y, con paciencia, le hizo un montón de trenzas pequeñas en el pelo.

—Es un mamón —le dijo—. No mola nada que te haya dejado colgada cuando tú le abriste el corazón y tal. —No pudo resistirse y añadió—: Pero SBJ dice que es un batería excelente y bastante gracioso cuando habla.

Hildy cambió el turno de exposición con otra chica para dejar su presentación de poesía para después de las vacaciones de primavera. Cogía tres autobuses para no tener que pasar cerca de casa de Paul. Hacía todo lo que podía para controlar la ansiedad cada vez que veía un tatuaje, un garabato, un signo de interrogación, un pez. Estaba en modo supervivencia.

Iba al instituto todos los días, pero solo para no estar en casa. Aunque no hubiese nadie, reinaba un ambiente de tristeza, la miseria era un fluorescente en mal estado y esa era la única luz que tenían. Sus padres hablaban como marionetas delante de ella, zumbaban como abejas agitadas cuando estaban a solas. Gabe se había convertido en un adolescente. Taciturno, rabioso, sin siquiera energía para odiar en voz alta.

Ella no se habría tomado la molestia de volver a casa si no fuera por él. Ya nadie le preparaba la comida ni se preocupaba de que hiciese los deberes o practicara el clarinete o se lavase. Ella no podía darle la tabarra con esas cosas

—ya no prestaba atención a los consejos—, pero por lo menos podía alimentarlo. Proporcionarle un indicio de normalidad.

Era lunes. Ya habían pasado seis días desde que había dejado la carta en el buzón de Bob. Y con las esperanzas perdidas. Tres desde que había podido entrar en sus antiguos vaqueros. Estaba en una cafetería bastante lejos del instituto para no encontrarse con nadie conocido y además era de comercio justo, así se aseguraba de que tampoco se toparía con Bob. Delante de ella tenía el portátil abierto. Había escrito tres párrafos de su trabajo sobre *Retorno a Brideshead* y habían pasado cuatro horas. Su café tenía una fina capa de nata arrugada encima. Miró por la ventana. Eran casi las cinco y nevaba con fuerza. El local se estaba quedando vacío. Incluso los adictos a la cafeína estaban recogiendo sus cosas. Se rumoreaba que era posible que los autobuses dejaran de funcionar y nadie quería quedarse tirado en medio de la nada.

Nadie salvo Hildy. A ella no le habría importado.

Pero tenía que pensar en Gabe. Seguro que se comería un par de paquetes de fideos chinos y se quedaría dormido sin quitarse la ropa si ella no regresaba y por lo menos fingía que algo tenía sentido.

Recogió sus cosas y salió a la tormenta. Se le había olvidado ponerse un gorro. Tenía las orejas congeladas. Tras caminar un par de manzanas, tenía la trenza cubierta de nieve y notaba la frente quemada, y llevaba las cejas blancas y espesas como las de un explorador de la Antártida.

Paró en una tienda y compró tres cenas congeladas. Una para ella y dos para Gabe. Las guardó en el bolso. (Ese bolso tan grande ahora contenía todas las miserias del mundo.) Caminó con dificultad hasta casa, entrecerrando los ojos por culpa de la nieve. Cuando llegó, ambos coches estaban en la entrada, así que había gente, pero era poco probable que a alguien se le hubiera ocurrido coger el correo. Así estaban las cosas últimamente.

Su abuela había regalado a Gabe una suscripción a una revista de peces tropicales. Hildy retiró la nieve del buzón y miró a ver si había llegado.

Gabe fingía que pasaba de los peces, de la abuela y de cualquier persona que mostrara interés por él, pero no era cierto, todavía le importaba.

Ni rastro de la revista. Solo había facturas y otros documentos para sus padres, un montón de folletos de publicidad a pesar de la pegatina de «NO SE ADMITE PUBLICIDAD» y una carta.

Para ella.

Hildy reconoció la letra de inmediato. Era bonita y ligeramente cuadrada, como la de los cómics.

No tenía sello.

Debía de haberla metido en el buzón en persona.

Bob había estado allí. Había ido a buscarla.

Salió disparada hacia la parte de atrás de la casa y entró por la puerta.

Su padre estaba sentado a la mesa de la cocina. Su madre estaba de pie, con los brazos cruzados, cerca del organizador de pared. Los dos dijeron hola, pero Hildy apenas les respondió. Soltó precipitadamente la bolsa con la cena sobre la encimera y salió corriendo hacia su habitación sin quitarse las botas.

Dio un portazo. Se quitó el abrigo. Abrió el sobre. Tenía cuatro hojas de papel.

No se necesitan cuatro folios para decir «no te quiero volver a ver jamás».

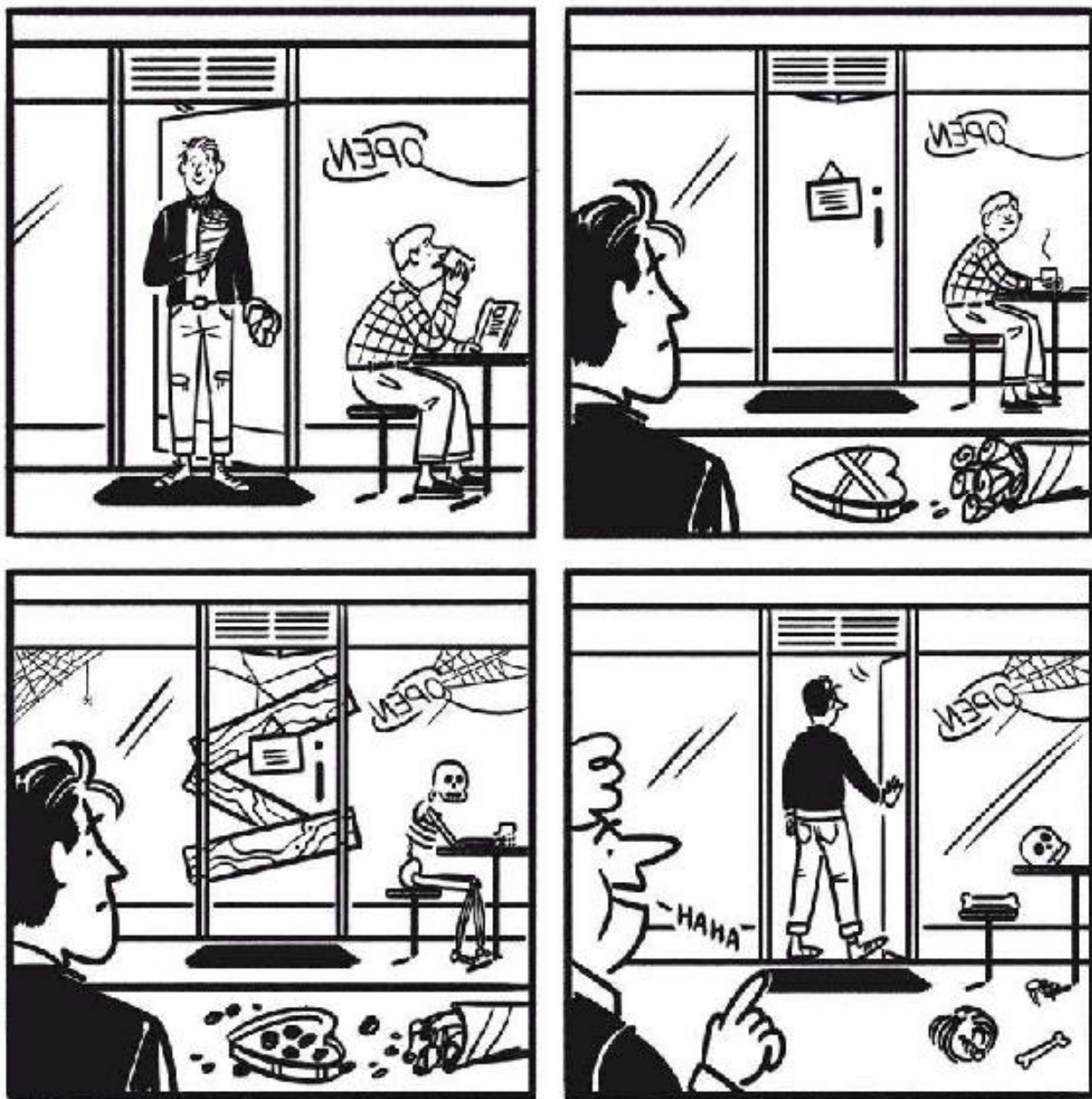
El corazón se le aceleró.

Las cejas se le derretieron.

Tuvo que sentarse para leer.

PREGUNTA 29: Comparte con tu pareja un momento vergonzoso que hayas vivido

¿En serio? ¿Hace falta que me lo preguntes?



PREGUNTA 30: A) ¿Cuándo fue la última vez que lloraste delante de otra persona?

A los seis años. Había perdido a Pookie y los chicos mayores de mi colegio se rieron de mí. Jamás he vuelto a llorar delante de nadie.

(P. D.: Mi vida cambió cuando perdí a Pookie. Me di cuenta de que no puedes fiarte de nadie, ni siquiera de los perritos amarillos con corazones de color rosa y etiquetas que dicen «El mejor amigo de los niños». A partir de ese momento siempre he tenido peluches en plural.)

B) ¿Y a solas?

El día que recibí tu carta. La vi en el suelo de mi apartamento, me agaché para recogerla y me golpeé la cabeza con el borde de la cómoda. Lloré a gritos. Tendrías que haber visto el chichón.

PREGUNTA 31: Dile a tu pareja algo que te guste de ella.

¿Puedo decirte más de una cosa? La respuesta es sí, porque yo soy el árbitro y yo decido.

Cosas que me gustan de Betty.

1. Pasaste vergüenza intentando encontrarme. Te imagino toda fucsia y nerviosa y me siento extrañamente halagado. Incluso más que por lo que decías en tu carta.

2. Lloraste por tu hermano pequeño y supiste que era mejor que hacerlo por mí. Me gustan las chicas inteligentes (y desnudas, y tal vez hasta las chicas francesas, pero tengo que posponer mi opinión hasta que conozca a alguna).

3. Te gusta reírte de ti misma. (A mí también me gustan las chicas que se ríen.)

4. Me estás haciendo esperar para descubrir la respuesta a la pregunta 28. Me pondría nervioso si de repente fueras demasiado amable conmigo.

PREGUNTA 32: ¿Qué es demasiado serio como para bromear con ello, si es que existe algún tema?

El tamaño de tus labios.

Eso es todo.

PREGUNTA 33: Si te fueras a morir esta noche sin tener la oportunidad de comunicarte con nadie, ¿qué sería lo que más lamentarías no haberle dicho a alguien?

Que *Kong* y yo estaremos en la cafetería Groundskeeper a las 7.

(¿Por qué no se lo has dicho aún? Lo acabo de hacer.)

A las siete.

«Ay, Dios.»

A las siete de hoy.

Hildy miró la hora en su teléfono. Se levantó de la cama de un salto.

18.22. Pelo sucio. Ropa sucia. Dientes sin lavar. Respuestas sin ensayar. Ventisca. Treinta y ocho minutos para llegar a la zona norte.

Ni hablar, no le daba tiempo.

Agitó las manos delante de sí. Saltó. Dio varias vueltas por el cuarto. Y luego pensó: «Para. Cálmate».

Buscó el número de la cafetería en Google y lo marcó. Comprobó que no le olían las axilas mientras se oía el tono de llamada. Encontró una blusa más o menos limpia. Se rehizo la trenza mientras seguía sonando. Se dio por vencida.

Era la hora de la cena. Seguramente estaban demasiado ocupados para contestar.

Se lavó la cara en el cuarto de baño, se cepilló los dientes. Se puso un poco de corrector en las ojeras. Se aplicó una capa de rímel. Encontró los pendientes que le gustaban a Bob.

Respiró hondo y se volvió hacia el espejo, convencida de que estaría horrible. Pero sonrió al imaginárselo escribiendo esa carta y sus ojos desaparecieron detrás de sus pestañas y pensó: «Estoy bien. Estoy genial».

«Y feliz.»

Llegaría a tiempo. Por narices.

Se puso el abrigo, cogió el bolso y, entonces, en el último minuto, metió las fichas con las preguntas que le quedaban por contestar. Quizá las necesitarían. Cada vez que habían tenido algún problema —un silencio incómodo, una metedura de pata, un malentendido—, las preguntas habían sido de gran ayuda.

Alguien llamó a su puerta.

Gabe.

Se le había olvidado decirle que le había traído la cena.

No se iba a morir por tener que calentársela en el microondas. Tenía que empezar a cuidar de sí mismo, por lo menos esa noche.

Abrió. Su madre y su padre estaban allí de pie, a varios centímetros de distancia de seguridad. Con una expresión neutra, serios. Humanoides paternos.

—Cielo —dijo su madre, y Hildy supo que iba a contarle algo malo—. Tu padre y yo tenemos que hablar contigo.

Hildy sabía lo que le iban a decir. Los miró. Tenían la cabeza inclinada hacia un lado, los ojos tristes y arrugados.

Bob no tenía móvil.

No podía contactar con la cafetería.

Esta era su última oportunidad.

Ellos habían tenido años. Se lo habían buscado. No era culpa de ella.

—Tengo que irme.

—Es importante. —Su padre puso voz de director.

—Tengo que irme. —Los apartó para pasar.

—¿Adónde? —preguntaron al unísono mientras se volvían y miraban cómo Hildy bajaba las escaleras corriendo.

—Salgo.

—¿Con esta ventisca? —preguntó su madre inclinándose por la barandilla—. ¡¿Vas a salir?!

—Me llevo el Volvo.

—Ni hablar. Con este tiempo imposible. La policía ha aconsejado que no se circule. Greg, por el amor de Dios, di algo.

Y lo hizo, pero Hildy no lo oyó. Ya había salido de casa.

Había decidido coger el coche. ¿Qué le iban a hacer? ¿Arrestarla? Pero justo había pasado la quitanieves y lo había dejado enterrado. No tenía tiempo de sacarlo.

Se puso la bufanda alrededor de la cabeza y el cuello como si fuera una chilaba y salió corriendo hacia la calle Robie. Un taxi. Un autobús. Autostop. Tenía que haber una forma de llegar.

Giró en la esquina y vio el resplandor borroso de un autobús que se desplazaba con dificultad. Corrió a su encuentro, agitando las manos por encima de la cabeza, mientras el bolso le golpeaba la espalda.

El bus pasó de largo. Soltó un taco y salió corriendo detrás. Por suerte, se paró en el cruce y el chófer se asomó por la puerta.

—¡Vamos! Te he visto.

El semáforo se puso en verde, pero él la esperó.

Se subió y le dio las gracias, estaba sin aliento. Las otras dos personas que iban en el autobús aplaudieron y la felicitaron.

—¿Adónde demonios vas en una noche como esta? —le preguntó el conductor mientras Hildy buscaba el dinero para el billete.

—Al cruce de Norte y Agrícola.

Él negó con la cabeza.

—Te has equivocado de autobús, es el número nueve. No sé cuándo pasará.

—¿Hasta dónde llega usted?

—Hasta Chebucto.

—Me bajaré allí e iré caminando.

El chófer chasqueó la lengua y le guiñó un ojo.

—Como Scott en la Antártida. Espíritu aventurero.

Hildy no se sentó. Se sujetó en la barra al lado de la puerta y miró qué hora era. Le quedaban doce minutos. Bob tenía que darle un poco de margen con este tiempo. Era imprescindible.

¿Cómo podía vivir sin móvil?

¿Qué le pasaba?

No se le ocurrió nada.

Estaba muy feliz.

No iba a permitir que sus padres y su orden de ejecución le chafaran el humor.

—Hasta aquí llego, chica. —El conductor negó con la cabeza y le abrió la puerta—. Ten cuidado. Resbala muchísimo.

Ella salió corriendo. Se resbaló. Se puso en pie. Corrió más. Volvió a resbalarse. Tres manzanas hacia el norte, cuatro hacia el este y habría llegado. Se enjugó la nariz con los mitones y siguió avanzando entre la nieve, que le llegaba hasta las rodillas, y entre montículos que le llegaban a la cintura, hasta que consiguió llegar a la acera de enfrente de la cafetería Groundskeeper.

Bob estaba frente a la puerta, debajo de una farola. Parecía que estuviera dentro de un globo de nieve, con copitos brillantes alrededor. Llevaba un gorro que le tapaba hasta las orejas, pero la misma chaqueta que la otra vez que lo había visto. Debía de estar congelado sin bufanda y sin guantes. Tenía los brazos cruzados delante del pecho y las manos metidas debajo de las axilas. No la vio.

—¡Bob! —gritó Hildy.

Él no respondió.

—¡Bob! —repitió agitando los brazos.

Él no levantó la vista.

Estaba en medio de la calle y volvió a gritar su nombre. Esta vez él levantó la cabeza, se volvió hacia ella y le sonrió, aunque fugazmente.

Hildy se abrió paso por el montón de nieve que había dejado la quitanieves en la esquina.

—Bob. Me has esperado.

—Paul —dijo él—. Ahora me puedes llamar Paul. Ya no me puedo esconder.

Sabes dónde vivo.

—Paul. Es verdad. —Se rio, era Paul, claro—. Creí que no llegaría a tiempo. Recibí tu carta hace nada. Hoy me quedé en el instituto hasta más tarde. Tenía que llevarle la cena a Gabe. Paré a comprar. El coche estaba...

—Llevas rímel... —la interrumpió.

—Ah. —Se llevó la mano a la cara y se dio cuenta de lo que quería decir, de la pinta que debía de tener, y se puso a escarbar en el bolso con la esperanza de encontrar un clínex, una servilleta, un trozo de papel.

—Ten. —Sacó un clínex algo húmedo del bolsillo y la limpió.

Ella dio un respingo. La había tocado.

—Relájate —le dijo—. No pasa nada. Ya está.

Ella asintió con la cabeza.

—Está cerrado.

Ella no lo entendió.

—La cafetería. Hay una nota en la puerta. Supongo que por el tiempo.

—Ah. Vale.

—Parece que están cerrando todos los locales. Al menos por esta zona.

Ella debería decir algo, lo sabía, pero no se le ocurría nada. Miró hacia ambos lados de la calle para ganar tiempo hasta que el cerebro se le volviera a poner en marcha.

Era actriz.

El *show* debe continuar y tal.

«Respira hondo.»

—¿Adónde podemos ir? —preguntó ella.

Él se rascó el cuello con los dedos. Los tenía rojos y mojados. Debía de estar congelándose.

—El único sitio que se me ocurre está un pelín lejos, pero el dueño vive encima, así que nunca lo he visto cerrado. ¿Quieres que lo intentemos?

—¿Cómo de lejos?

No es que le importara ni que influyese en su decisión, pero estaba improvisando. Siempre hay que responder, no dejar que muera el diálogo.

—Una media hora con este tiempo.

—Ningún problema. —Se encogió de hombros como si eso fuera pan comido para una chica deportista como ella.

—Vale. Por aquí. —Hizo un movimiento con la cabeza hacia la izquierda. Se pusieron a caminar. Él siguió con las manos metidas debajo de las axilas.

—¿Quieres uno de mis mitones?

—Estoy bien.

—No hace falta que seas tan varonil.

—Creí que te gustaba.

—No en el sentido de «estúpido».

Él se rio.

—Ten. Lo digo en serio. Cógelo. —Le pasó el mitón izquierdo.

—Hala. Piel de oveja. Vosotros los ricos sabéis vivir bien.

—O por lo menos comprar bien. —Se metió la mano descubierta en el bolsillo.

Él volvió a reírse.

—La próxima vez que vayas al centro comercial, deberías comprar rímel resistente al agua.

Ella dejó escapar un gemido.

—¿Tan mal estoy?

—Depende de si te gusta el look heavy.

Hildy se llevó la mano a los ojos. Él se la apartó y volvió a sacar el pañuelo.

—Ya está, ya ha salido todo. ¡Mira! ¡Para!

Ella se dio cuenta de que había visto algo.

Un taxi. Los dos se pusieron a saltar y a agitar los brazos, y luego él la cogió de la mano y los dos corrieron detrás del coche hasta que este redujo la velocidad y derrapó ligeramente junto a la acera a media manzana de distancia.

—¡Sí!

La miró con una sonrisa enorme, como si el logro fuese compartido. Como si hubieran hecho magia. Un taxi en medio de una ventisca había parado solo para ellos.

Se metieron en el coche.

Se estaba calentito y olía a ambientador de pino y a cigarrillos de antaño. El taxista era un hombre mayor con pelo largo y canoso, y llevaba un chaleco de caza de color naranja intenso. Iba escuchando música *country*.

—¿Adónde os llevo?

—A la cafetería Cousin's —dijo Paul, deslizándose en el asiento de atrás.

El taxista asintió y arrancó.

—¿Cousin's? —Hildy miró a Paul riendo—. Me encanta.

—No puedo creer que lo conozcas.

—Creías que me tenías bien calada... Estoy llena de sorpresas.

—Ya, bueno, yo también.

—¿Ah, sí? ¿Cómo cuáles?

—Cierra los ojos y te lo mostraré.

—Disculpad. —A juzgar por su voz, el taxista debía de fumar un par de paquetes diarios—. Creo que deberíais leerlos la lista de reglas para los pasajeros, está pegada detrás de los asientos. Consultadla antes de hacer nada. El número tres en particular.

Hildy y Paul pusieron cara de «nos hemos metido en un lío», y luego leyeron las reglas.

1. PROHIBIDO BEBER O INGERIR SUSTANCIAS ILEGALES.
2. PROHIBIDO DECIR PALABROTAS.
3. PROHIBIDO MOSTRARSE EXCESIVAMENTE CARIÑOSOS.
4. PROHIBIDO EMITIR RUIDOS FUERTES. PUEDEN DISTRAER AL CONDUCTOR.
5. LAS PERSONAS QUE VOMITEN U ORINEN EN EL TAXI TENDRÁN QUE ABANDONAR EL COCHE Y SE LES COBRARÁ 75 \$ ADICIONALES POR LOS GASTOS DE LIMPIEZA.

Gracias por su consideración.

LLOYD MESENER
OPERADOR INDEPENDIENTE.

—¿Queda claro? —Lloyd los miró por el espejo retrovisor.

—Cristalino —dijo Paul—. A no ser que mi amiga tenga otros planes. ¿Qué dices tú, Betty?

Hildy se rio con la esperanza de que él no pudiera verla sonrojarse.

—No. Por mí también está bien.

—Gracias por vuestra cooperación. No habría escrito esas reglas si no hubiera sido necesario. Seguid con lo vuestro.

Hildy miró a Paul.

—¿Y bien, qué sorpresas?

—Ah, sí. Cierra los ojos.

—Me quedo mucho más tranquila sabiendo que no te vas a aprovechar de mí.

—Estoy moralmente obligado a no hacerlo. ¿Estás lista?

Ella asintió. Él rebuscó en su chaqueta y luego le dio algo. Ella gritó. Lloyd carraspeó. Regla número 4. Prohibido emitir ruidos fuertes.

—Lo siento —se disculpó Hildy, y bajó la vista para mirarse la mano.

Paul le había dado una bolsa fría llena de agua. Era *Kong*. Estaba vivo. Nadando. Ella se rio.

—Te ha echado de menos.

—No me cabe duda. —Hildy levantó la bolsa para aprovechar la luz de un coche que pasaba. *Kong* dio un par de vueltas. Sus marcas brillaban como luces de neón—. Se nota que lo has cuidado muy bien.

—Cuidamos el uno del otro. Es un compañero de piso excelente. Me da la razón en todo.

—¿No te encantaría encontrar a una chica así?

—La verdad es que no.

Hildy miró por la ventana. En la radio se oía una canción sobre corazones y sueños rotos. Lloyd la canturreaba. Un poco de nieve derretida le goteó por la frente. Sintió que iba a estallar de emoción.

—Hemos llegado —anunció Lloyd, y aparcó delante de Cousin's. Las luces de la cafetería estaban encendidas y las ventanas estaban empañadas—. Ocho setenta y cinco. En efectivo o con tarjeta.

Hildy sacó la cartera para pagar, pero Paul ya le había dado un billete de diez.

—No. No —le dijo—. Tú necesitas el dinero.

—Tengo trabajo —le comentó, y le hizo un gesto de «venga, vámonos»—. Por eso la otra noche tenía que irme.

—¿El misterio de «tal vez a las ocho y media»?

Paul se despidió de Lloyd con la mano y cerró la puerta tras Hildy.

—Sí, exacto. Resultó ser «seguro a las ocho y media».

—¿Qué tipo de trabajo comienza a las ocho y media?

—El de ilustrador. Me contrataron para que hiciera dibujos en una fiesta.

—¿En serio?

Entraron en la cafetería. Había mucho ruido y olía a salchichas y a ropa mojada. No había cola, pero casi todas las mesas estaban ocupadas. La nieve marrón formaba pozos en el suelo de cuadros.

—Sí. Era una fiesta sofisticada para recaudar fondos para no sé qué. La gente iba muy elegante. Yo me senté e hice bosquejos rápidos de todos los invitados. Un tío los subastó al final de la velada.

—Vaya, así que te ganas la vida dibujando. Eso es lo que querías.

El camarero les indicó una mesa libre al fondo de la cafetería.

—No creo que pueda ganarme la vida con eso, pero me pagan treinta y cinco pavos la hora, y la que me contrató quiere repetir. Este fin de semana hay una convención de cirujanos.

—¡Qué bien! —Hildy resistió las ganas de hacer una broma sobre su nariz. Ese chiste ya estaba muerto. Y, además, a ella le gustaba así.

—No te emociones tanto. Es un comienzo. ¿Sabes lo que quieres?

Miraron el menú que estaba escrito en los manteles de papel. Hildy se dio cuenta de que estaba muerta de hambre.

—Desayuno completo del día. Huevos estrellados, jamón, patatas fritas caseras, pero sin alubias —dijo Hildy.

—¿No quieres alubias? Me habría imaginado que lo que no querías serían las patatas fritas caseras. Sin ánimo de ofender.

Hildy se quitó el mitón, se desenrolló la bufanda y se rio.

—¿Y por qué me iba a ofender? Ni siquiera sabía que existiesen personas que evitaran las patatas fritas caseras.

—Mucha gente no pide lo que quiere y luego se come todo lo tuyo, me saca de quicio.

—Conmigo estás a salvo, pero odiarías a Xiu.

«Tendrá que pasárselo por alto», pensó Hildy. No estarían allí si no hubiera sido por ella.

Se quitaron los abrigos, hasta Hildy.

—¡Hala! —exclamó Paul—. Hay una persona de verdad debajo de eso.

—O algo muy parecido. ¿Qué esperabas?

Él echó la barbilla hacia atrás y se encogió de hombros.

—Nunca sé con lo que vas a salir.

—Ya, y tú eres el señor Predecible al que le encanta el olor de las cabezas de

los bebés y esas cosas.

El camarero se acercó con el pedido de otra mesa en la bandeja.

—Hola, Paul. ¿Qué queréis?

Los dos pidieron lo mismo, solo que Bob sí que quiso las alubias. El camarero asintió con la cabeza y se marchó.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Hildy.

—Vaya, una frase muy trillada para ligar. ¿No se te ocurre nada mejor?

—Ya te tengo conquistado. No necesito otra. Como el camarero te ha llamado por tu nombre he pensado que debía de conocerte.

—Mi madre trabajaba aquí.

—¿Se ha ido?

—Sí. —Apartó la mirada.

Hildy no sabía si lo había ofendido, pero le parecía raro pedirle disculpas.

El letrero de neón de ABIERTO zumbaba en la ventana junto a su mesa.

Le faltaba un trozo de la B.

—He traído las preguntas. —Se esforzó para que su voz pareciera alegre—. Podríamos contestarlas. Solo nos quedan tres.

El volvió a mirarla. No parecía molesto.

—Cinco.

—No, vamos por la treinta y cuatro.

—Ya, pero no hicimos ni la dieciocho ni la veintiocho.

—Por eso eres el árbitro.

El camarero trajo café sin haber preguntado y una bandeja llena de paquetitos de mermelada y de mantequilla de cacahuete.

—La comida estará en un minuto.

Hildy sacó las tarjetas. Se había colado nieve por la cremallera de su bolso y ahora se estaba derritiendo. El papel estaba húmedo y blando.

—¿Cuál hacemos primero? —preguntó—. La dieciocho es... Ay, Dios. Se me había olvidado. «¿Cuál es tu recuerdo más terrible?»

Hildy se acordó de la cocina. Hacía un mes y miles de años a la vez. La mirada de su madre cuando ella señaló el mensaje que había aparecido en su portátil. El silencio después de haberlo mencionado. Su padre que de repente se volvió y se quedó inmóvil. Gabe estaba desconcertado. Totalmente inocente. Un testigo atrapado en un tiroteo.

—¿Tenemos que contestar esa primero? —preguntó.

—Tarde o temprano tendrás que enfrentarte a ella.

—Pero no con el estómago vacío.

—¿Cuál es la número veintiocho?

—«Dile a tu pareja lo que te gusta de él, sé muy sincero, etcétera.»

Él enarcó las cejas y asintió con la cabeza.

—Puede que necesite entrar un poco en calor para contestar esa también.

—La treinta y cuatro es bastante inofensiva. Parece una pregunta de un programa de la tele. «Tu casa se incendia. Después de haber salvado a la gente que quieres y a tus mascotas, tienes tiempo para rescatar un objeto. ¿Qué sería? ¿Por qué?»

Hildy tuvo que retirar las tarjetas a mitad de la pregunta para que el camarero pudiera dejar la comida.

—Venga. Esa.

Paul esperó a que ella diera el primer bocado antes de comer. Tenía muy buenos modales en la mesa. Se puso la servilleta en el regazo y todo. Hildy se acordó de que había crecido en restaurantes. Sabía muy poco de él.

PREGUNTA 34

HILDY: Bueno. Me toca a mí, ¿no? ¿Qué rescataría de un incendio? En realidad solo una cosa: los zapatos italianos que me trajo mi madre cuando fue a una conferencia en Milán el año pasado.

PAUL: Qué graciosa.

HILDY: En serio... Perdón, tengo la boca llena... No, lo digo de verdad. Es lo primero que se me ha ocurrido.

PAUL: Eso es malo. O triste. O quizá ambas cosas.

HILDY: Ya lo sé, pero intento ser sincera.

PAUL: Qué va.

HILDY: Es verdad. Muchas de las cosas por las que arriesgaría mi vida para salvar ya están a salvo. Hemos guardado todas las fotos en la nube. Mamá y papá tienen una caja de seguridad donde han metido las medallas del abuelo y los

papeles de la familia y tal. La pregunta descartaba a los seres queridos y a las mascotas. ¿Qué más me importa? ¿Qué más poseo? ¿Ropa? ¿Mi portátil?

PAUL: ¿Pinzas?

HILDY: Nunca te olvidas de nada.

PAUL: Por eso es importante que me des una buena respuesta. Se quedará en mi memoria para siempre. ¿En serio? ¿Eso es lo que rescatarías?

HILDY: Me estás metiendo demasiada presión.

HILDY: Mmm.

PAUL: No puede ser peor que en tu última respuesta, así que venga, suéltalo.

HILDY: Vale. El diario de cuando era niña. Todas mis amigas lo tenían. Cubierta acolchada de vinilo rosa con un candado pequeño. Ya sabes cómo eran.

PAUL: ¿Tenías que cerrarlo con un candado? Dios. ¿Qué cosas asquerosas te traías entre manos a los seis años?

HILDY: Nada. Estoy segura de que es aburridísimo, entradas acerca de «Mi pequeño poni» y lo que hacía en los recreos, ese tipo de cosas, pero detestaría perderlo. Es..., no lo sé, un registro de algo que ya no existe.

PAUL: Ya, bueno, todo el mundo crece.

HILDY: No, no se trata solo de la infancia. Me refiero a, no sé, la felicidad. Mi familia entonces era feliz. Recuerdo a mis padres decir lo «bendecidos» que se sentían por tener una familia tan perfecta. Las tonterías que escribía en mi diario me hacen pensar en la felicidad... ¿Y tú?

PAUL: ¿Yo?

HILDY: ¿Qué rescatarías? No me lo digas. Tus dibujos.

PAUL: Sería lo primero que lanzaría al fuego.

HILDY: ¿En serio? ¿Por qué?

PAUL: Tengo para dar y regalar. Puedo hacer más cuando quiera.

HILDY: Dependerá de si te apetece o no. Nunca había visto a nadie dibujar con yema de huevo. ¿Es el taxi de Lloyd?

PAUL: Sí. Perdón. Es como un tic.

HILDY: O una manera de evadir la pregunta.

PAUL: Sí. Eso también.

HILDY: ¿Y bien? ¿Qué rescatarías?

PAUL: Un vídeo.

HILDY: ¿Un vídeo?

PAUL: Sí. Tengo una cinta de cuando mis padres se conocieron.

HILDY: ¿En serio? Vaya. Y ¿de dónde salió?

PAUL: Lo recibí por correo hace un par de meses, de una señora que había sido amiga de mi madre antes de que yo naciera. Me localizó no sé cómo. Creyó que me gustaría tenerlo.

HILDY: Increíble. ¿Y cómo es?

PAUL: La imagen tiene bastante mala calidad. Ya sabes cómo era la tecnología entonces. Tuve que pasarlo a un DVD para poder verlo. La señora dijo que lo había grabado en La Madriguera del Pirata, un bar cutre que estaba cerca de la costa. Era la noche de micro abierto, mi madre se subió a cantar y ella la grabó.

HILDY: No me habías dicho que tu madre era cantante.

PAUL: No lo era. Deberías oírla. Tenía la peor voz del mundo, pero lo compensaba con su entusiasmo. Cantó «Proud Mary». ¿La conoces?

HILDY: Por supuesto.

PAUL: El maestro de ceremonias la presenta y ella se levanta y se pone a bailar y a cantar a pleno pulmón como si fuera Tina Turner. Es probable que hubiera bebido un poco, pero se la ve divertida y muy guapa, y, entonces, un tío salta al escenario y se le une, y todo el bar enloquece. El tío sabe cantar. Los dos juntos suenan bastante bien. Y entonces la canción se termina, ellos se besan y el maestro de ceremonias vuelve a coger el micrófono y dice «¡Molly Bergin! ¡Y una actuación sorpresa de Steve Hardiman de los Deep Blue!», y luego el vídeo tiembla un poco porque la señora posa la cámara en la mesa y se ve a mi madre regresar, bueno, la parte de abajo nada más, y también a Steve. Luego se oye «Menuda actuación» y mi madre le presenta a Steve a Caroline (su amiga), pero ella lo llama Scott. Él la corrige y ella se ríe y le dice «Tienes cara de Scott» y le pregunta de dónde es. Luego se oye que Caroline dice «Ups» porque se acaba de dar cuenta de que la cámara seguía

grabando y la apaga. Así acaba el vídeo.

HILDY: Steve es tu padre.

PAUL: Sip.

HILDY: Supongo que no se casaron.

PAUL: Ni siquiera llegaron a vivir juntos.

HILDY: ¿Lo conociste?

PAUL: No que yo me acuerde.

HILDY: ¿Sabías quién era?

PAUL: Eso sí. Sabía su nombre y que era músico y un mamón. Un mamón casado.

HILDY: ¿Tu madre te lo contó?

PAUL: Muchas veces. Cada vez que yo preguntaba por él. Tenía un cartel de uno de sus conciertos. Cuando era pequeño, lo sacaba de debajo de su cama y me quedaba mirándolo. Salía con el pelo engominado, gafas de sol y yo pensaba: «¡Mi padre es una estrella del rock!». Me moría por conocerlo, pero mi madre siempre me decía que andaba de gira.

HILDY: ¿Ella no quería que lo conocieras?

PAUL: No. Pero también es probable que fuese verdad que estaba de gira. La única manera de ganarse la vida era dar conciertos. Estaba en un grupo de mierda. Eso lo descubrí más tarde.

HILDY: ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

PAUL: ¡Ja! Buena pregunta. Yo creía que había sido una gran historia de amor que había terminado mal, pero luego recibí el vídeo. Lo vi como cinco veces y luego miré la fecha y eché cuentas. Mi conclusión es que se conocieron una noche. Tal vez dos o tres. Nueve meses después llegué yo. La nota de Caroline decía: «La Molly de siempre, qué suerte tenía. Se pone a cantar en un karaoke y justo esa noche hay un cantante profesional». Así que ni siquiera era de allí. Según parece ganaron trescientos dólares por haber hecho la mejor actuación y se lo gastaron en coñac.

HILDY: ¿Alguna vez has pensando en buscarlo?

PAUL: Claro. Me vio cuando era un bebé, así que sabe que existo. En cuanto tuve la edad suficiente para escribir su nombre, lo busqué en Google. La banda Deep Blue tiene dos líneas en la Wikipedia. Probablemente podría

encontrarlo si quisiera. Es posible que lo haga, pero ahora no tengo ganas.
Para mí no es más que un donante de esperma. No tiene importancia.

HILDY: Y, sin embargo, eso es lo que rescatarías. El vídeo.

PAUL: Sip. No tengo zapatos italianos.

PREGUNTA 35

HILDY: La siguiente es horrible.

PAUL: Dale.

HILDY: Aquí va: «¿La muerte de qué miembro de tu familia sería la que te afectaría más? ¿Por qué?».

HILDY: No tenemos que contestarla si no queremos.

PAUL: Hemos llegado hasta aquí. Ahora no podemos dejarlo.

HILDY: ¿Quieres que conteste yo primero?

PAUL: Por favor.

HILDY: Para mí es fácil. La de Gabe. Mis padres no son perfectos, pero quedaría destrozada si les pasara algo. O a Alec, aunque no tenemos mucho en común y él me ignora bastante. Mamá siempre dice que las relaciones evolucionan y que nos querremos cuando seamos mayores, y probablemente sea verdad, pero Gabe... es Gabe. Solo le llevo seis años, pero ¡fue mi bebé! Mi muñeco. Me he pasado toda la vida cuidando de él. Si algo le pasara, me moriría... Por eso no llegué a la cita. Había desaparecido y yo estaba superpreocupada por

él. Es ridículo, por supuesto. Gabe es grande y fuerte. Mucho más que yo. Pero imagino que eso es lo que sienten las madres. Jamás dejas de preocuparte. Todavía lo llevaría en brazos si pudiera.

PAUL: Qué tierno.

HILDY: Y neurótico.

PAUL: Ya. Un poco.

HILDY: No tenías que darme la razón.

PAUL: Perdón.

HILDY: Ahora tú.

PAUL: ¿Sí?

HILDY: Contesta la pregunta.

HILDY: Bueno, si quieres.

PAUL: ¿La muerte de quién me afectaría más? También es fácil. La de nadie.

HILDY: ¿La de nadie?

PAUL: Sí. Porque ya no me queda nadie.

HILDY: Ah.

PAUL: Quiero contestar la dieciocho.

PREGUNTA 18

HILDY: Vale. Por supuesto. Déjame encontrarla.

PAUL: No hace falta. Es «¿Cuál es tu recuerdo más horrible?».

HILDY: Ah.

PAUL: Mi peor recuerdo es del 3 de julio de hace dos años. Puedo ser más específico si quieres.

HILDY: Si te apetece...

PAUL: A las 21.36.

HILDY: ¿Seguro que quieres hacerlo?

PAUL: Ya es tarde. Ahora lo tengo que soltar.

HILDY: No hace falta.

PAUL: Sí. Tengo que hacerlo.

PAUL: Vale.

PAUL: Bien.

PAUL: Pues eso.

PAUL: Estaba con mi madre. Íbamos en coche de vuelta del campo. Habíamos ido a ver una batería que se vendía de segunda mano. Lo peor es que no la compramos. Llovía a mares y no fuimos más que a ver un montón de mierda. En el camino de regreso empezamos a pelear a gritos. Mamá me dijo que había conocido a un tío en internet que «era el hombre de su vida», así que nos íbamos a mudar otra vez. Yo estaba a punto de terminar el instituto. Tenía un profesor de arte buenísimo y tocaba en un grupo. Yo me negué, y

ella dijo que no era decisión mía y que era un egoísta y un crío. Que yo no sabía nada, y que esa era su oportunidad para ser feliz. Estaba despotricando cuando cogió una curva. A demasiada velocidad. Bajo la lluvia. Iba mirándome a mí y no la carretera. Dimos una vuelta de campana, chocamos contra un poste telefónico y volvimos a volcar. Cuando desperté había sangre por todas partes y mi madre susurraba mi nombre. Ya había llamado al número de emergencias. Me sangraba la nariz muchísimo y a ella la cara, pero repetía una y otra vez: «Estoy bien, estoy bien. Las heridas en la cabeza sangran mucho. Solo tengo frío». Eso es lo que me perturba. Debería haberme dado cuenta de que la situación era mucho más grave de lo que ella decía. No hacía frío. Llovía y tal, pero era julio. Quería ir a buscar a alguien, pero me dijo con voz alegre: «No. Quédate conmigo. Pronto llegará una ambulancia». Luego me pidió: «¿Por qué no me cantas algo». Era ridículo. Nunca le cantaba. Ni a ella ni a nadie, pero ¿qué podía hacer? La única canción que se me ocurrió fue «My Bonnie lies over the ocean». Ella me dijo: «Siempre me ha encantado esa canción», mentira cochina, pero ella cantó «Bring back, bring back, my Bonnie to me». Luego dijo «Estoy cansada. Supongo que de las emociones fuertes que hemos vivido», como si se tratara de una broma. Y yo le dije «Ya llegan, mamá. Te vas a poner bien». Y ella me contestó: «Claro que sí. Tú sé bueno». Y yo le prometí que así sería, como si fuera un niño pequeño. Pero ella se rio y me dijo: «No, Paulie. Y una mierda. Dales caña. Sé valiente y machácalos». Eso me hizo reír, ella me puso la mano en la pierna, con los dedos hacia arriba, y yo me quedé contemplándolos porque tenía demasiado miedo de mirarla a la cara, y de repente vi cómo se iba. Alcé la mirada, tenía los ojos medio cerrados y la boca entreabierta y supe que había muerto. Salí del coche de un salto y agité los brazos y grité. Podía oír la sirena y ver las luces. Tardaron doce minutos en llegar. Eso es lo que le sucedió a mi madre. Y a mi nariz.

HILDY: Lo...

PAUL: No tienes que decir nada.

HILDY: Lo siento mucho.

PAUL: Tranquila.

HILDY: La mano. Por eso dibujas una mano.

PAUL: Sí. Creí que si seguía dibujándola, no me seguiría torturando. Como la terapia para tratar las fobias. Meten a una persona en una habitación llena de arañas hasta que deja de tenerles miedo. Eso es lo que intentaba hacer.

HILDY: ¿Funciona?

PAUL: Tal vez con arañas, pero a mí no.

PAUL: No, eso no es verdad. Ya no me pone los pelos de punta. Dibujo su mano viva, no la muerta. Me hace sentir como si siguiera aquí. Algo parecido me pasó con su ropa. La olía y casi podía fingir que ella solo había salido un rato y que dentro de nada volvería a casa. Pero tuve que mudarme con mi tío Hugh, que acababa de divorciarse y estaba viviendo en un triste apartamentito de una habitación donde no había sitio para nada, así que regalé todas sus cosas. Yo tampoco quería parecer un tío raro que anduviera oliendo la ropa de su madre. Pero ahora me arrepiento un poco de no tener nada de ella, salvo lo que dibujo.

HILDY: ¿Todavía tienes relación con tu tío?

PAUL: No mucho. Es buen tío y tal, pero está más chiflado que yo. Y tiene menos dinero que yo. Te puedes echar unas risas con él, pero no es la persona más responsable del mundo. Un poco como mamá. Debe de ser hereditario.

HILDY: Las familias... Estoy empezando a creer que todas son complicadas.

PAUL: Tu madre firmó el certificado de defunción.

HILDY: ¿Mi madre? ¿La atendió ella?

PAUL: Sí. Yo también me sorprendí cuando lo descubrí por el nombre. Y los ojos, supongo. Es una mujer agradable. Es como tú. También quería arreglarme la nariz, pero no me dejé.

PAUL: Era broma.

HILDY: Lo siento. Lamento mucho que no haya podido hacer...

PAUL: Ya era tarde. Murió mucho antes de que llegáramos al hospital. Se dio la casualidad de que tu madre era la persona responsable de firmar el certificado. Una coincidencia. No fue culpa de nadie.

PAUL: Tampoco mía.

HILDY: ¿Creías que lo era?

HILDY: Es por eso...

HILDY: El tatuaje...

PAUL: Sí. Un poco patético. Es el tipo de cosas que haces cuando tienes diecisiete años y piensas que eres el ombligo del mundo.

HILDY: Eres el ombligo de tu mundo. Y yo del mío. Perdiste a un ser querido. Tienes todo el derecho del mundo a hacerte un tatuaje de una lágrima.

PAUL: «Un tatuaje de regalo por cada muerte de un ser querido. Oferta solo válida esta semana.»

HILDY: Lo siento.

PAUL: No. Perdóname tú. He dicho una gilipollez. Entiendo lo que quieres decir, pero no me gusta que una persona desconocida llore por la muerte de mi madre. «Gracias por su empatía, pero ¿le importaría seguir circulando y quitarse de mi camino?» Así me siento ahora.

PAUL: No era mi intención ser tan tajante.

HILDY: No pasa nada.

PAUL: La vida es así. Pienso en ella todos los días, pero nadie tiene por qué saberlo.

PAUL: Aparte de ti. Me alegro de que lo sepas. Me alegro de habértelo contado.
Y me alegro muchísimo de que no hayas llorado.

HILDY: Bueno...

PAUL: Aunque, por otra parte, estoy algo sorprendido. ¿Qué clase de monstruo sin corazón no llora al enterarse de que la madre de alguien se mató en un trágico accidente?

PAUL: Ay, Dios. Y ahora se ríe. Otro golpe bajo.

HILDY: No me estoy riendo.

PAUL: Claro que sí.

HILDY: Pero no porque sea gracioso. Tú me has hecho gracia.

PAUL: Ah, yo soy gracioso. La víctima.

HILDY: Y yo también. Verás cuando te cuente mi peor recuerdo.

PAUL: Me muero de ganas.

HILDY: Te vas a partir de la risa cuando descubras qué recuerdo considero que fue terrible. Comparado con lo que has vivido tú, es...

PAUL: Antes de conocerte, ni siquiera sabía lo que era un preámbulo. Ahora vivo aterrado. Suéltalo ya, por Dios.

PAUL: Y deja de reírte. Es un recuerdo terrible. Me voy a cabrear si no es ni un poco traumático.

HILDY: Para mí lo fue. Pero ahí entra en juego la perspectiva, ¿no?

PAUL: Suéltalo.

HILDY: Vale. Esto sucedió hace más o menos un mes. Se aproximaba el cumpleaños de mi abuela, y decidí que le haría algo. Había visto en Pinterest tutoriales para hacer un collage de fotos barnizado sobre un trozo de madera rescatado del agua. Ya lo sé, qué ñoño, pero a la yaya le gustaría para su

casita de campo. Le había pedido a mi madre que me enviara algunas fotos familiares por correo electrónico. Estábamos todos en la cocina. Era domingo. Papá estaba cocinando. Mamá acababa de salir de trabajar y hacía un crucigrama. Yo estaba subiendo las fotos a iPhoto y vi algo. ¿Sabes que el programa etiqueta automáticamente a las personas?

PAUL: Reconocimiento facial. No soy tan ignorante.

HILDY: Vale, pues no paraba de confundirnos a mi madre y a mí. «¿Es esta Hildy?» No, es Amy. O viceversa. Todos nos reíamos porque ella tiene casi cincuenta años. Luego me di cuenta de que en las fotos de Gabe, en vez de preguntar «¿Es este Greg?» o «¿Es este Alec?», decía: «¿Es este Richard Samuels?».

PAUL: ¿Y ese, quién es?

HILDY: Uno de los compañeros de trabajo de mamá.

PAUL: ¿Por qué estaba etiquetado en las fotos de tu familia?

HILDY: Hace tiempo dimos una fiesta en casa para la gente del hospital. Mamá me pidió que hiciera algunas fotos y las etiqueté. Siempre dice que no sabe hacer esas cosas.

PAUL: ¿Puede coser una pierna amputada y no sabe etiquetar fotos?

HILDY: Ya. Es demasiado «tecnológico» para ella. Bueno, la cuestión es que todas las fotos de Gabe salían con la misma etiqueta. Y yo estaba flipando. «Ostras, iPhoto tiene razón. ¿Os habéis dado cuenta de lo mucho que se parecen?» Y de repente fue como si desapareciese el oxígeno del ambiente. Mi padre dijo: «Déjame ver» con una mirada que daba miedo. Mamá soltó: «Creo que voy a salir a correr». Y luego Gabe dijo: «Me muero de hambre». Un comentario bastante típico y normal en él. Nada importante, pero a papá se le fue la pinza. Le empezó a gritar acusándolo de comer como un cerdo las veinticuatro horas del día, y Gabe me miró como diciendo «¿Qué narices le pasa?», y entonces lo supe. Me di cuenta de repente. Fue raro. Jamás lo había sospechado. Bueno, siempre había habido bromas al respecto. Los cuatro éramos como peones de ajedrez y luego estaba Gabe el gigante, al que intentábamos hacer pasar como uno más. Mamá contaba que su bisabuelo era, alto, moreno y de pelo rizado. Por supuesto, tenía sentido. O tal vez no. Pero ahora pienso que mi padre debía de haberlo sospechado antes...

PAUL: ¿Y eso?

HILDY: No lo sé. Pienso en los buenos tiempos y me da la sensación de que papá se esforzaba demasiado. Siempre hacían todo juntos. Tenían los mismos intereses. Leían los mismos libros. Y los peces tropicales, por supuesto. Es como si mi padre se hubiese empeñado tanto en creer que Gabe era suyo que hacía todo lo que podía para que pareciera cierto. Y luego llegó el reconocimiento facial y fue tan terrible como una prueba de ADN. Ya no podía seguir fingiendo. En cuanto solté lo del doctor Samuels se acabó. Papá dejó de tener nada que ver con Gabe.

PAUL: Y tú compraste a *Kong* para que tu hermano se sintiera mejor.

HILDY: Eso sería lo lógico, pero en realidad fue el primer paso de mi brillante plan para «salvar el mundo»

PAUL: Explícate.

HILDY: Ay, Dios. Me da la impresión de que esperas algo racional.

PAUL: No soy tan iluso. Vamos. Adelante.

HILDY: Es una estupidez, pero esto es lo que planeaba. Papá y Gabe siempre hablaban de comprar un kong, pero son caros y el trato que tenían era que papá pagaba el equipo y Gabe, los peces, así que nunca sucedió. Entonces yo me fui a comprar uno. Pensé que se alegrarían tanto que... no lo sé... que se olvidarían del tema, o por lo menos mi padre lograría dejarlo ir o darse cuenta de que —últimas noticias— la familia es algo más que lazos sanguíneos, pero... Mira, ya sé que fue una idea estúpida, pero no se me ocurrió nada más. Todo parecía estar tan fuera de mi control... ¿Qué?

PAUL: Ay, Dios, *Kong*.

HILDY: ¿Sí?

PAUL: ¿Lo tienes?

HILDY: No, lo tienes tú.

PAUL: Te lo di a ti. ¿Recuerdas?

HILDY: No sé por qué me estoy riendo. Esto tampoco tiene gracia.

PAUL: No puedo creer que hayamos dejado a *Kong* en el taxi. ¿Deberíamos intentar encontrarlo?

HILDY: ¿Ahora? ¿Dónde? Es inútil. Olvídalo. El taxista se ha llevado una propina buenísima. Un pez de ciento veintidós dólares por una carrera de ocho.

PAUL: ¡¿Ciento veintidós dólares?! Me estás tomando el pelo.

HILDY: No.

PAUL: Me cuesta respirar.

HILDY: Ya, ya. No me lo recuerdes.

PAUL: Por una sardina.

HILDY: Pez globo king kong, por favor, alias la llave de la felicidad de mi familia. Vaya chorrada.

PAUL: No seas tan dura contigo misma. Puede que haya funcionado. Tal vez cuando tu padre tenga la oportunidad de sobreponerse al *shock* será capaz de aceptar la situación y pasar página.

HILDY: O irse de casa. Lo veo más probable.

PAUL: ¿Qué quieres decir?

HILDY: Mis padres también lo han dejado.

PAUL: ¿Cómo lo sabes?

HILDY: Es una historia muy larga.

PAUL: No tengo que ir a ningún sitio.

HILDY: Guau. No te reconozco. ¿Me estás pidiendo que te cuente una historia muy larga?

PAUL: Te lo suplico.

HILDY: Vale. El día de nuestra cita fallida el Groundskeeper en mi casa se estaba desarrollando este megadrama. Papá intentó vender el acuario. Estaba borracho como una cuba y tirando los peces al suelo. Por eso Gabe se marchó de casa y por eso yo llegué tarde. Sentí muchísimo pánico, pero luego parecía que todo iba a salir bien. Encontré a Gabe. El tipo que iba a comprar el acuario no apareció. Papá se olvidó de venderlo. Casi todos los peces sobrevivieron. Una parte de mí pensó que a veces la gente solo necesita desahogarse y que ahora todo volvería a la normalidad, pero según parece no es tan fácil. No vale con purgar los sentimientos tóxicos por haber criado al hijo de otra persona.

PAUL: Muchos niños tienen padrastros que los quieren.

HILDY: Esto es distinto. A mi padre lo engañaron y ahora está cabreado y ha

tirado la toalla.

PAUL: ¿Estás segura?

HILDY: Sí. Justo antes de salir esta noche, mis padres llamaron a mi puerta y me dijeron «Tenemos algo que decirte». Tendrías que haber visto sus caras. No se soportan. No soporto pensar en lo que va a sufrir Gabe. Sobre todo si cree que es su culpa.

HILDY: Me acabo de dar cuenta de que es posible que mi peor recuerdo me esté esperando cuando vuelva a casa esta noche.

PAUL: El mío también. Pero eso nunca va a cambiar.

HILDY: Perdón.

PAUL: ¿Por qué?

HILDY: No puedo creer que haya dicho eso. Me acabas de relatar la muerte de tu madre y yo sigo haciendo una montaña de mis problemillas. Menuda perspectiva la mía. Por lo menos mi familia sigue viva.

PAUL: No estamos compitiendo.

HILDY: Ya lo sé, pero...

PAUL: Mira. Cuando estaba en el hospital, había una mujer a mi lado que estaba quemadísima. Sus dos hijos habían muerto y también había perdido todo lo que tenía en un incendio. Yo solo perdí a mi madre. Todas las madres mueren antes o después. Imagínate lo jodido que tiene que ser perder a tus hijos. Así que da las gracias a tu estrella de la suerte. Te libraste de una buena. Ya te llegará la hora.

PAUL: No puedo creer que te estés riendo.

PAUL: ¿Te ríes? ¿En serio?

PAUL: Estás enferma. Lo sabes, ¿no?

HILDY: Tú también te estás riendo.

PAUL: Ahora sí, pero solo porque me lo has contagiado. ¿De qué te ríes?

HILDY: De ti. Y de tu patético intento para alegrarme. «Ya te llegará la hora.» Qué mal. Eres un experto en aliviar desgracias.

PAUL: También se quemaron todos sus zapatos italianos en el incendio.

HILDY: Para. Nos está mirando todo el mundo. Está claro que estoy agotada o algo. Ay, Dios. Si hasta lloro cuando me río. ¿Se me ha vuelto a correr el rímel?

PAUL: No te muevas... Ya está. ¿Para qué llevas rímel? No lo necesitas.

HILDY: Qué ingenuos sois los tíos. Me hace mucha falta, hazme caso.

PAUL: Yo quiero más café. ¿Y tú?

HILDY: No. Probablemente sea la cafeína la que me está afectando.

PAUL: Genial. ¡Jerry! ¿Nos pones dos cafés más cuando tengas un segundo?

HILDY: Te arrepentirás. ¿Quieres que hagamos la siguiente pregunta?

PAUL: Venga.

HILDY: Esta es la última.

PAUL: No. Todavía no hemos respondido la número veintiocho, vamos con ella primero. Gracias, Jerry.

HILDY: Para mí no, gracias.

PAUL: ¿Seguro?

HILDY: Sí. Lo que necesito para contestar la pregunta veintiocho es alcohol.

PAUL: ¿Quieres que lo vuelva a llamar? Es probable que tenga una botella debajo del mostrador...

HILDY: No. He de ser capaz de coger el toro por los cuernos.

PAUL: Vale. Pues adelante.

PREGUNTA 28

HILDY: «Dile a tu pareja lo que te gusta de él. Sé muy sincero y menciona

aspectos que no le dirías a alguien a quien acabas de conocer.»

PAUL: ¿Por qué necesitas alcohol para contestar eso? Acabas de confesar todos los escándalos de tu familia.

HILDY: Eso es diferente.

PAUL: ¿En qué sentido?

HILDY: No lo sé. Que me rechaces porque no te guste lo que están haciendo mis padres es una cosa. Que me rechaces después de que te diga lo mucho que me gustas sería un asunto personal. Rechazarías mi esencia.

PAUL: ¿Tu esencia?

HILDY: Deja de reírte de mí.

PAUL: No me río. No tienes nada que temer. Dime tu respuesta.

HILDY: Tú también tienes que contestar, ¿eh?

PAUL: Ya lo sé. ¿Quieres que responda yo primero?

HILDY: No. No quiero que tu respuesta sea tan buena que cualquier cosa que diga yo parezca estúpida.

PAUL: ¿Cuándo hice eso?

HILDY: Tu recuerdo más horrible.

HILDY: Ay, Dios. Ay, Dios. Ay, Dios.

PAUL: Eres de lo que no hay. Qué competitiva te pones.

HILDY: No puedo creer que haya dicho eso.

PAUL: ¡Yupi! ¡La madre muerta vuelve a ganar! ¡Hurra por mí!

HILDY: Lo siento mucho. Gracias por tener la decencia de reírte.

PAUL: ¿Qué dices? No se trata de decencia. Me río porque es gracioso. Y si me dejaras contestar a mí primero, esa es una de las cosas que diría. En cierto sentido, en el fondo eres graciosísima. No me refiero a tus comentarios ingeniosos, sino a tu esencia. Es para troncharse.

HILDY: No parece muy bueno. ¿Es esa tu respuesta?

PAUL: No. Tú primero. ¿Qué te gusta de mí?

HILDY: Vale. Como ya te habrás dado cuenta, no soy la chica con más experiencia

del mundo, así que ha sido fácil persuadirme con las cosas obvias, pero...

PAUL: ¿Qué cosas obvias?

HILDY: No importa. Es mejor que no entremos en eso.

PAUL: Lo siento. Pásame la tarjeta. No. La pregunta... ¿Ves? «Dile a tu pareja lo que te gusta de él. Sé muy sincera...» No se puede elegir. Comienza por las cosas obvias.

HILDY: No me lo puedo creer.

PAUL: Estás moralmente obligada...

HILDY: Ya te lo he dicho casi todo.

HILDY: Aunque no había necesidad.

PAUL: CLP

HILDY: Dibujas genial. Eres listo. Gracioso. Guapo. Para serte sincera, increíblemente guapo. A veces tanto que me cuesta mirarte. Cuando pienso en ti, intento no imaginar tu cara porque me distrae mucho.

PAUL: ¿Eso es bueno?

HILDY: No. Sobre todo cuando tengo que entregar un trabajo o acordarme de cerrar el grifo de la bañera antes de que el agua inunde el baño.

PAUL: Pero todo va bien siempre y cuando no pienses en mi cara.

HILDY: Prácticamente.

PAUL: Y entonces ¿en qué piensas?

HILDY: Ya vale.

PAUL: ¿Ves? Tu esencia es tronchante. Deberías ver el color de tu cuello.

HILDY: ¿Quieres hacer el favor de callarte?

HILDY: Gracias. Lo que iba a decir es que esas cosas obvias están en tu exterior.

Y reconozco que eso fue lo que me atrajo.

PAUL: ¿Fue?

HILDY: Buf.

PAUL: «Sé muy sincera.»

HILDY: Lo soy, pero... Me parece estar viendo, en el exterior, quiero decir, al segurata en la puerta. El tío musculoso que te vacila y te guiña un ojo. El que mantiene a todo el mundo a distancia. Lo que me gusta de ti es la persona a la que el matón me impide ver.

PAUL: Qué complicado.

HILDY: Es una metáfora.

PAUL: No era lo que esperaba.

HILDY: Estoy diciendo que tu personalidad externa es de tío grande y descarado, pero el que de verdad me gusta es...

PAUL: ... el tirillas que llevo dentro, un memo llorica.

HILDY: Sí. Ese es más mi tipo. Puede que Brad ande por ahí seduciendo a las chicas, pero...

PAUL: ¿Quién es Brad?

HILDY: El matón.

PAUL: ¿Tiene nombre?

HILDY: Se lo acabo de poner.

PAUL: ¿No debería llamarse Bob?

HILDY: Sí, supongo que sí. Pero entonces el tirillas, el memo llorica, es Paul. ¿Podrás vivir con ello?

PAUL: Soy lo suficientemente hombre para soportarlo.

HILDY: De todas formas, el que me gusta es Paul. El sensible. El que se sincera, dibuja y me da una segunda oportunidad.

PAUL: Qué bonito.

HILDY: Ahí está.

PAUL: No me puedo librar de él. Y lo he intentado, bien lo sabe Dios.

HILDY: No he terminado. Creo que al llorica que llevas dentro le gusto.

PAUL: ¿Ah, sí?

HILDY: Sí. Mientras Bob exhibía su fuerza y apartaba a empujones a las multitudes, vi a Paul aporreando la ventana y diciendo: «¡Hildy, ven a buscarme! ¡Sálvame!».

PAUL: ¿La voz de Paul es tan aguda?

HILDY: Tenía miedo de que me marchara.

PAUL: ¿Necesitaba que su princesa azul fuera a rescatarlo?

HILDY: Sí. Más o menos.

PAUL: Qué poco varonil.

HILDY: En el sentido tradicional, tal vez.

PAUL: Pero ¿te gustó?

HILDY: Me gusta. Sí.

PAUL: Muy buena respuesta. Aunque rara.

HILDY: Gracias.

HILDY: Vale. Te toca. También tienes que empezar con las cosas obvias. Y deja ya mi esencia desastrosa. Limítate a los piropos directos. A las chicas nos encantan.

HILDY: ¿Por qué tardas tanto?

HILDY: ¿Y por qué me miras así?

PAUL: Estoy disfrutando el momento.

HILDY: Pues déjalo ya.

PAUL: Al principio parece insegura, pero en realidad tienes una autoestima extrañamente potente. Eso me gusta mucho.

HILDY: Perdón. ¿Podemos parar un segundo? Ninguno de tus piropos debería incluir la palabra «extrañamente» o cualquier sinónimo. Le quitan efecto.

PAUL: ¿Ves? Eres lista, graciosa, sensible, bla, bla, bla.

HILDY: Nada de bla, bla, bla.

PAUL: No creí que me lo fueras a pasar. Eres... ¿Cuál es la palabra que busco? ¿Una persona que entiende lo que está sucediendo aunque no lo parezca? No es perspectiva...

HILDY: Perceptiva.

PAUL: Sí. Y también tienes buen vocabulario. Y estás buena. Y me gusta hablar contigo. Me escuchas.

HILDY: Vaya. Para. Rebobina. ¿Buena? ¿Yo?

PAUL: Sí. Tú.

HILDY: ¿Qué tengo para estar tan buena?

PAUL: ¿En particular?

HILDY: Sí. Puede que me haga falta esta información.

PAUL: El pelo. Los labios. Esos deditos delgados. Todo el paquete. Evan Keefe era un zoquete. O algo no le funcionaba.

PAUL: Y la forma en que te sonrojas.

HILDY: Nadie me había dicho nada parecido, salvo quizá Max, pero él es mi mejor amigo y es gay, así que no cuenta.

PAUL: A lo mejor estás tan buena que los intimidas.

HILDY: Ahora me estás vacilando.

PAUL: Eso también me gusta. Te cabreas y te pones toda indignada y luego te ríes de ti misma.

HILDY: Es mejor que echarme a llorar. Algo que también hago.

PAUL: Lo cual no me gusta tanto.

HILDY: Quédate con lo bueno.

PAUL: Eres pura.

HILDY: Ay, Dios.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: Parece que llevo un letrero que dice «VIRGEN» pegado en la frente.

PAUL: VIRGEN SEXI. Y parpadea.

HILDY: Eso es peor. Parece un programa de televisión que encuentras por casualidad a las tres de la madrugada.

PAUL: Pero no quería decir eso, sino...

HILDY: ¿Qué?

PAUL: No sé. Pura. En su significado literal. Que no has sido cortada.

PAUL: Es un cumplido.

HILDY: Ya. Es que no lo entiendo del todo.

PAUL: Yo tampoco. Eres como tu pelo o tu piel o tus pestañas sin rímel. Eres tal y como debes ser. A pesar de todo.

PAUL: Perdón. Borra lo de «a pesar de todo». Eres pura.

HILDY: Gracias.

PAUL: Eso es lo que quiero decir.

PREGUNTA 36

HILDY: Esta es la última pregunta.

PAUL: Y ¿qué pasa después?

HILDY: No lo sé. Cobramos los cuarenta dólares y supongo que luego depende de nosotros.

PAUL: Cuarenta pavos. Un tercio del precio de tu pez. Mucho trabajo para tan poca recompensa.

HILDY: Nadie nos prometió una recompensa. Jeff dijo que solo estaban intentando averiguar si podían «facilitar» una relación.

PAUL: ¿Qué?

HILDY: Facilitar una relación. No prometieron que nos enamoraríamos y, es más, ni siquiera que nos gustaríamos.

PAUL: ¿De qué estás hablando?

HILDY: Del propósito del estudio.

PAUL: ¿De eso va? A mí no me dijo nada.

HILDY: Entonces ¿por qué lo hiciste?

PAUL: Por los cuarenta pavos.

HILDY: Ay, Dios. Vaya par. A ti no te importaba el porqué y a mí no me importaba el cuánto... ¿Estás bien?

PAUL: Estoy flipando. Intentan controlar el cerebro o algo por el estilo.

HILDY: ¿Quieres decir que si me hubieras visto por la calle no habrías pensado lo sexi y pura que soy?

PAUL: No; bueno, sí, pero...

HILDY: Y entonces ¿de qué te quejas? Yo hago la última pregunta.

PAUL: Esto exige un redoble.

HILDY: Gracias. Vale. Aquí va: «Comparte un problema personal y pídele consejo a tu pareja para saber cómo manejaría la situación. Pídele también que te describa lo que piensa sobre el problema que has elegido». No tengo ni idea de lo que significa esa segunda parte, pero quiero compartir contigo un problema personal.

PAUL: Adelante.

HILDY: Y sé que no será tan grave como el tuyo.

PAUL: No es una competición. ¿Ya se te ha olvidado?

HILDY: Vale.

HILDY: No sé cómo me voy a enfrentar a mis padres. No sé si los voy a respetar de nuevo. Mi madre engañó a mi padre y dejó que criara al hijo de otro. Mi padre educó al chico y lo quiso mucho, pero no fue lo suficientemente hombre para superar que Gabe no es suyo. Ya no los admiro y no sé qué puedo hacer.

PAUL: Probablemente yo no sea la persona más adecuada para hablar de problemas parentales.

HILDY: Tú eres el único que tengo ahora mismo. Inténtalo.

PAUL: Mira, mi madre no era capaz de conservar un trabajo. No era capaz de que las relaciones ni las amistades le duraran. Desperdició su talento. Era bastante inútil. Pero yo la quería y también la respetaba, por lo menos la mayor parte del tiempo. La cagó varias veces, pero volvía a intentarlo y a fracasar, y luego volvía a intentarlo otra vez. No estoy seguro de que puedas esperar nada más de ese tipo de gente. Joder, tus padres la han pifiado, pero ten en cuenta todo lo demás que han hecho. La casa, las carreras, la familia. Y te dieron a Gabe, por el que dices que morirías, aunque no utilizasen el

esperma de tu padre.

HILDY: Por favor, intenta no mencionar el esperma de mi padre.

PAUL: Lo siento. Lo que quiero decir es que tu padre lo crio. Él hizo que Gabe sea como es. Imagina lo cabreada que estarías tú en su lugar. Este crío al que adora ni siquiera es suyo. Dale un respiro. Necesita tiempo para superarlo.

HILDY: Y ¿qué me dices de mi madre? Ella es la fuente del problema.

PAUL: ¿Y? A lo mejor se emborrachó una noche e hizo una locura. Suele pasar. O tal vez tu padre fuera un capullo. O Rich, o como se llame, era su amor verdadero pero decidió quedarse con tu padre por el bien de la familia. No lo sabes. Ella también se merece un respiro. Te trajo los zapatos de Milán, no lo olvides.

HILDY: Es más fácil decirlo que hacerlo.

PAUL: Como todo.

HILDY: Necesito un helado.

PAUL: ¿Con este tiempo?

HILDY: Ayuda a aceptar mejor las noticias deprimentes.

PAUL: Hay de vainilla y de chocolate.

HILDY: ¡Jerry! Un bol de helado de chocolate, por favor.

PAUL: Tienes claro lo que quieres. Eso también me gusta.

HILDY: ¿Cuál es ese problema personal con el que necesitas ayuda?

PAUL: Es pequeño comparado con el tuyo.

HILDY: ¡Yupi! Parece que por fin voy a ganar una partida.

PAUL: Pequeño, pero matón.

HILDY: Vas a inventarte algo solo para que yo no gane.

PAUL: No. Es real.

HILDY: Vale. Adelante.

PAUL: Me está resultando más difícil de lo que creía.

HILDY: Me estás poniendo nerviosa.

PAUL: Aquí viene Jerry.

HILDY: Ah, el helado. ¡Y dos cucharitas! Perfecto. Muchas gracias. Ten... Coge lo que quieras.

PAUL: El helado no me va a ayudar.

HILDY: Entonces suéltalo y ya está. Desahógate.

PAUL: Necesito que me ayudes a averiguar cuál debería ser mi próximo paso.

HILDY: ¿Con qué?

PAUL: Contigo.

HILDY: ¿Conmigo?

PAUL: Contigo.

PAUL: Me has creado un problemilla.

HILDY: ¿Y cuál es?

PAUL: Normalmente no conozco a las chicas tan bien antes de dar el siguiente paso.

HILDY: ¿Qué siguiente paso?

PAUL: Bueno, para empezar, besarlas.

HILDY: ¿Y eso es malo?

PAUL: Sí.

HILDY: ¿Por qué?

PAUL: Se puede complicar.

HILDY: ¿Complicar? No serás un baboso, ¿no?

PAUL: Ja, ja, ja.

HILDY: Perdón. Es un chiste malo. No sé por qué lo he dicho.

PAUL: Estás nerviosa.

HILDY: Sí.

PAUL: Yo también.

HILDY: ¿Qué quieres decir con que se puede complicar?

PAUL: No lo sé. Que se me armen líos en la cabeza o en el corazón.

Normalmente soy capaz de alejarme sin problemas. Pero esta vez no puedo.

PAUL: Y no me gusta.

HILDY: Y entonces ¿qué vas a hacer?

PAUL: Estoy entre la espada y la pared. Puedo marcharme y deprimirme o quedarme y puede que pase algo peor. Dímelo tú.

PAUL: Es culpa tuya. No deberías haberme tirado el pez.

PAUL: No te estás comiendo el helado.

PAUL: Se te va a derretir.

HILDY: Creo que deberías quedarte.

PAUL: Y luego ¿qué?

HILDY: ¿Cómo pretendes que lo sepa?

PAUL: ¿Eso es todo lo que vas a decir?

HILDY: Sí.

PAUL: Qué impropio de ti.

HILDY: Ya, pero ¿qué más puedo decir? Creí que eras valiente. Pues sé valiente.

HILDY: Y yo también intentaré serlo.

PAUL: Vale. Asunto resuelto. ¿Hemos acabado entonces?

HILDY: No. Una cosa más. Tenemos que mirarnos a los ojos durante cuatro minutos sin hablar.

PAUL: Me estás tomando el pelo.

HILDY: Eso dice aquí. «Los participantes deberán...» ¡Eh! ¿Qué ha pasado?

PAUL: Se ha ido la luz. La tormenta, supongo...

HILDY: Ay, Dios. Qué oscuro.

PAUL: Perfecto. No será tan incómodo mirarnos a los ojos.

JERRY: Se acabó, chicos. ¡Hora de cerrar! No tenéis que iros a casa, pero no podéis quedaros aquí. Si no os importa, dejad el dinero aproximado de la cuenta sobre la mesa y ya lo arreglaremos en otro momento. Abrigaos, hace mucho frío.

23

Antes de comprarse el taxi, Lloyd Meisener había sido marinero. Había navegado por el Atlántico Norte muchas veces en barcos que no eran más que latas. Ahora le fastidiaba ver cómo un poco de nieve hacía que la gente saliera corriendo despavorida.

Bueno, mejor para él. Siempre ganaba un montón de pasta en las noches de tormenta.

Había estado ocupado, así que no se había percatado de que alguien se había olvidado una bolsa en el asiento de atrás. Una enfermera que se dirigía al hospital encontró el pez. Tardó un rato en acordarse de quiénes podrían ser los dueños y dónde los había dejado. Eran casi las diez cuando llegó al Cousin's.

No esperaba encontrarlos allí. Toda la zona noreste estaba negra como una cueva. En la radio decían que un maquinista de una quitanieves había perdido el control y había chocado con un poste eléctrico. Lloyd siguió en esa dirección. Si no encontraba a la joven pareja, sin duda conseguiría más pasajeros.

Giró hacia Hammond Drive. No recordaba la última vez que había visto las luces del Cousin's apagadas. Ni siquiera habría bajado la velocidad de no ser porque sus focos delanteros alumbraron a dos personas que estaban delante de la cafetería. Estaba bastante seguro de que eran los chicos a los que andaba buscando. (Se sentía orgulloso de su memoria. Había tenido muchos clientes que salían corriendo sin pagar y por eso hacía fotografías mentales de sus pasajeros.) Estaba a punto de acercarse al bordillo y tocar el claxon, pero cambió de opinión. Estaban tan quietos... El chico había metido los brazos dentro de las

mangas del abrigo de la chica, como si estuviese agarrando los codos de ella con las manos. Se estaban mirando a los ojos.

Lloyd decidió esperar. Tenía reglas para el buen mantenimiento de su taxi — la número tres era no mostrarse excesivamente cariñoso—, pero eso no quería decir que fuera un puritano. Estaba a favor del amor. Le encantaba. Él también había sido joven. Llevaba una foto de Donna de 1974 enganchada en el parasol. Puede que un desconocido no la reconociera a día de hoy, pero para él seguía siendo la chica con la que se metía en la cama cada noche.

Decidió que les daría tiempo para que pudieran besarse, esperaría un rato razonable y luego tocaría el claxon. No le apetecía tener que quedarse con el pez ni tirarlo por el retrete. Había oído demasiadas historias de terror sobre lo que estaba creciendo en el puerto.

Esperó.

«Venga, chico», pensó. En su día, a esas alturas, ya habría pasado a la segunda fase. Pero él seguía mirándola a los ojos, fascinado, hasta que por fin ambos sonrieron. En realidad, rieron. Entonces, el chico sacó los brazos de las mangas y puso uno alrededor del cuello de la chica y con el otro le rodeó la cintura, la atrajo hacia sí y se besaron.

Lloyd sonrió y apartó la vista. El amor era bueno para el corazón.

Se quedó sentado en el taxi sin mirarlos, escuchando la emisora de Country 101 FM durante media hora, y luego tocó el claxon con fuerza.

AGRADECIMIENTOS

Lo primero que tengo que reconocer, aunque no sea necesario aclararlo, es que evidentemente no tengo conocimientos de psicología.

Cero.

Ninguno.

Ni un curso de iniciación en la universidad, por lo menos que yo recuerde.

Como resultado, me faltan las facultades mentales necesarias para procesar los resultados del estudio realizado por Arthur Aron en 1997, «La generación experimental de la cercanía interpersonal». Sin embargo, reconozco una buena historia cuando la encuentro. Así que muchísimas gracias al doctor Aron y a su equipo por inspirar esta obra de ficción, y mil disculpas por todos los errores que contiene.

Gracias también a mi extraordinaria conejilla de Indias, Jean H. H. Richardson. Su obsesión por adquirir botas caras y cerveza barata hicieron que se convirtiera en un sujeto de investigación habitual de la Universidad McGill. De vez en cuando me hablaba de los experimentos, o por lo menos de los chicos guapos que los llevaban a cabo, y nació otra idea. (Eso no es suficiente para que nos repartamos los derechos de autor, pero buen intento.)

Adrienne Szpyrka es una editora fabulosa. Es tan buena que, de hecho, como muestra de mi agradecimiento, me gustaría proponer que añadamos *szpyrka* al diccionario como un verbo que signifique «animar de manera amable y hábil a una persona para que escriba una historia más divertida, más transparente y más emotiva». Esto lo digo como un homenaje al talento editorial de Adrienne. No

tiene nada que ver con que sería la mejor jugada de Scrabble del mundo.

Gracias, también, a la magnífica Fiona Kenshole. No es una exageración decir que mi vida ha cambiado para mejor desde que se convirtió en mi agente. Disponer de su entusiasmo, experiencia y perseverancia ha supuesto una gran diferencia. Ha hecho que me vuelva a divertir con la escritura, ha vendido mi libro por todo el mundo y también me ha dado consejos muy útiles para cuidar mi cabello. ¿Qué más se podría pedir de una agente literaria?

No puedo dejar de mencionar a mi pandilla de amigas. Amigos del barrio, del instituto, parejas de *bridge*, colegas del club de lectura, compañeros de trabajo con los que año tras año me reúno para beber vino barato, aperitivos blandos y para celebrar otro libro más. Se ríen de mis chistes, me animan y dan la tabarra a sus hijos, parientes y conocidos con «la última novedad de Vicki Grant». Les debo muchísimo. ¡Chicas, estas navidades, *Grease babies* para todos!

Y, por último, y no por ello menos importante, a mi divertida, inteligente, bella, bondadosa e irremplazable familia. Ellos saben mi respuesta a la pregunta 9 sin tener que preguntarme y también que solo con pensar en ellos mi cara se ha cubierto no solo de unas pocas lágrimas, sino de todo un torrente.

36 preguntas para enamorarte de mí
Vicki Grant

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

36 questions that changed my mind about you

© del texto: Vicki Grant (Meg's Cottage Ltd), 2017

© de la traducción, Silvia Cuevas Morales, 2018

© de las ilustraciones: Bailey Watro
Diseño original de la cubierta: Das Illustrat, Munich

© Editorial Planeta, S. A., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2018

ISBN: 978-84-08-19487-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com